

Seix Barral Biblioteca Formentor

Sam Savage

Firmin



A Nora

Diseño original de la colección: Josep Bagá Associats

Título original:

Firmin: Adventures of a Metropolitan Lowlife

Primera edición: octubre 2007

Cuarta impresión: diciembre 2007

© Sam Savage, 2006

Publicado por primera vez

por Coffee House Press, Minneapolis, Minnesota, EE.UU.

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2007

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

© Traducción: Ramón Buenaventura, 2007

© Ilustraciones: Fernando Krahn, 2007

ISBN: 978-84-322-2824-7

Depósito legal: M. 53.439 – 2007

Impreso en España

Digitalización y corrección por Antigo.

Cierto día, Chuang Tzu se quedó dormido y soñó que era una mariposa, revoloteando muy contento por ahí. Y la mariposa no sabía que era Chuang Tzu soñando. Luego despertó y volvió a ser el de siempre, pero ahora no sabía si era un hombre soñando que era una mariposa o una mariposa soñando que era un hombre.

Las enseñanzas de Chuang Tzu

Si hubiera llevado un diario del dolor, la única anotación habría sido una palabra: yo.

PHILIP ROTH

CAPÍTULO 1

Siempre imaginé que la crónica de mi vida, si acaso alguna vez llegaba a escribirla, tendría una primera frase excelente: algo lírico, como «Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas», de Nabokov; y, si no me salía nada lírico, algo arrollador, como «Todas las familias felices se asemejan, pero cada familia desdichada es desdichada a su manera», de Tolstói. La gente recuerda estas palabras incluso cuando ya ha olvidado todo lo demás que hay en el libro. En lo tocante a frases de apertura, la mejor, a mi modo de ver, es el comienzo de *El buen soldado*, de Ford Madox Ford: «Éste es el relato más triste que nunca he oído.» Docenas de veces lo habré leído, y sigue dejándome patidifuso. Ford Madox Ford era uno de los Grandes.

En toda una vida de esfuerzos por escribir, con nada he luchado más varonilmente —sí, ésa es la palabra, *varonilmente*— que con las aperturas. Siempre me ha parecido que si esa parte me salía bien el resto seguiría de modo automático. Concebía la primera frase como una especie de útero semántico repleto de atareados embriones de páginas sin escribir, resplandecientes pepitas de genio, ansiosas de nacer. De ese gran recipiente fluiría, por así decirlo, el relato completo. ¡Qué desilusión! Ocurrió exactamente lo contrario. Y no es porque escaseen las buenas frases de arranque. Deleítese usted en ésta, por ejemplo: «Cuando sonó el teléfono, a las tres de la madrugada, Morris Monk supo antes de levantar el aparato que la llamada era de una dama, y algo más: que decir damas es decir problemas.» O ésta: «Poco antes de que lo descuartizaran los sádicos soldados de Gamel, el coronel Benchley tuvo un vislumbre de la blanca casita de campo del Shropshire, con la señora Benchley a la puerta, y los niños.» O ésta: «París, Londres, Djibuti, todo le parecía irreal ahora, sentado entre las ruinas de otra cena más de Acción de Gracias, con su madre y su padre y el idiota de Charles.» ¿Quién puede permanecer insensible ante unas frases así? Tan preñadas están de significado, tan, oso decirlo, tan a punto de reventar de significado, que es como si las hincharan los capítulos enteros sin escribir que llevan dentro: sin escribir, aunque ya presentes.

Pero, ay, en realidad no eran más que burbujas, falsas ilusiones, todas ellas. Cada una de esas frases maravillosas, repletas de promesas, era como una caja envuelta para regalo en manos de un niño anhelante, una caja que nada contiene, sino piedrecillas y trozos de basura, a pesar del ruido tan seductor que hace al agitarla. ¡El niño piensa que son caramelos! Yo pensaba que eran literatura. Todas esas frases —y otras muchas, también— resultaron no ser trampolines de lanzamiento hacia la gran novela sin escribir, sino barreras insuperables. Comprende usted, eran demasiado *buenas*. Nunca logré situarme a su altura. Hay escritores que nunca logran igualar su primera novela. Yo nunca pude igualar mi primera frase. Y mírenme ahora. Miren de qué modo he empezado esto, mi obra final, mi opus magna: «Siempre imaginé que la crónica de mi vida, si acaso alguna vez llegaba...» ¡Dios del cielo, «si acaso alguna vez»! Ya se percata usted del problema. Irremediable. Que lo borren.

Éste es el relato más triste que nunca he oído. Empieza, como todos los verdaderos relatos, quién sabe dónde. Buscar el principio es como intentar descubrir las fuentes de un río. Se pasa usted varios meses remando contra la corriente, bajo un sol abrasador, entre altísimas murallas de jungla chorreante, con los mapas empapados de humedad desintegrándosele en las manos. Lo enloquecen a usted las falsas esperanzas, los malignos enjambres de insectos picadores, y las añagazas de la memoria, y lo único que saca en claro, al final —la última Thule de tan ridícula búsqueda—, es un humedal de la selva o, tratándose de un relato, una palabra o un gesto perfectamente desprovistos de sentido. Y, sin embargo, en algún lugar más o menos arbitrario del largo recorrido entre el humedal y el mar, el cartógrafo clava la aguja de su compás, y es ahí donde nace el Amazonas.

Lo mismo me pasa a mí, cartógrafo del alma, cuando busco el comienzo de la crónica de mi vida. Cierro los ojos y asesto el golpe. Los abro y descubro un trémulo instante ensartado en la aguja de mi compás: 3.17 de la tarde del 13 de abril de 1961. Me froto los ojos y lo enfoco. Momento, momento, en la barandilla, ¿quién es el tipo sin barbilla? Y ahí estoy yo —o, más bien, ahí estaba—, mirando cautelosamente por encima de la balaustrada de un balcón, asomando sólo la punta de la nariz y un ojo. Aquel balcón era buen sitio para alguien que se dedicara a mirar, alguien tan taimado como yo. Desde allí dominaba toda la planta baja de la tienda, sin que nadie me viera. Aquel día, la tienda estaba abarrotada de clientes, más que en un día normal entre semana, el murmullo de sus voces flotaba amenamente hacia arriba. Era una hermosa tarde de primavera, y algunas de estas personas seguramente habrían salido a dar un paseo, pensando en esto o lo de más allá, cuando les distrajo la atención un rótulo pintado a mano puesto en el escaparate de la tienda: DESCUENTO DEL 30 % EN TODAS LAS COMPRAS DE MÁS DE 20 DÓLARES. Pero eso yo, en realidad, no podía saberlo, quiero decir que no podía saber lo que había incitado a la gente a entrar en la tienda, puesto que carecía de toda experiencia relativa al valor de intercambio del dinero. Y el caso es que en realidad el balcón, la tienda, los clientes, incluso la primavera, requieren explicaciones, digresiones que, por muy necesarias que resulten, echarían a perder el ritmo de mi narración, que quiero creer apresurado. Evidentemente, he ido demasiado lejos: en mi entusiasmo por tenerlo todo en movimiento, me he dejado atrás la marca. Podemos no saber nunca dónde empieza un relato, pero a veces sí que podemos decir dónde *no puede* empezar: donde la corriente ya fluye con pleno impulso.

Cierro los ojos y asesto un nuevo golpe. Despliego el instante trémulo y le clavo las alas a la mesa: 1.42 de la madrugada, 9 de noviembre de 1960. Humedad y frío en la plaza Scollay de Boston, y la muy ignorante de Fio —a quien pronto llamaré mamá— se ha refugiado en el sótano de un local comercial de Cornhill. Presa del pavor, de algún modo ha conseguido encajarse en lo más hondo del estrecho hueco que quedaba entre un cilindro muy ancho de metal y la pared de cemento de la bodega, y ahí permanecía acurrucada, temblando de miedo y de frío. Oía más arriba, a ras de calle, los gritos y las risas que deambulaban sin rumbo por la plaza. Habían estado a punto de atraparla, esta vez: cinco hombres vestidos de marinero, dando zapatazos y patadas y gritando como locos. Ella anduvo zigzagueando de un lado a otro —engañándolos en cuanto a su intención, esperando que chocaran violentamente entre ellos—, cuando un zapato negro bien lustrado le acertó en las costillas y la lanzó volando por encima de la acera.

Así que ¿cómo logró escapar?

Como escapamos siempre. De milagro: la oscuridad, la lluvia, una rendija en un portal, un tropezón del perseguidor. *Persecución y fuga en las ciudades más antiguas de Estados Unidos*. En la rebatiña de su pánico, había conseguido ocultarse por completo detrás de aquella cosa metálica redondeada, de modo que sólo le llegaba un leve resplandor del sótano alumbrado, y así permaneció largo rato sin moverse. Cerró los ojos contra el dolor que sentía en el costado, centrando su atención, en cambio, en el delicioso calorillo de la bodega, que iba subiéndole lentamente por el cuerpo, como una marea. El objeto metálico estaba deliciosamente caliente. Su suavidad esmaltada le parecía blanda, y se apretó contra ella, temblando. Puede que se quedara dormida. Sí, estoy seguro, se quedó dormida, y despertó con renovadas fuerzas.

Y entonces, tímida e insegura, debió de salir arrastrándose de su escondite y poner sus patas en el local. Una lámpara fluorescente, que emitía un leve zumbido y que colgaba del techo por dos alambres retorcidos, arrojaba una luz parpadeante y azul sobre su entorno. ¿Sobre *su* entorno? ¡Qué risa! ¡Sobre *mi* entorno! Porque a su alrededor, mirase donde mirase, tan sólo había libros. Del suelo al techo, en todas las paredes, como también a ambos lados de una partición que había en el centro de la estancia, todo estaba cubierto de estanterías de madera sin pintar, con hileras y más hileras de libros, casi hasta reventar. Y, sobre las hileras, más libros, de gran formato, en su mayor parte, metidos en cuña; y otros se alzaban del suelo en imponentes zigurats o yacían en montones precarios e hileras inclinadas en lo alto de la partición. El cálido y roñoso lugar en que

mi madre había hallado refugio era un mausoleo de libros, un museo de tesoros olvidados, un cementerio de lo no leído y lo ilegible. Viejos volúmenes encuadernados en cuero, agrietados y mohosos, se codeaban con libros más modernos y más baratos cuyas páginas amarillentas se habían vuelto marrones y quebradizas por los bordes. Había novelas del Oeste, de Zane Grey, a espuestas; libros de sermones lúgubres a mansalva; viejas enciclopedias; memorias de la Gran Guerra; diatribas contra el New Deal; manuales de instrucciones para uso de la Nueva Mujer. Pero, claro, Fio no sabía que aquellas cosas fuesen libros. *Aventuras en el planeta Tierra*. Disfruto imaginándola en la contemplación de ese paisaje: su cara bondadosa y muy vivida, su cuerpo grueso —bueno, no: pongamos rotundo—, los ojos centelleantes, acosados, y esa forma tan graciosa que tenía de arrugar la nariz. A veces, por diversión, le pongo un pañuelito azul y se lo anudo debajo de la barbilla, y en ese momento no hay más que una palabra: *adorable*. ¡Mamá!

En lo alto de una de las paredes había dos ventanucos. Los cristales estaban tiznados de negro y apenas permitían ver nada, pero mamá, así y todo, pudo llegar a la conclusión de que seguía siendo de noche. Pudo también oír cómo iba aumentando el ritmo del tráfico, en la calle, y su larga experiencia le dijo que iba a iniciarse un nuevo día laborable. La tienda de arriba abriría sus puertas, quizá bajara alguien por la empinada escalera del sótano. Gente por los peldaños de madera, quizá gente-hombre, con los pies grandes, los zapatos grandes. *Un golpe*. Tuvo que echar a correr, y —digámoslo ya— no sólo porque no tenía la menor gana de que la pillasen los marineros y volvieran a darle una patada, o algo peor. Tuvo que echar a correr sobre todo por la cosa enorme que sucedía en su interior. Bueno, no exactamente una cosa, aunque, desde luego, sí que había cosas en su interior (trece cosas), más bien un proceso, eso que la gente, con su enorme sentido del humor, ha dado en llamar un Feliz Acontecimiento. Un Feliz Acontecimiento estaba a punto de producirse, de ello no cabía la menor duda. La única duda era: ¿para quién era feliz el acontecimiento? ¿Para ella? ¿Para mí? Llevo casi toda la vida en el convencimiento de que lo fue para cualquiera menos para mí. Pero, dejándome a mí aparte —¡ay, si pudiera dejarme aparte!— y volviendo a la coyuntura del sótano: había un Feliz Acontecimiento a punto de producirse, y la cuestión era qué iba a hacer Fio (mamá) al respecto.

Bueno, pues voy a decirle a usted lo que hizo al respecto.

Fue a la estantería que estaba más cerca del escondrijo de detrás del objeto metálico calentito y sacó el libro más grande de que pudieron tirar sus garras. Lo sacó y lo abrió, y, sujetando una página con las patas traseras, lo hizo confeti con los dientes. Luego procedió a hacer lo mismo con otra página, y luego otra más. Pero «en este punto detecto una duda. Estoy oyéndole a usted preguntarme que cómo supe que escogió el libro *más grande*. Bueno, como le encanta decir a Jeeves, es cuestión de la psicología del individuo, que en este caso es Fio, mi inminente madre. Me temo que con lo de «cuerpo rotundo» me he pasado de bondadoso. Estaba repugnantemente gorda, y el mero esfuerzo de tener que cebar todos los días tanta grasa la mantenía terriblemente ansiosa. Ansiosa y guarra. Acuciada por el clamor voraz de millones de células hambrientas, nunca dejaba de atrapar el pedazo más grande de lo que fuese, aunque ya estuviera ahíta y sólo pudiera mordisquear un poco los bordes. Estropeando la pieza para el que viniera detrás, claro. Así que no se preocupe usted: cogió el tomo más gordo que había a su alcance.

A veces me complace pensar que mis primeros momentos de lucha por la vida vinieron acompañados, como marcha triunfal, por el desmenuzamiento de *Moby Dick*. Ello explicaría mi naturaleza extremadamente aventurera. En otras ocasiones, cuando me siento especialmente proscrito y estrambótico, estoy convencido de que el culpable es el *Quijote*. Oigan esto: «En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. [...] En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante.»

Contemple usted al Caballero de la Triste Figura: vanidoso, testarudo, apayasado, ingenuo hasta

la ceguera, idealista hasta incurrir en lo grotesco... Lo cual viene a ser como describirme a mí en pocas palabras. La verdad es que nunca he estado bien de la cabeza. Lo que pasa es que yo no ataco molinos de viento. Hago algo peor: *sueño* con atacar molinos de viento, estoy *deseando* atacar molinos de viento y a veces *imagino* que he atacado molinos de viento. Molinos de viento o molinos de cultura —digámoslo de una vez—, los más deleitables e inasibles de los objetos, trituradoras eróticas, molinitos lascivos de lujuria, factorías carnales de raros goces, fantasilandias de fornicadores frustrados, cuerpo mismo de las Beldades. Y, al final, ¿cuál es la diferencia? Una causa perdida es una causa perdida. Pero no voy a obsesionarme con esto ahora. Ya me obsesionaré más adelante.

Mamá había formado un enorme borujo de papel y con gran esfuerzo iba arrastrándolo a empujones en dirección a la pequeña cueva que había descubierto. Y ahora no debemos permitir que nos distraiga la doliente cacofonía de sus gruesos refunfuños y jadeos hasta el punto de perder de vista la cuestión fundamental: ¿de dónde procedía todo ese papel? ¿A quién pertenecían las palabras y las frases truncadas que mamá juntó en una mezcla indescifrable, la misma que dentro de unos instantes acolcharía mi caída en el ámbito de la existencia? Entrecierro los ojos para ver mejor. Reina la oscuridad en este sitio a que ha traído el borujo de papel y donde ahora se afana en ahuecarlo por el centro y levantarle los bordes, como veo con claridad sólo con inclinarme sobre el precipicio del momento en que nací. Estoy mirando desde una gran altura, forzando la imaginación para trocarla en una especie de telescopio. Creo verlo. Sí. Ahora lo identifico. Mi querida Fio ha convertido en confeti el *Finnegans Wake*. Joyce fue uno de los Grandes, quizá el más Grande de todos. Yo nací, fui acogido y me amamantaron en el armazón deshojado de la obra maestra menos leída del mundo.

La mía era una familia numerosa, y pronto fuimos trece los apelmazados entre las ruinas de *Finnegans*, o, por decirlo como se diría en el libro, trece «moléculas mamalúculas amasajadas, lampando por sus mamadas». (Y, transcurridos tantos años, sigo en las mismas: amasajándome y lampando por mis mamadas, mis migajas. ¡Oh sueños!) En seguida nos pusimos todos a pelearnos por las doce tetas: Sweeny, Chucky, Luweena, Feenie, Mutt, Peewee, Shunt, Pudding, Elvis, Elvina, Humphrey, Honeychild y Firmin (servidor de usted, decimotercer hijo). Qué bien los recuerdo a todos. Eran monstruos. Aun ciegos y desnudos, sobre todo desnudos, tenían las extremidades repletas de tendones y músculos, o eso al menos me parecía a mí entonces. Yo fui el único que nació con los ojos abiertos y una modesta capa de suave pelo gris. Muy canijo, también. Y, háganme caso, ser canijo es una cosa horrible de pequeño.

Este hecho tuvo un efecto especialmente dañino en mi capacidad para participar de lleno en el protocolo alimenticio, que por lo general se desarrollaba así: mamá se deja caer por el sótano, procedente de dondequiera que haya estado, con su mal humor de costumbre. Gruñendo y quejándose como si fuera a hacer algo tan heroico que a ninguna madre se le hubiera ocurrido hacerlo antes, en todo el transcurso de la historia del mundo, se derrumba en la cama —*kerplop*— y se queda dormida al instante, con la boca abierta y roncando y totalmente sorda al caos que se monta a su alrededor. A zarpazos, empujones, mordiscos, chillidos, los trece nos lanzamos simultáneamente a por los doce pezones. *Of Milk and Madness (Leche y locura)*¹. En esta partida de tetas musicales, era yo casi siempre quien se quedaba de pie. A veces pienso en mí mismo llamándome «El que se quedó de pie». He descubierto que expresarlo así me ayuda. E incluso en las raras ocasiones en que me las apañaba para ser el primero, no tardaba en verme desplazado por alguno de mis más fornidos hermanos. Fue un milagro que saliera vivo de mi familia. Si lo logré, fue más bien a base de restos. Todos los días, sólo con recordarlo, vuelvo a sentir la espantosa sensación del pezón saliéndoseme de la boca, mientras me arrastran hacia atrás por las patas traseras. La gente identifica la desesperación con una sensación de vacío en las entrañas o de frialdad o de náusea, pero para mí siempre ha sido ese escaparseme el pezón de la boca y las encías.

¹ *Of Milk and Madness* (2006) es un corto de Mark Percival sobre los campeonatos de beber leche que se organizan en Estados Unidos. (N. del T.)

Pero ¿qué oigo ahora? ¿Silencio, *embarazoso* silencio? Se ha colocado usted la mano en la barbilla y piensa: «Bueno, pues *eso* lo explica todo. Este personaje se ha pasado toda su inútil existencia tratando de encontrar la decimotercera teta.» Y ¿qué puedo decir? ¿He de envilecerme hasta el extremo de admitirlo? ¿O debo lanzar un grito de protesta? «¿Eso es *todo*? ¿Eso de veras es *todo*?

CAPÍTULO 2

Mamá nos dejaba solos todas las noches y se iba a ratear un rato por la Plaza —por «ahí arriba», como decíamos nosotros—, en busca de comida. El barrio era un buen sitio para forrajear, en aquellos tiempos. A la salida de los bares y de los locales de estriptís, a casi todo el mundo le encantaba tirar cosas a la acera. Además de bolsas de papel, latas de cerveza aplastadas, paquetes de cigarrillos y mucho vómito, también tiraban gran cantidad de material comestible, hasta raciones enteras sin tocar. Añádase ahora que la ciudad de Boston estaba repleta de indeseables, que en aquellos tiempos constituían prácticamente toda la población del barrio, y el municipio, para castigarlos, había dejado de recoger la basura. Las cunetas rebosaban de provisiones, y la gente tenía que mirar mucho dónde pisaba.

Mamá se pasaba verdaderas eternidades fuera, y nosotros nos dedicábamos a huronear en la oscuridad, aunque se suponía que no debíamos movernos, porque no éramos inquilinos legales. De hecho éramos escuátters, aunque, en vista de que todo aquel tejemaneje —la librería, los locales de estriptís, incluso los cubos de la basura— iba derechito al olvido, con nosotros colgando de un costado, puede que hubiera sido más correcto llamarnos *polizones*. Pero eso aún no lo sabíamos. Me refiero a lo de ir derechitos al olvido. A esa edad, uno piensa que todo es para siempre.

Tras unas cuantas horas que se nos antojaban eternas, cuando ya estábamos desesperados de hambre, oíamos los ruidos que anunciaban su regreso. *Nosotros* se suponía que debíamos permanecer en gran silencio; ella, en cambio, llegaba chocando con todo y tropezando por las escaleras.

Más valdrá, tal vez, que llame a las cosas por su nombre y diga desde el principio que mamá se cogía unas zamacucas de mucho cuidado. Eso —y el barrigón— explica sus problemas con las escaleras. En aquellos tiempos resultaba fácil lengüetear bebidas alcohólicas en las aceras de nuestro barrio, y Fio no era de las que ponen trabas a la tentación. Así era ella y así era el barrio. A casa siempre volvía tambaleándose, con unas trompas considerables, lo cual seguramente explica cómo podía dormir con tantísimos empellones y tanto chillido. Se quedaba transpuesta al instante y rompía a roncar. Así era mamá. Hay mucha gente con padres borrachiness, no tiene nada de particular, pero ahora, echando la vista atrás, me doy cuenta de que ello, en mi caso, fue una gran suerte y probablemente me salvó la vida. *El lado bueno del alcoholismo: Cuento infantil.*

Cuando regresaba dando bandazos de uno de sus escarceos por ahí arriba, venía casi siempre tan calamocana, que a la primera mamadita de leche le empezaba a uno a dar vueltas la cabeza. No a mí, claro. Yo, como de costumbre, me quedaba a un lado, comiéndome la moral, mientras los demás trasegaban a grandes tragos aquel material tan rico que mamá nos traía a casa y que habría ardido si alguien hubiese provocado una chispa en sus intermediaciones. Al final, el alcohol ejercía en mis hermanos y hermanas el mismo efecto que en mi madre, y todos, uno tras otro, iban quedándose modorros y se les resbalaban los pezones de las rosadas encías. Para entonces, claro, la mayor parte del alcohol había quedado eliminado del sistema de Fio, y la leche comenzaba a manar del todo pura. Así que lo único que yo tenía que hacer era encaramarme sobre las filas de pequeños beodos dormidos e ir de teta en teta, vaciándolas todas hasta la última gota deliciosa. Nunca quedaba suficiente. Pero bastaba para mantenerme vivo, aunque a duras penas.

Ya no tengo que inclinarme sobre el precipicio de mi nacimiento para recordar a mamá. Ahora podría tumbarme boca arriba en el confeti, con los piecitos, tan adorables, recogidos en el aire, y contemplar su corpachón. Y a menudo lo he hecho. Sin embargo, la imagen de mamá que conservo de aquel momento, dejando aparte su enorme masa, es poco más que un borrón carente de rasgos definidos. Me froto los ojos, saco mi telescopio, enfoco, y vuelvo a enfocar... y apenas

logro ver nada. Cuando pienso en mamá en ese momento sólo *palabras* me penetran la mente. Enrosco la concentración hasta el borde del desvanecimiento y sigo sin ver más que una forma borrosa y las palabras *escasez de tetas...* Eso, y una espesa fragancia de aserrín y cerveza, como la del suelo de un salón del Oeste.

No me ha sido posible desplazarme mucho por el llamado mundo real, pero sí que he hecho un montón de viajes en la cabeza, conduciendo mis pensamientos por este o aquel camino. Cierta vez, durante uno de tales viajes, conocí en un bar a un hombre que me contó una historia de cuando era pequeño, en Berlín, Alemania, justo al final de la guerra. La Segunda Guerra Mundial, tuvo que ser. La ciudad entera había quedado reducida a escombros, tras los bombardeos, así que se parecía bastante a lo que será la plaza Scollay, dentro de poco, en este relato, y era invierno y hacía frío y no había nada de comer. Su casa —lo que quedaba de ella— estaba oscura y fría, así que el muchachito se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el bordillo de la acera al abrigo de una pared soleada, donde hacía un poco más de calor. Se pasaba horas, allí sentado, todos los días, soñando con comida. Delante de su casa, una bomba había abierto un enorme agujero. Lo habían rellenado en parte, pero seguía siendo un agujero, y un día llegó por la calle aquella una camioneta cargada de carbón. El conductor no vio el cráter a tiempo y el vehículo se metió en él, ¡*kerbang!* Se produjo un tremendo barquinazo y cayó al suelo mucho carbón. Pero la camioneta no se detuvo. Se perdió en la curva siguiente, y por unos instantes no hubo más que una calle vacía donde el sol alumbraba una alfombra de carbón. Un pedacito había llegado rodando hasta quedar cerca del pie del muchacho. Y de pronto, como si alguien hubiera dado la señal, se abrieron las puertas a todo lo largo de la calle y empezaron a salir hombres y mujeres, más bien mujeres, a todo correr. El chico se quedó mirando, asombrado, mientras recogían los trozos de carbón en delantales y cestas, peleándose incluso entre ellas. El chico tapó con el pie el pedacito que yacía en el suelo junto a él y, más adelante, cuando todas habían vuelto a meterse en sus casas, se lo guardó en el bolsillo. Del comportamiento de aquellas mujeres había deducido que se trataba de algo muy valioso, aun sin tener ni idea de qué podía ser. Luego volvió la esquina y se lo sacó del bolsillo e intentó comérselo.

Y en África, en épocas de hambruna, los niños hambrientos comen tierra. A buen hambre no hay pan duro. El mero hecho de masticar y tragar algo, aunque no alimente el cuerpo, nutre los sueños. Y los sueños de comida son como cualquier otro sueño: puedes vivir de ellos, mientras no te mueras.

En el sótano de la librería en que residíamos no había carbón ni tampoco tierra propiamente dicha. Había muchísimo polvo, pero el polvo no puede comerse. Se pega al paladar y no hay quien se lo trague. El papel, por otra parte —no tardé en descubrirlo— posee una magnífica consistencia y, en algunos casos, un sabor agradable. Puedes tirarte horas masticando una bola, si te apetece, como chicle. Apartado por mis fornidos hermanos, aguardando turno mientras intentaba llenar el roído agujero de mis tripas con inmensos banquetes imaginarios, empecé a comerme el confeti que tenía a los pies.

No podía decirse que hubiera dejado atrás la infancia, pero considero acertado afirmar que este momento fue para mí el principio del fin. Como tantas otras cosas que empiezan siendo pequeños placeres ilícitos, masticar papel no tardó en hacerse un hábito con sus imperativos propios, para luego trocarse en adicción, en un hambre mortal cuya satisfacción resultaba tan deliciosa, que a veces quedaba alguna teta libre y a mí me entraban dudas antes de abalanzarme sobre ella. Permanecía ahí quieto, masticando, hasta que la bola que tenía en la boca se convertía en una pasta deliciosamente blanda que podía aplastar contra el paladar con la lengua o moldear en formas interesantes, para luego tragármela sin riesgo alguno. Desgraciadamente, el papel masticado me dejaba una pátina pegajosa en el paladar y la lengua, que me duraba horas y que me obligaba a chasquear los labios de un modo verdaderamente desagradable.

Empecé despacio, un mordisquito por aquí, otro por allá, pero casi en seguida estaba lanzado, y en unos cuantos días me las había apañado para zamparme una parte tan considerable del lecho común que ya quedaban a la vista sus buenas extensiones de cemento desnudo. Ello dio lugar a

toda clase de problemas entre los demás y yo e incluso llegó a granjearme unos cuantos golpes bien dados, pero ni eso alcanzó a detenerme. Puedo ser muy terco cuando algo se me mete en la cabeza.

Al final, para poner coto a las riñas, mamá tuvo que salir a buscar unas cuantas páginas más del Gran Libro. Como ya nos habíamos puesto bastante grandes, todos participamos en la fiesta del desmenuzamiento. Lanzando chillidos de gusto, rasgamos y arrancamos como por venganza. No hay nada como la destrucción para crear una cálida sensación de camaradería, y durante unos minutos, allí, en mitad de aquella barahúnda, llegamos de hecho a sentirnos una familia numerosa y feliz. Cuando me piden que cuente algo de mi niñez, siempre recorro a esto, para que vean lo normales que éramos.

Ni que decir tiene que la llegada de todo ese papel nuevecito, todavía sin cagar ni mear por nadie, no contribuyó precisamente a moderar mi apetito, y seguro que despaché capítulos enteros antes de alcanzar la edad suficiente para aventurarme fuera de nuestro oscuro rincón sobre cuatro patas temblequeantes, adentrándome en la titilante grandeza del mundo. Estoy convencido de que estas páginas masticadas aportaron la base nutricional de lo que modestamente denominaré mi insólito desarrollo mental, o quizá incluso lo provocaran. Imagínense: la historia del mundo en cuatro partes, fragmentos de filosofía, psicoanálisis, lingüística, astronomía, astrología, cientos de ríos, canciones populares, la Biblia, el Corán, el Bhagavad Gita, el Libro de los muertos, la Revolución Francesa, la Revolución Rusa, cientos de insectos, rótulos de calles, anuncios, Kant, Hegel, Swedenborg, tiras cómicas, canciones infantiles, Londres y Salónica, Sodoma y Gomorra, la historia de la literatura, la historia de Irlanda, acusaciones de crímenes inenarrables, confesiones, desmentidos, miles de juegos de palabras, decenas de lenguas, recetas, chistes verdes, enfermedades, nacimientos, ejecuciones... Todo eso, y mucho más, me lo metí yo en el cuerpo. Me lo metí, he de reconocerlo, antes de estar preparado. Tengo un recuerdo muy vivo, visceral incluso, de mi yo juvenil acurrucado en un rincón oscuro sobre un lecho de papel triturado (futuros manjares), agarrándome la tripa grotescamente desfigurada y gimiendo de dolor. ¡Ay, qué dolor! Prolongados calambres *in crescendo*, cavándome las entrañas, retorciéndome dentro mientras se abrían cruel camino por las tripas estremecidas. A estas alturas, aún me sorprende que tan repetidos sufrimientos no me quitaran para siempre el vicio de masticar papel. Pero desde luego que no. Sólo tenía que esperar a que se me pasara el dolor y en seguida me ponía de nuevo a ello, y a veces ni siquiera esperaba tanto.

¿Oigo risitas? Supongo que, a ojos de usted, esto es más bien un vulgar caso de adicción, o quizá el cuadro sintomático de un lamentable desorden obsesivo-compulsivo, y sin duda que acierta. Y, sin embargo, el concepto de adicción no es lo suficientemente rico, lo suficientemente *profundo*, para describir esta hambre. Yo preferiría llamarlo *amor*. Incipiente quizá, pervertido incluso, sin duda no correspondido, pero, así y todo, amor. Aquí se sitúa el comienzo, crudo y glutinoso, de la pasión que ha dominado mi vida —echándola a perder, dirían algunos, y no necesariamente les llevaría yo la contraria—. Si hubiera sido algo más astuto, habría visto, en el espantoso dolor abdominal que me provocaba el ejercicio de esta pasión en su forma infantil, una advertencia, un augurio de los interminables padecimientos de que el amor, al parecer, viene siempre acompañado.

Consumido a diario —o, en mi caso, prácticamente de continuo, si incluimos los posteriores chupeteos de la capa pegajosa resultante—, hasta el más deleitable de los manjares acaba hartando. Me avergüenza decirlo, pero, con el paso del tiempo, el Gran Libro fue bajando por la escala de los encantos hacia la insipidez, haciéndose cada vez menos sabroso, más aburrido, más o menos como el cartón, realmente. Me hacía falta un cambio de dieta. Y, además, ya estaba harto de vapuleos.

Así que un día decidí dar descanso a mi familia y llevarme mis masticaciones a los estantes. Fue una mañana de domingo cuando me aventuré por primera vez. La tienda de arriba estaba cerrada y en la plaza apenas había tráfico que añadiera su distante armonía a los ronquidos entremezclados de mi idiotizada familia. Deslizándome por el pasadizo que conducía de nuestro

hogareño rincón a la titilante habitación grande, con la nariz pegada al suelo, lo primero que me encontré, abierto sobre el cemento, fue el propio Gran Libro, o lo que quedaba de él. Lo reconocí inmediatamente por el olor. Inhalado así, concentrado, multifolio, cientos de páginas densamente juntadas, me dio un poco de náuseas. *El impacto del genio*. Miré los demás libros que había en el estante inferior del que mamá había extraído éste y descubrí que podía leer los títulos con gran facilidad. Evidentemente, ya a tan temprana edad padecía del catastrófico don de la hipertrofia léxica, que tanto contribuiría luego a deteriorar el suave transcurso de una vida que, por lo demás, habría sido perfectamente normal. En la parte de arriba de este grupo de estanterías había un rótulo escrito a mano con la palabra FICCIÓN y una tosca flecha azul señalando hacia abajo. Según fui explorando el local, en los días y semanas sucesivos, encontré otros rótulos que decían HISTORIA, RELIGIÓN, PSICOLOGÍA, CIENCIA, OPORTUNIDADES Y SERVICIOS.

Considero que este periodo fue el inicio decisivo de mi educación, aun teniendo en cuenta que el ansia que me sacaba de mi acogedor rincón y me hacía lanzarme al ancho mundo no era todavía el afán de conocimiento. Empecé por las estanterías más próximas, las de FICCIÓN, lamiendo, mordisqueando, saboreando y, al final, comiendo, a veces por los bordes, pero más frecuentemente, en cuanto conseguía dejar separadas las tapas, ahondando en línea recta por el centro, como un taladro. Mis preferidas eran las ediciones de la Modern Library, y siempre que me era posible escogía uno de sus libros, quizá por el sello, que era un corredor con una antorcha. A veces he pensado en mí mismo como Corredor con Antorcha. Y, ay, qué libros descubrí durante aquellos primeros días embriagadores. Aún hoy, la mera enumeración de sus títulos me trae lágrimas a los ojos. Recítelos usted, pues, dígalos lentamente, en voz alta, y le irán rompiendo el corazón: *Oliver Twist. Huckleberry Finn. El gran Gatsby. Las almas muertas. Middlemarch. Alicia en el país de las maravillas. Padres e hijos. Las uvas de la ira. El camino de la carne. Una tragedia americana. Peter Pan. Rojo y negro. El amante de Lady Chatterley.*

Mi devoración, al principio, era tosca, orgiástica, descentrada, cochina —me daba igual emprenderla a mordiscos con Faulkner que con Flaubert—, pero pronto empecé a percibir sutiles diferencias. Me di cuenta, al principio, de que cada libro poseía un sabor distinto —dulce, amargo, agrio, agridulce, rancio, salado, ácido—, y según fue pasando el tiempo y mis sentidos ganaban en agudeza, llegué a captar el sabor de cada página, de cada frase y, finalmente, de cada palabra: todas traían consigo una ordenación de imágenes, representaciones mentales de cosas que yo desconocía por completo, dada mi limitada experiencia del llamado mundo real: rascacielos, puertos, caballos, caníbales, un árbol florecido, una cama sin hacer, una mujer ahogada, un muchacho volador, una cabeza cortada, siervos de la gleba que levantan la cabeza al oír el aullido de un idiota, el silbido de un tren, un río, una balsa, el sol entrando al sesgo en un bosque de abedules, la mano que acaricia un muslo desnudo, una choza en la jungla, un monje que se muere.

Al principio me limitaba a comer, royendo y masticando, tan feliz, siguiendo los dictados de mi gusto. Pero pronto empecé a leer, un poco por aquí, otro poco por allí, en los bordes de mis comidas. Y según transcurría el tiempo fui leyendo más y masticando menos, para terminar pasándome prácticamente todas las horas de vigilia leyendo y comiéndome sólo los márgenes. Y, ay, ¡cuánto lamenté entonces aquellos horribles agujeros! De algunos títulos no había más que un ejemplar, y tuve que esperar años para rellenar los huecos. No me enorgullezco de ello.

Ahora, tras las bofetadas y conmociones de la vida, vuelvo la vista a la niñez con la esperanza de descubrir alguna confirmación de mi propia valía, alguna señal de que estaba destinado, al menos por un tiempo, a ser algo más que diletante y bufón, que me vi superado por las inexorables circunstancias y no por ningún fallo interno. Que se me diga «Mala suerte, Firmin», no «Podríamos habértelo dicho». Me froto los ojos y apunto el telescopio, pero, ay, éste no capta ningún divino aflato, ni siquiera magnífica unas cuantas chispitas de ingenio: sólo descubre un desorden alimenticio. En vez del telescopio, los médicos tirarían de sus estetoscopios, sus electroencefalogramas, sus polígrafos, todo ello en apoyo de un diagnóstico aplastante: caso corriente de bibliobulimia. Y lo peor de todo es que *tendrían razón*. Y, ante dicho acierto

esencial, ante la oprobiosa obviedad de su juicio aplastante —me gusta la palabra *aplastante*—, sólo me queda gritarme a mí mismo, igual que Ezra Pound en la celda de rata donde lo metieron en Pisa: «Derriba tu vanidad, te digo que la derribes.» Pound era uno de los Grandes.

Pero ya basta. La criaturita que yo era en aquel entonces aún no se barruntaba tantísimos sufrimientos. Instalado en el peldaño más bajo de la escalera de la vida, todavía era un niño en una fiesta, rejileto y alegre; y fueron felices aquellos días en la librería. O, mejor dicho, fueron felices aquellas noches y aquellos domingos, porque no me atrevía a adentrarme en aquella titilante extensión durante las horas en que la librería estaba abierta al público. Desde nuestro oscuro escondite del sótano oíamos los murmullos de voces y el crujir de pisadas en el techo. Los oíamos y nos echábamos a temblar. A veces, las pisadas salían del techo y bajaban por los peldaños de madera que conducían al sótano. Por lo general, dichas bajadas venían seguidas de un periodo de silencio; pero a veces no, a veces venían seguidas de gruñidos y refunfuños, incluso de explosiones inexplicables, y todo ello nos asustaba terriblemente. Después venía el ruido del agua al correr, y luego las pisadas volvían a subir la escalera. Las pisadas de subida nunca eran tan fuertes como las de bajada.

CAPÍTULO 3

Una noche, mientras curioseaba yo bajo el rótulo de OPORTUNIDADES, vi en la pared un tosco agujero por el que asomaba una gruesa cañería negra. Ésta iba arrastrándose por el suelo hasta introducirse en la pared de enfrente, bajo el rótulo de SERVICIOS. En aquella pared no había estanterías, sólo una puerta, siempre cerrada. Metí la nariz en el agujero y olfateé. Oía a ratas. La cañería penetraba en la pared y luego torcía hacia arriba. Era un tubo muy grueso, pero no llenaba del todo el orificio que habían hecho para instalarla, y el material de obra que la rodeaba era áspero e irregular. Era yo muy curioso en aquellos tiempos, y el olor resultaba tranquilizador, aunque no fuera exactamente igual que el olor a rata a que estaba acostumbrado. Resultaba más triste.

Apoyando la espalda contra la cañería, coloqué los pies en el interior del agujero y me puse a trepar, utilizando los salientes del material como puntos de apoyo.

Fue una subida bastante fácil. En lo alto, en un nivel que correspondía al zócalo del primer piso, el túnel se ramificaba. Un camino seguía hacia arriba —con la cañería—, otros partían a derecha e izquierda, a lo largo de la pared, entre los listones de yeso y la obra exterior. Aquella noche fui hacia la izquierda. La noche siguiente fui hacia la derecha. Y al cabo de una semana tenía en la cabeza un mapa completo del sistema. El edificio estaba veteado de túneles, una auténtica colmena, una madriguera retorcida y entrelazada. Si no tuviera tantísima prisa —prácticamente, ya no queda tiempo—, ahora podría embarcarme en una interminable descripción de la red de túneles, resultado, evidentemente, del trabajo conjunto de miles de ratas muy anteriores a mi época, generaciones de ratas hincando sus incisivos para arrancar pedacitos de obra, y todo para que yo, Firmin, un día, pudiese desplazarme sin que nadie me viera por el edificio entero. Podría cansarle a usted los tímpanos hablándole de conductos, tolvas, bancadas y grietas, explicándole la diferencia entre arco abocinado y arco capialzado; y, si aún siguiera despierto, podría dormirlo a fuerza de hoyos perpendiculares, niveladoras, cacillos, cañas de comunicación y yacentes. Si disfruta usted con este tipo de descripciones, más le valdrá comprarse un manual de minería.

Al principio, detrás de cada esquina esperaba tropezarme con otras ratas, las constructoras de esta cavernosa ciudad, pero nunca ocurrió. Terminé por considerarlas «de otros tiempos». Tampoco encontré comida, jamás. Y tal vez fuera ésa la razón de que allí no quedara ni una sola rata. Antes de la librería, puede que en este local hubiera una tienda de ultramarinos o una panadería. Ahora, para comer, lo único que había era papel. Y, sin embargo, mi paciente exploración, noche tras noche, de lo que parecían ser kilómetros y kilómetros de túneles, acabó reportándome gratificaciones que para mí aventajaban en mucho a cualquier manjar. Tenga usted presente que estos conductos de dentro de las paredes estaban en la más completa oscuridad. Poseo una excelente visión nocturna, pero aquí tenía que apañármelas con el olfato y el tacto. Era una tarea lenta y aburrida, y hubieron de transcurrir varios días hasta que vine a caer en una tolva que conducía directamente al techo del sector principal de la tienda. El edificio, como tantos otros de esta parte de la ciudad, era muy viejo, sin aislamiento de techos, y el espacio entre cada par de vigas formaba una amplia cámara abierta, increíblemente cálida y llena de polvo. Mis tenaces antepasados habían roído agujeros circulares en las vigas, y gracias a tales agujeros podía yo trepar malamente de cámara en cámara. Iba abriéndome camino en dirección al exterior, explorando detenidamente cada cámara, con los pies y con la nariz, antes de pasar a la siguiente, cuando topé con algo tan inesperado que me hizo brincar sobre las patas traseras. Tras más de una semana de buscar a tientas en noches oscuras como la pez, aquí, de pronto, había rayos de luz que salían del suelo, procedentes de la planta de abajo, es decir de la tienda. En un momento dado, tiempo atrás, alguien —no una rata— había abierto en el techo un agujero de buen tamaño, redondo, para instalar una lámpara, y ésta la habían colocado ligeramente

descentrada, dejando en el borde una estrecha rendija en forma de arco. Por esa ranura pude mirar, con mucho cuidado, y la planta inferior se me ofreció a la vista.

Directamente debajo de mí había una mesa grande, repleta de objetos, y una silla con un cojín rojo. Eran la mesa y la silla de Norman, o iban a serlo. Aún no conocía a Norman —tendría que pasar algún tiempo antes de que dejara de ser simplemente el Dueño de la Mesa—, pero el amontonamiento de cosas encima del escritorio, el pincho de acero en que se ensartaba, casi hasta arriba, un montón de papeles andrajosos, los brazos resplandecientes de la silla y, por supuesto, el cojín rojo con su depresión central ahormada a las nalgas, poseían un aura de seriedad y dignidad que, teniendo en cuenta mis antecedentes, me pareció perfectamente irresistible.

Aquella rendija del techo en forma de *c* de «confidencial» se convirtió en uno de mis sitios preferidos. Era una ventana al mundo de los humanos, mi primera ventana. En ese sentido, venía a ser lo mismo que un libro: por ella podía asomarme a mundos que no eran míos. Le puse por nombre el Globo, porque así me sentía mirando hacia abajo, como si flotara sobre la habitación en la barquilla de un aeróstato. Unos días más tarde descubrí un segundo sitio, también muy bueno, en el otro extremo del techo, en el sentido del callejón. Era un agujero dentado que quedaba en la escayola, por donde una partición improvisada llegaba al techo. Por ese agujero bajaba yo hasta situarme encima de una de las vidrieras altas en que Norman guardaba los libros raros, y desde allí se disfrutaba de una magnífica vista de la sala principal de la tienda, incluida la puerta de la calle y la mesa y la silla de Norman. Le puse el Balcón. (Hoy, las palabras *balcón* y *balón*, ambas oxítonas, han quedado fusionadas hasta formar una especie de cuna, o un triste barquito. A veces me subo al barco y me dejo ir a la deriva. O me acuesto en la cuna y me mezo y me chupo un dedo del pie.) Más tarde supe que esta sala, que en aquel momento se me antojó un verdadero océano de vastedad, era de hecho una pequeña parte del negocio. Norman poseía toda una sucesión de salas. En un momento dado, mucho antes de mi época, había comprado los dos locales contiguos a la librería original y había practicado aperturas en las paredes aledañas. Los accesos eran bastante estrechos; tanto, que las personas tenían que ir pasando por turnos y ponerse de lado y frotarse las panzas. Pero por ahí se llegaba a todas las secciones, una tras otra, y todas estaban también llenas de libros. A veces pensaba que todas esas salas conectadas mediante pequeñas puertas eran algo que bien pudiera haber construido una rata gigante, y disfrutaba pensándolo, hasta que Norman me falló.

A veces los libros estaban bien colocados, bajo sus rótulos correspondientes, pero otras veces se encontraban por ahí, desperdigados, en cualquier sitio. Cuando empecé a comprender mejor a las personas, caí en la cuenta de que ese increíble desorden era una de las cosas que la gente apreciaba en Libros Pembroke. No venían sólo a comprar un libro, soltar la pasta y darse el piro. Se quedaban un buen rato. Ellos lo llamaban mirar, pero más bien parecía que estaban excavando una mina. Me sorprendía que no trajesen palas. Cavaban en busca de tesoros con las manos desnudas, hundiendo a veces los brazos hasta las axilas, y cuando extraían alguna pepita literaria de algún montón de escoria, se sentían muchísimo más felices que si hubieran llegado y hubiesen comprado directamente el libro. En ese sentido, comprar en Pembroke era como leer: nunca sabe uno con qué va a encontrarse en la página siguiente —la estantería, el montón, la caja siguientes—, y eso constituía una parte importante del placer. Y eso constituía una parte importante del placer de los túneles, también: nunca sabía uno qué aguardaba a la vuelta de la esquina, al final del conducto siguiente.

Ni siquiera durante aquellas primeras semanas de embriagadoras incursiones llegué a descuidar mi aprendizaje. Nunca me adentraba en los túneles sin haber pasado antes unas cuantas horas leyendo. Y con tremendo provecho. Pronto fui capaz de comprender incluso las novelas consideradas más difíciles, sobre todo rusas y francesas, e iba haciendo progresos en las obras más sencillas de la filosofía y la administración de empresas. Comprendo ahora con toda claridad, merced a mis investigaciones posteriores, que tales hazañas eran posibles, en términos orgánicos, sólo porque se estaba produciendo un crecimiento sostenido de mis lóbulos, el

occipital y los temporales, acompañado —sigamos con las conjeturas— de un tremendo abultamiento de las circunvoluciones angulares. Razonando hacia atrás, de efecto a causa, me considero autorizado a suponer que mi cráneo también esconde bajo su humilde aspecto exterior una excepcional elongación lateral del área de Wernicke, deformación que normalmente se asocia a la precocidad verbal, pero que también se halla presente —he de reconocerlo— en algunas raras formas de cretinismo. Este crecimiento insólito lo atribuyo a estímulos medioambientales, aunque la dieta alimenticia, qué duda cabe, también debió de hallarse entre las causas. Hubo, sin embargo, un desdichado efecto lateral, porque la cabeza me creció de tal modo, que me costaba trabajo mantenerla erguida. Ya ve usted: la musculatura cerebral no venía acompañada de su correspondiente robustez corporal. Seguía siendo angustiosamente chaparrito. Era una piltrafa, un infusorio.

En psiquiatría es casi un axioma que la combinación de la precocidad intelectual con la debilidad física puede dar lugar a muchos rasgos de carácter muy desagradables: avaricia, manías de grandeza y masturbación obsesiva, por nombrar sólo algunos. Y, de hecho, si me he pasado la vida tratando de evitar a ciertos pretendidos expertos (me refiero a los psiquiatras) es porque los tales poseen —adquirida en los manuales más rudimentarios— una visión preconcebida de las profundidades de mi carácter. Se trata de una aversión muy natural, creo, teniendo en cuenta que entre los restantes efectos lamentables de mi dolencia hay uno que nunca deja de manifestarse: la necesidad casi patológica de esconderme o, si ello no fuera posible, de llevar máscara.

La combinación de cabeza gorda y miembros flojos me forzó a adoptar unos andares muy ponderosos, que en un periodo posterior de mi vida llegaron a parecerme propios de alguien muy metódico y muy digno, pero que en los primeros tiempos se me antojaban una manifestación más de mi rareza. No podía evitar que se me bamboleara la enorme cabeza al andar, o que su movimiento fuera muy pesado, lo cual me confería un aspecto bastante bovino. Y, además, yendo tan cargado de frente como iba, tenía una fuerte tendencia a caerme de bruces, para gran jolgorio de los demás.

Semejante pesadez, tan grotesca en una criatura de mi tamaño, fue especialmente desdichada en este periodo, cuando acababa de entrar en una fase de mi vida que requería la máxima ligereza. Aunque nada en el comportamiento de mis hermanos hiciera pensar que sus cerebros pudieran estar expandiéndose, sus aparatos masticatorios sí que habían experimentado un considerable desarrollo, como atestiguan los muchos y muy dolorosos mordiscos que recibí. Yo masticaba papel, ellos me masticaban a mí. Era una asimetría bastante molesta. Todos estábamos ya preparados para comer cosas sólidas. De hecho, estábamos preparados para renunciar a la vida familiar, y mamá acabó percatándose de ello, entre sus vapores etílicos. Nuestros relampagueantes incisivos tenían que parecerle verdaderos destellos de luz al fondo del largo túnel maternal. Atraída por esta luz, se puso a la tarea de enseñarnos a salir adelante sin ella y así poder dejarnos solos y largarse y reanudar su vida de juguista.

Nuestra educación fue sencilla y práctica. Íbamos en turnos de a dos siguiendo a mamá en sus correteos por la parte de arriba, y lo que se esperaba era que aprendiéramos observando su técnica. Se había acabado lo de mamar y trincar por la vía fácil: nos tocaba, de ahora en adelante, enfrentarnos a un modo de vida enteramente nuevo. Los antropólogos consideran que la caza y la recolección constituyen la fase más primitiva de la civilización, pero ni a eso llegábamos nosotros. Lo nuestro era gorronear y vivir sobre el terreno. Una actividad casi totalmente nocturna. Las posiciones básicas eran encogerse, pegarse al suelo y agazaparse. Los movimientos de apoyo eran arrastrarse, correr y salir pitando. Cuando llegó mi turno, me tocó con Luweena. Me alegró que así fuera, porque esta hermana siempre me había tratado con indiferencia, sin ofrecerme mordiscos ni vapulearme, lo cual era muy de agradecer, teniendo en cuenta su constitución atlética y el hecho de que una vez, en el transcurso de una riña tumultuaria, le había dado un mordisco a Shunt en una oreja y se la había arrancado casi entera. Siempre me había llamado la atención —con desmayo— su tamaño, pero aquella noche, en el momento mismo de ponernos en marcha, fue la primera vez que me fijaba en lo peluda que se

había puesto por detrás. No sólo los dientes le crecían. Preocupado como estaba con mis exploraciones, me había pasado inadvertido este nuevo cambio, pero, ahora, la visión de sus peludas posaderas balanceándose delante de mí contribuía enormemente a distraerme, y de pronto experimenté una violenta cólera contra ella.

Con mamá en cabeza, nos colamos por la rendija inferior de la puerta de la bodega y salimos al mundo. Yo iba en la idea de que estaba mejor preparado que los demás para lo que nos esperaba en el exterior. A fin de cuentas, era yo quien se había pasado un montón de horas sentado en el Balcón, mirando por el escaparate frontal de la tienda, que daba a la calle. Algo del mundo había visto por ese ventanal: gente y coches pasando y una parte del edificio de enfrente. Una vez vi a un policía montado a caballo, y otra vez llovió. Pero al poner pie en la calle nocturna detrás de Luweena y de mamá comprendí de inmediato que mi imagen del mundo, limitada y rectangular, apenas si se parecía en nada a la enormidad de la cosa en sí. Me sentí como un humano poniendo pie en la superficie de Júpiter. Pusimos pie en un duro desierto negro. La farola que colgaba directamente sobre nuestras cabezas era un sol en un cielo negro. De alguna parte, quizá de la propia farola, llegaba un chillido débil y muy agudo que hacía daño en los oídos y que a la larga resultaba enloquecedor en su persistencia. A ambos lados, edificios de cuatro plantas, cayéndose a trozos, se alzaban como las paredes de un ancho cañón. Ya en ese primitivo estadio de mi aprendizaje había leído lo suficiente como para formular «ancho cañón de soledad». Lo formulé y me dio un escalofrío. De vez en cuando pasaba un coche con los ojos llameantes, y el suelo del desierto trepidaba. Hacía mucho frío, y algo parecido a un peine helado nos pasaba por el pellejo. Era el viento. Luweena, menos experimentada que yo, tendría que haber estado aún más sorprendida. Tendría que haberse arrugado o, por lo menos, que haberse quedado con la boca abierta de puro asombro, o anonadada de alguna manera, pero quien se quedó pasmado fui yo, al ver que iba olisqueando el aire y trotando detrás de mamá como si andar por Júpiter le pareciera algo completamente normal. En lo que a mí respecta, aún estaba al cobijo de mi relativa ignorancia, y sólo una vaga inquietud me carcomía los márgenes de la mente.

Íbamos en fila, de prisa y manteniéndonos tan cerca de los edificios como nos resultaba posible, primero Cornhill arriba y luego por un callejón angosto. Yo iba el último. El callejón estaba oscuro y olía igual que debajo del rótulo de SERVICIOS, pero más fuerte. Tenía que haber algún tipo de comida por ahí, porque oí que Luweena y mamá masticaban algo en la oscuridad, por delante de mí. No me guardaron nada, y lo único que me encontré al llegar fue un trozo de lechuga. Sabía igual que *Jane Eyre*. Siguiendo el callejón desembocamos en la calle Hanover, directamente enfrente del brillante resplandor del teatro del Casino. En la prominente marquesina, unas luces amarillas que corrían sin parar trazaban las palabras CHICAS, CHICAS, CHICAS y LO MEJOR DE BOSTON. Bajo la marquesina, a ambos lados de la taquilla acristalada, había fotos tamaño natural y en blanco y negro de personas que ya entonces había aprendido a identificar como mujeres guapas. No llevaban ropa alguna, salvo zapatos de tacón alto en los pies y tiaras de diamantes en el pelo, con dos rectángulos negros tapándoles los pechos y la parte alta de los muslos. Una era rubia y la otra morena. Ambas tenían un pie levantado.

Capturadas por la cámara en pleno baile flotaban en un movimiento sin terminar: el obturador las había cercenado del tiempo, como una guillotina. Mamá y Luweena no les prestaron la menor atención. Lo que hicieron fue encaminarse directamente a la puerta del teatro donde ponía SALIDA y, una vez allí, arrojarse a comer a dos carrillos de un montón de palomitas de maíz que se le habían caído a alguien. Saltaba a la vista que Luweena poseía un talento natural para gorronear y vivir sobre el terreno. Ni siquiera intenté unirme a ellas, esta vez. Me quedé ahí parado, mirando los carteles, con una pata en el aire. A pesar de mis muchas lecturas, incluida mi digestión de *El amante de Lady Chatterley*, sólo poseía una leve noción intelectual de este aspecto del mundo. De hecho, nunca antes había *experimentado* nada parecido. Ahora, echando la vista atrás, comprendo que el momento en que me quedé mirando a aquellas dos criaturas casi desnudas y angelicales constituyó lo que los biógrafos llaman un punto crucial. Haré yo lo mismo y diré que el 26 de noviembre de 1960, delante del teatro Casino, en una calle lateral, no

lejos de la plaza Scollay de Boston, cambió el sentido de mi vida. Pero, claro, yo entonces no lo supe. Por no saber, en aquel momento ni siquiera sabía que estaba en Boston.

Una vez que Luweena y mamá se trajelaron todas las palomitas, seguimos por la calle Hanover, arrastrándonos por la cuneta hasta llegar a la plaza casi desierta. La plaza era, como gustaba de decir la gente, un sumidero, y de hecho el asfalto húmedo brillaba bajo las farolas como si fuese agua. Una mujer, seguida de cerca por un hombre, pasó sin vernos. Andaban con rapidez y acabaron desapareciendo por una puerta que había bajo el rótulo de HABITACIONES. Nunca olvidaré el ruido que hacían en la acera los zapatos de la mujer. Nos acurrucamos en una boca de alcantarilla hasta que la puerta se cerró tras ellos. Luego, en pos de mamá, cruzamos la vasta extensión de la plaza, corriendo todo lo de prisa que nos fue posible o, digamos, todo lo de prisa que mamá podía. En aquellos tiempos, Luweena y yo aún éramos ligeros de pies. Nada más llegar a la acera opuesta, mamá encontró un charco de cerveza, y Luweena y ella se negaron a seguir adelante mientras no hubieron lamido hasta la última gota. En aquel momento, la ansiedad ya se había trasladado de los márgenes de mi mente al mismísimo centro, y el miedo me daba tiritones. «Al diablo la comida», pensé. Lo que quería era salir corriendo y no parar hasta encontrarme en casa, sano y salvo, en la librería, pero me aterrorizaba la perspectiva de alejarme de mamá. Lo que más miedo me daba eran los camiones tronitantes que de vez en cuando pasaban por nuestro lado y cuyos faros proyectaban enormes sombras en las paredes, aunque mamá ni siquiera levantaba la cabeza, y Luweena, al cabo de un rato, tampoco. Y seguimos calle abajo. Pasamos por delante de los apagados ventanales del viejo caserón gótico del Old Howard, que en tiempos fue un famoso teatro, pero que llevaba años cerrado. Allí vivían muchísimas ratas de clase baja. Era, nos dijo mamá, un sitio estupendo para que te mataran. Al final, tras haber lamido no pocos charcos de la acera, encontramos algo de comer —perros calientes, encurtidos, rosquillas, ketchup, mostaza— en los grandes cubos de basura de detrás de Joe and Nemo. Había otras ratas por ahí, pero nos mantuvimos alejados de ellas. No somos una especie muy aficionada a estrechar lazos. Luego pasamos por delante del Red Hat Bar, y más charcos. Casi todos eran de orina, pero también los había de alcohol, en cantidad suficiente como para mantener ocupada a mamá, y a Luweena también. Malos genes, supongo. Y ambas se fueron volviendo cada vez más imprudentes en el camino de regreso a casa, hasta el punto de recorrer la calle Cambridge caminando por mitad de la acera, y cantando. No yo, sin embargo. Yo iba pegado a las paredes, o por la cuneta, haciendo como que no las conocía de nada. De hecho, mantenía las distancias con la esperanza de que si alguna gran calamidad les caía del cielo y les aplastaba la cabeza, a mí no me ocurriera nada.

Estoy tratando de contarle a usted la verdadera historia de mi vida y, créame, no es nada fácil. Ya me había leído gran parte de los libros de debajo del rótulo de FICCIÓN cuando empecé a barruntar lo que significaba tal palabra y la razón de que algunos libros estuvieran ahí colocados, debajo de ella. Hasta entonces había creído estar leyendo la historia del mundo. Aún hoy tengo que esforzarme constantemente en no olvidar —dándome golpes en la cabeza, a veces, a tal efecto— que Eisenhower es un personaje real y *Oliver Twist*, no. *Perdido en el mundo: Epistemología y terror*. Repasando ahora mi relato de la primera salida con mamá y Luweena al territorio salvaje de más allá de nuestro sótano, veo que he pasado por alto un pequeño incidente. Fue, en mi opinión, algo completamente trivial, pero no quiero que me lo eche usted en cara luego, si sale a relucir. Ya lo estoy imaginando, dando vueltas en su sillón giratorio y soltando alaridos de gozo. Y, además, no fue exactamente un incidente, fue más bien una provocación, o, digamos, un intento de provocación, por parte del peludo trasero de Luweena.

Mientras la seguía por el callejón, el trasero, como ya he mencionado, subía y bajaba delante de mis narices. Arriba, abajo. Y lo más ridículo era que Luweena se empeñaba en llevar la cola en un ángulo también estimulante, un ángulo que no sería injusto calificar de descocado. Descocado y provocativo. Mientras nos arrastrábamos en fila india por el callejón, su trasero ocupaba por completo mi campo de visión, invadiendo mi consciencia e impidiéndome pensar en ninguna otra cosa, ni siquiera en la comida o el peligro. Y luego, claro, estaba el olor. No puedo esperar,

imagino, que usted comprenda este aspecto de la cuestión, el irresistible poder de aquella fragancia. Me tenía a punto de lanzarme sobre ella como un loco. Sentía que la entropierna me impulsaba hacia delante. Me imaginé saltando sobre Luweena desde detrás e hincándole los incisivos en el pellejo del cuello, mientras ella arqueaba su largo y musculoso lomo, alzaba el culo al aire y, con un chillido de deliciosa agonía, se entregaba a mí. Fue horrible. Pero también, afortunadamente, muy corto. Estábamos ya llegando al final del callejón, acercándonos a las luces de la calle Hanover. Pasó rugiendo un camión y mi súbito apasionamiento, con lo fuerte que era, se desvaneció en el estrépito. Nada había ocurrido. Y nada ocurriría, porque en aquel momento nos encontrábamos ya a sólo unos pocos metros y minutos de aquel punto crucial en que me quedé parado en la acera, con una pata levantada, mirando a aquellos ángeles. Voy a abrirle mi corazón: el impulso de violar a mi hermana en un callejón fue el último momento de deseo sexual normal y corriente que he experimentado en mi vida. Aquella noche, al salir, yo era, a pesar de mi inteligencia, un macho bastante común. Al volver ya estaba muy adelantado el proceso por el que me transformaría en un perverso, en un fenómeno de feria.

CAPITULO 4

Allá en el mundo, fuera de mi adorada librería, era cada cual a lo suyo y sálvese quien pueda. Todo, en el exterior, estaba pensado para infligirnos un daño mortal, siempre. Nuestras posibilidades de cumplir el primer año de vida eran prácticamente nulas. De hecho, bien podía declarárenos muertos, en aplicación de las estadísticas. No era que yo lo supiese seguro en aquel momento, pero lo intuía, con esa especie de espantoso presentimiento que a veces asalta a quienes van a bordo de un barco a punto de naufragar. Si hay algo para lo que resulte útil una formación literaria, es para dotarlo a uno de un sentido de la catástrofe. No hay nada como una imaginación vivida para desvitalizarle a uno el valor. Leí el diario de Anna Frank, me convertí en Anna Frank. Los demás, en cambio, tenían sus momentos de gran terror, se escondían por los rincones, sudaban de miedo, pero tan pronto como pasaba el peligro ya era como si nunca hubiese existido, y seguían triscando por ahí, tan contentos. Tan contentos, hasta que alguien los aplastaba o los envenenaba o les rompía el cuello con una barra de hierro. Yo, por mi parte, he vivido más que todos ellos y, a cambio, he muerto mil muertes distintas. Me he movido por la existencia dejando en pos un rastro de miedo, como un caracol. Cuando muera de verdad, será un aburrimiento.

Una noche, poco después de aquella vuelta de orientación por la plaza, mamá subió a la calle, como de costumbre, y nunca más volvió. La vi un par de veces durante los meses siguientes, pasando el rato con las ramerillas en la trasera de Joe and Nemo. Luego desapareció sin dejar rastro. Y ése fue el final de nuestra pequeña familia. A raíz de ello, no hubo noche en que no se ausentara alguno, hasta que al final sólo quedábamos Luweena, Shunt y yo. Y luego ellos también se largaron. Les costaba creer que yo tuviera intención de quedarme. Me consideraban un loco inofensivo. No les parecía nada bien lo que estaba haciendo. La librería, a fin de cuentas, era un sitio de mala muerte, que mamá se había visto obligada a elegir por razones de urgencia. A pesar de nuestras diferencias, el último día fue casi conmovedor. Luweena me dio un abrazo, y Shunt, avergonzado, me aplicó un puñetacito en el hombro. Estaban ya desapareciendo por debajo de la puerta cuando les grité: «¡Adiós, soplapollas; adiós, estúpidos infrahumanos!» Los insulté de mala manera, y luego me sentí estupendamente.

Me mudé a un sitito que me había acondicionado en el techo de la tienda, a mitad de camino entre el Globo y el Balcón, desde donde podía mantenerme al tanto de todo mientras proseguía mis estudios nocturnos en el sótano, devorando un libro detrás de otro, aunque ya no literalmente. Bueno, esto último no es del todo cierto. Instalado como estaba, cada noche, en los misteriosos intersticios que separan la lectura del almuerzo, había descubierto una notable relación, una especie de armonía preestablecida, entre el sabor y la calidad literaria del libro. Para averiguar si algo era digno de leerse, sólo tenía que mordisquear una parte de la zona impresa. Aprendí a utilizar la anteportada a tal propósito, dejando así el texto intacto. «Lo que bien se come, bien se lee», pasó a ser mi lema.

De vez en cuando, para dar alivio a mis sufridos ojos, hacía espeleología por los conductos y estancias secretas de mis antepasados remotos, y allí, una noche, mientras me arrastraba por detrás del zócalo, tropecé con un dique de yeso caído, una barrera que anteriormente había considerado parte de la pared, pero que, según comprobaba ahora, era de hecho un túnel obstruido. Los fragmentos que lo atascaban eran bastante grandes y angulosos y formaban un conjunto muy tupido, de manera que me costó mucho esfuerzo y mucho tiempo despejar el camino hasta dejar al descubierto un nuevo túnel. Era una apertura limpia, casi redonda, que atravesaba el zócalo e iba a dar directamente a la zona principal del almacén. Por astucia, o quizá por mera suerte, los industriosos antepasados la habían practicado justo detrás de una caja fuerte de hierro, lugar que resultaba prácticamente invisible desde la tienda. El Balcón y el Globo, con

todo lo valiosos que eran, venían a resultar simples miraderos, observatorios colgados como nidos de águila sobre el ajetreo mercantil, y no me habían ofrecido verdadero acceso a la tienda y su inabarcable tesoro de libros nuevos. Con lo que me pareció un fino sentido de la ironía más intencionada, le puse por nombre el Cubil de la Rata. También podría haberlo llamado la Puerta del Cielo.

A raíz de este descubrimiento, me dediqué casi por entero a los libros de arriba, mejores que los del sótano. Salas y más salas repletas de libros. Los había encuadernados en cuero, con ribetes de oro, pero el caso era que a mí me gustaban más los de bolsillo, sobre todo los de New Directions, con sus cubiertas en blanco y negro, y también los muy serios y muy austeros de Scribner. Si fuera un ser humano y me dedicase a leer en los parques, éstos son los libros que siempre llevaría conmigo. El sótano me había venido muy bien, pero era arriba donde me sentía florecer. Se me agudizó el intelecto, más que los dientes. Al poco tiempo ya era capaz de terminarme un libro de cuatrocientas páginas en una hora, o de tragarme a Spinoza entero en un solo día. A veces miraba a mi alrededor y me estremecía de gozo. No me entraba en la cabeza que algo así me hubiera sido otorgado. A veces pensaba que podía ser parte de algún designio secreto. Me preguntaba: «¿Será posible que, a pesar de mi dudoso aspecto, yo tenga un Destino?» Y con ello me refería a la clase de cosa que la gente tiene en los relatos, donde los hechos de la vida, por agitados y revueltos que discurran, al final se resuelven en una especie de pauta. Las vidas, en los relatos, tienen sentido y dirección. Incluso vidas totalmente desprovistas de sentido, como la de Lenny en *De ratones y hombres*, llegan a adquirir, por su lugar en el relato, al menos la dignidad y el significado de ser unas Vidas Estúpidas y Desprovistas de Sentido, el consuelo de ser un ejemplo de algo. En la vida real, ni eso consigue uno.

Nunca he tenido mucha valentía física, ni de ninguna otra clase, y siempre me ha costado mucho trabajo afrontar la vacua estupidez de una vida corriente, sin relato, de modo que muy pronto di en confortarme con la ridícula idea de que poseía un Destino. Y comencé a viajar, en el espacio y en el tiempo, por medio de los libros, buscándolo. Me dejé caer por el Londres de Daniel Defoe, en su visita guiada de la peste. Oí la campana que acompañaba la petición de «Traed a vuestros muertos» y olí el humo de los cadáveres ardiendo. Sigo teniéndolo en las fosas nasales. Las personas morían como ratas por todo Londres —de hecho, también morían las ratas, igual que las personas—. Tras dos horas de esto, me hacía falta un cambio de escenario, de modo que me trasladé a la China y subí por un empinado sendero, entre bambúes y cipreses, para sentarme un rato ante la puerta abierta de una pequeña choza de montaña con el viejo Tu Fu. Contemplando en silencio la blanca neblina que ascendía del valle, escuchando soplar el viento entre las cortinas de juncos y también los débiles ecos de las distantes campanas del templo, ambos estábamos «solos con diez mil cosas». Más tarde me desplazé a Inglaterra —brincando por encima de los océanos, los continentes y los siglos con la misma facilidad con que se sube uno al bordillo de una acera—, donde hice una pequeña fogata junto a un camino de carretas, para que la pobre Tess, abocada a la perdición, condenada a recolectar nabos en un campo desolado, bajo el azote del viento, pudiera calentarse las agrietadas manos. Ya había leído dos veces su vida, de cabo a rabo —ya conocía su Destino—, y aparté la cara para esconder mis lágrimas. Luego viajé con Marlow a bordo de un vapor trapajoso, río arriba, en África, buscando a un hombre llamado Kurtz. Lo encontramos. ¡Más nos habría valido no haberlo encontrado! E hice presentaciones. Puse a Baudelaire en la balsa con Huck y Jim. Le vino estupendamente bien. Y en ciertas ocasiones les aligeré las penas a los tristes. Hice que Keats se casara con Fanny antes de morir. No pude salvarle la vida, pero tendría usted que haberlos visto en la noche de bodas, en una pensión barata de Roma. Para ellos era un sitio de cuento de hadas. Hice que mis sueños entraran en los libros, y a veces me volvía soñar dentro de los libros. Tomé a Natasha Rostova por la cintura mínima, noté el peso de su mano en mi hombro, y bailamos, como flotando en las oleadas del vals, y cruzamos el reluciente parque del salón hasta salir al jardín, con sus farolillos de papel, mientras los bizarros tenientes de la Guardia Imperial se atusaban furiosamente el bigote.

Se ríe usted. Y con razón. Antaño fui —a pesar de mi desagradable facha— un romántico irrecuperable, es decir la más ridícula de las criaturas. Y humanista también, igualmente irrecuperable. Y, sin embargo, a pesar —¿o a causa?— de tamaños defectos, llegué a conocer a muchísimas personas fabulosas y no pocos genios, en el transcurso de mis primeros años de aprendizaje. Podía pegar la hebra con cualquiera de los Grandes. Dostoievski y Strindberg, por ejemplo. Enseguida me di cuenta de que eran igual de sufridores que yo, igual de histéricos. Y de ellos aprendí una lección muy valiosa: por pequeño que seas, nada te impide estar tan loco como el que más.

Y no tienes que creerte los relatos para que te gusten. Me gustan todos. Me encanta la progresión del planteamiento, del desarrollo y del desenlace. Me encantan la lenta acumulación de significados, los brumosos paisajes de la imaginación, los recorridos laberínticos, las laderas boscosas, los reflejos en los estanques, los giros trágicos y los deslices cómicos. La única literatura que no soporto es la de ratas, incluidos los ratones. Me carga el Rata de *El viento en los sauces*, tan bondadoso y tan bueno. A Mickey Mouse y Stuart Little me dan ganas de mearles en la boca. Van por ahí arrastrando los pies, afables, primorosos, se me hincan en el gaznate como espinas de pescado.

Y ahora, al final de todas las cosas, ya no consigo creermelo que muchas personas reales tienen un Destino; y estoy seguro de que las ratas no, en ningún caso.

A pesar de mi inteligencia, de mi tacto, de la delicadeza y exquisitez de mis sentimientos, de mi creciente erudición, seguía siendo una criatura de grandes incapacidades. Leer es una cosa, hablar es otra, y no me refiero a hablar en público. No quiero decir que padeciera ninguna fobia social, aunque, de hecho, tal fuera el caso. No: me refiero a la propia articulación vocal, de la que no era capaz. Mi locuacidad rayaba en la charlatanería, pero estaba condenado al silencio. Vamos, que no tenía voz. Todas esas frases tan bellas que me revoloteaban por la mente como mariposas, de hecho estaban presas en una jaula de la que nunca lograrían evadirse. Todas esas palabras bellas que, una vez bien especiadas, hacía sonar en el silencio asfixiado de mi cabeza eran tan inútiles como los miles, quizá millones, de palabras que había arrancado de los libros para zampármelas, los fragmentos inconexos de novelas enteras, comedias, poemas épicos, diarios íntimos y confesiones escandalosas: todas por el desagüe, mudas, inútiles, desperdiciadas. El problema es fisiológico: no tengo las cuerdas vocales adecuadas. Pasaba horas declamando versos de Shakespeare. Nunca iba más allá de unas pocas variantes ininteligibles del chillido básico. Ahí tenemos a Hamlet, empuñando la daga: *chillido chillido chillido*. (Y ahí tenemos a Firmin aguantando la bronca del público, que le arroja los cojines de las butacas.) Me sale mejor el fragmento en que Macbeth dice eso de que la vida es un cuento narrado por un idiota, que nada significa: hay que reconocer que en ese texto quedan muy propios unos cuantos chillidos bien colocados. ¡Ay, qué payaso! Me río para no llorar —otra cosa que, claro está, tampoco puedo hacer—. Ni reír tampoco, ya que estamos, salvo dentro de la cabeza, donde hace más daño que las propias lágrimas.

Fue durante mi época de exploración por los túneles —seguía siendo muy joven, estaba recién graduado en clásicos infantiles y mi concepción del mundo era francamente inestable— cuando me vi en un espejo por primera vez. En la puerta sobre cuyo dintel ponía SERVICIOS había un cartel escrito a mano donde se pedía CIERRE LA PUERTA, POR FAVOR. Y la gente cumplía. Entre el ruido del agua corriendo y el ruido de pasos en la escalera siempre se interponía el clic prohibitorio del pestillo. Estaba yo en un rincón —detrás del calentador de agua— el día en que se produjo el silencio, más estrepitoso que todos los clics juntos, entre la descarga y las pisadas. De inmediato comprendí lo que había ocurrido, y aquella tarde, nada más cerrar la librería, me dirigí hacia el parpadeo. La puerta sobre cuyo dintel ponía SERVICIOS permanecía abierta, y había luz en el cuartito de dentro, la más brillante que jamás habría podido imaginar. Al principio quedé deslumbrado y también presa del asombro ante las figuras de porcelana que allí dentro había. Se parecían muchísimo a los altares que había visto en *La Biblia ilustrada para niños*, y di por supuesto que iba a entrar en un templo. Las suaves superficies blancas y los accesorios de

plata resplandeciente me parecieron solemnísimos. (A esa edad aún me costaba trabajo distinguir entre solemne e higiénico.) Primero exploré el borde de un cuenco oval a medio llenar de agua, con la parte de dentro salpicada de manchas marrones, y luego probé un bocadito de un papel blanco y suave que había al lado, colgando de la pared: sabía a Emily Post². Desde el borde de la taza pude brincar al altar más alto, que resultó ser otro cuenco también oval, pero vacío, con un orificio circular, de borde plateado, en el fondo. Encima, ligeramente inclinado hacia delante, había un espejo de marco metálico en el que se proyectaban inclinadas de modo ilógico las paredes de detrás de mí. A pesar del escaso desarrollo de mi intelecto en aquel entonces, comprendí de inmediato cómo funcionaba aquello. Permanecí erguido sobre las patas traseras en el borde exterior del cuenco, y estirando el cuerpo todo lo que pude logré verme claramente por primera vez. Por supuesto que había visto a los demás miembros de mi familia, y realmente tendría que haber deducido cómo era yo, viéndolos a ellos. Y, sin embargo, éramos tan distintos, en tantos y tan importantes aspectos, que había dado por sentado —porque quise creerlo, ahora lo comprendo— que también en lo físico diferiríamos.

A fin de cuentas, verme por primera vez no fue en absoluto como ver a otra rata cualquiera. La experiencia fue mucho más personal y mucho más dolorosa, también. Contemplar las formas, nada bonitas, de Shunt o Peewee siempre me había resultado bastante fácil, pero estar ahí mirando mi propio aspecto, similar al de ellos, era un horror. Me di cuenta, por supuesto, de que la intensidad del dolor guardaba una proporción exacta con lo enorme de mi vanidad, pero ese pensamiento sólo contribuyó a empeorar las cosas. No sólo feo, sino también vanidoso, con lo cual añadíamos el ridículo al total de mis talentos. Ahí estaba yo, ligeramente ladeado, en irrefutable detalle: bajito, ancho de cintura, peludo y sin barbilla. Firmin el Peludo. Ridículo. La barbilla, su ausencia, era lo que más daño me hacía. Parecía señalar —aunque, de hecho, semejante nulidad era incapaz de algo tan atrevido como señalar— una crasa falta de fibra moral. Y pensé que los ojos oscuros y protuberantes me conferían una nauseabunda pinta de sapo. Era, en pocas palabras, un rostro taimado y falto de honradez, indigno de confianza; el rostro de un personaje verdaderamente bajuno. Firmin el Sabandija³. Pero los detalles —cero barbilla, nariz puntiaguda, dientes amarillentos, etcétera— carecían en sí de importancia, comparados con la impresión general de fealdad. Incluso en aquel momento, cuando mi idea de la belleza no iba más allá de las ilustraciones de Tenniel para Alicia, supe que *eso* era ser feo. Y el contraste, la infranqueable y descorazonadora *distancia*, se fue agrandando más adelante, cuando fui consciente de la existencia de criaturas verdaderamente bellas, como Ginger, Fred, Rita, Gary, Ava y todas las Beldades. No era tolerable.

A partir de ese momento, puse todo de mi parte para no verme reflejado nunca, en ningún sitio. Resultaba fácil mantenerse apartado de los espejos, pero las ventanas y los tapacubos de los coches eran otro cantar. Cada vez que captaba una visión de mí mismo en una superficie así, me quedaba instantáneamente horrorizado, como si hubiera visto un monstruo. Claro está que enseguida me daba cuenta de que el monstruo era yo, y solamente yo, otra vez, y no tengo palabras para describir la pena que aquello me causaba. De modo que se me ocurrió un pequeño truco mental: cuando esto sucedía, en lugar de decir «soy yo» y estallar en sollozos, decía «es él» y salía corriendo.

En aquellos primeros tiempos, y sobre todo cuando ya pude acceder a la planta principal, quemaba la vela por ambos cabos a la vez, y, salvo cuando el hambre me obligaba a arrojarme al arroyo en busca de algo que roer, utilizaba la mayor parte de las horas nocturnas en mis lecturas y mis recorridos por la librería, mientras que las horas del día las pasaba en su mayor parte pegado al Globo o al Balcón, no fuera a perderme algo de lo que ocurría en la librería. En dos ocasiones me sucedió que, de puro cansancio, quedé dormido encima de un libro, y ambas veces me desperté del susto, al oír la llave en la cerradura de la puerta principal —Norman abría la

² Emily Post (1873-1960) es autora de un tratado de urbanidad y buenas maneras muy conocido en el mundo de habla inglesa (*N. del T.*).

³ Juego de palabras intraducible: en inglés, «Firmin: fur-man», el hombre forrado de piel, el hombre de las pieles y «Firmin the vermin», sabandija, alimaña, bicho. Firmin suena muy parecido a «vermin» (*N. del T.*).

tienda—, para tirarme de cabeza al Cubil de la Rata en un santiamén. Y otra ocasión, dando cabezadas en mi puesto de vigía, casi me caigo del Globo.

Desde el Globo, unas semanas antes, atisé a Norman por primera vez. No completo, sin embargo: sólo la brillante cúpula de su cabeza y la parte de arriba de sus hombros y brazos. Tampoco era Norman, todavía, sino sólo el Dueño de la Mesa. Me había llevado mucho tiempo reunir el valor suficiente para mirar desde el Balcón en horas laborables. Pero al cabo lo logré, una mañana temprano. Como de abajo no me llegaba ningún ruido, aparte del quejumbroso rechinar de la silla y algún crujido de papeles, situé un ojo cauteloso al borde de la Grieta Confidencial y lo vi sentado a su mesa. Con los codos en los brazos de su silla, estaba leyendo un periódico. Mi sorprendente capacidad de visión me permitía leer el periódico a mí también, pero en aquel momento me interesaba más leer lo que ponía en la monda cabeza de Norman. Mi vida ha estado marcada por una serie de extraordinarias coincidencias —que durante mucho tiempo tomé por señales de que poseía un Destino— y ocurrió que justo antes de mirarle la cabeza a Norman por primera vez había aprendido unas cuantas cosas sobre las técnicas de lectura del cráneo.

La semana antes había estado trabajando bajo el rótulo de LIBROS RAROS Y PRIMERAS EDICIONES, y precisamente había pasado parte de la noche inclinado sobre *Anatomía y fisiología del sistema nervioso en general y del cerebro en particular*, un revolucionario trabajo sobre la frenología, obra de Franz Joseph Gall. A pesar del escepticismo que en principio me suscitaba la idea de que el carácter de una persona pudiera conocerse por los salientes y entrantes de su cráneo, una palpación sistemática de mi propia testa peluda —sirviéndome de una de las patas delanteras— había revelado la presencia de grandes protuberancias (rayanas en la deformación) precisamente donde tenían que estar. El abultamiento de mi frente —una prominencia en forma de verruga que suelo frotarme en los momentos de perplejidad— es indicativo, según Gall, de un prodigioso talento lingüístico, en tanto que los caballones bien intencionados pero incompetentes que tengo debajo de los ojos son seña de un elevado temperamento «espiritual». También me descubrí en la base del cráneo unos bultos que delataban «adherencia» y «disposición amatoria», indicando la existencia —y ¿cómo voy a negarla?— de una «tendencia a establecer fuertes lazos con otras personas» y «una proclividad a la concupiscencia y al apetito carnal». Por último, dicho sea únicamente para mostrar que también un cráneo es capaz de cierta ironía, llevo en las sienes unas pequeñas pero inconfundibles arrugas cuyo origen está en el impulso hacia fuera de la irreprimible Esperanza.

Mirando desde lo alto del Balcón, cartografié los valles y colinas de la cocorota de Norman. Allí puestas, con toda claridad, estaban las señas de la inteligencia, espiritualidad, energía mental, firmeza y —eso era lo mejor de todo— un altozano de regular tamaño que indicaba «filoprogenetismo», definido por Gall en los términos siguientes: «sentimiento especial que nos empuja a cuidar de nuestros vástagos desamparados y darles sustento». El descubrimiento de la naturaleza auténtica del Dueño de la Mesa me llenó de contento: por primera vez en mi vida, no me sentía solo en el mundo. Aquello generó en mí una sensación de seguridad y también —como habría dicho el propio Gall— un fuerte sentimiento de «adherencia». Me enamoré en aquel mismo instante.

En este punto creo percibir sonidos de impaciencia, un cambio de posición de la silla por el que se intenta hacerme comprender algo, un marcado resoplido. La visión de mi felicidad lo lleva a usted, supongo, a subrayarme la dolorosa obviedad y a preguntarse en voz alta si nunca se me pasó por la cabeza que quizá no encajase del todo en la categoría de «vástagos desamparados». La breve respuesta es: nunca. Echando la vista atrás, ahora comprendo que toda la casi tragedia, que seguidamente pasaré a contar, fue causada por el simple hecho de que la cabeza de Norman no careciera totalmente de pelo. Mi investigación de su carácter, aunque diligente, se vio estorbada por sendos brotes de rizos oscuros y poco aseados que le cubrían las sienes. Si hubiera podido encaramármelo al hombro y palparle las sienes con las patas delanteras, no me cabe duda alguna de lo que habría encontrado: unas arrugas en forma de media luna por encima de las

orejas, indicativas de «destruictividad», reforzada y confirmada ésta por un par de bultos cuneiformes indicativos de «secretismo». Pero todo eso aguardaba en el futuro. Por el momento, será apropiado colocar un rótulo bajo el retrato de Norman que hay en su mesa:

PRIMER HUMANO QUE F. AMÓ NUNCA.

CAPÍTULO 5

Viajé en mis libros, pero dejé de comérmelos, lo cual dio lugar a que la alimentación —la terrenal, la no literaria— se convirtiera en un problema permanente. No tenía más remedio que salir de la tienda todas las noches, acumular valor y escurrirme por debajo de la puerta del sótano, forrajear por la plaza, encogido en las sombras, arrastrándome por las bocas de alcantarilla, corriendo de sombra en sombra. *Diario de un reptil nocturno*. Según avanzaba el año, las noches se hicieron más frías, y luego más cálidas y empecé a percibir cambios en el barrio, y no me refiero al florecimiento atrofiado de unos andrajosos tufos de hierba y narcisos. De hecho, los cambios a que acabo de aludir se producían en irónico contraste con estos exiguos brotes. En casi todas las manzanas del vecindario iba desapareciendo la actividad comercial, y las calles nocherniegas, incluida la propia plaza, se vaciaban más pronto. Aparte de los marineros arracimados delante de los bares, después de las once no solía quedar casi nadie. En las casas había más ventanas con los cristales rotos y casi siempre se quedaban sin reparar o las tapaban con placas de contrachapado. La basura se apilaba en los callejones e incluso en las aceras, delante de algunas tiendas. Los coches quedaban abandonados en las calles y los carroñeros los iban desguazando poco a poco; y hasta las casas de ladrillo parecían venirse abajo por el peso de los años, como si, igual que los ancianos y que las ratas viejas, hubieran perdido la voluntad de mantenerse erguidas. Las ratas se instalaban en los coches y se construían acogedoras madrigueras en los asientos.

De vez en cuando me encontraba por ahí con algún miembro de mi antigua familia. También ellos habían cambiado mucho desde que se establecieron por su cuenta. Eran personajes cuyo aspecto resultaba desagradable —con las mejillas hundidas, furtivos, largos de cuerpo y con la barriga colgante—, tan desagradable que me costaba trabajo reconocerlos. También ellos preferían hacer como que no me conocían. Siempre andaban frenéticos por acudir a algún otro sitio —persiguiendo rumores de comida fácil o huyendo del Hombre—, pero a veces alguno de ellos se paraba a pegar la hebra y darme las novedades, incluida tal vez alguna pista sobre dónde pillar algo de cenar. Las pistas solían ser falsas, pensadas para mandarme en la dirección contraria. En lo más profundo apenas habían cambiado: yo seguía siendo, a sus ojos, un panoli de mucho cuidado. Fue durante uno de estos encuentros cuando me enteré de que había muerto Peewee, bajo las ruedas de un taxi, la noche anterior. Fue Shunt quien me lo dijo. Estábamos ambos en la acera y me señaló un parche de pellejo en mitad de la calle Cambridge, como una alfombra pequeña. Peewee jamás me había tenido en la menor consideración, pero verlo reducido a eso resultaba muy desalentador. En mi lista mental, a continuación de su nombre añadí las palabras *ridículo* y *vida*.

Y ¿qué había puesto a continuación de mi propio nombre? En las horas bajas ponía *payaso de varietés* e incluso *rata*, pero en las altas —que no eran escasas, por aquel entonces—, ponía *hombre de negocios*. Mi negocio eran los libros —consumo e intercambio—. Desde lo alto del Globo y del Balcón, estudiaba la marcha de mis asuntos. Asomando medio cuerpo por el borde, en constante riesgo de caerme, desde el Balcón leía el periódico matutino, por encima del hombro de Norman. En algunas ocasiones, cuando él inclinaba de un modo determinado su taza de café, me veía reflejado en el líquido negruzco —y no era una visión muy agradable a tan temprana hora de la mañana—. Norman era también un lector de verdad. Tanteaba la superficie de la mesa buscando la taza, la encontraba, la agarraba y se la llevaba a los labios sin apartar los ojos

del periódico. El aroma del café se elevaba y quedaba flotando contra el techo. Me encantaba ese olor, aunque tendría que transcurrir mucho tiempo antes de que llegara a probar el café.

Una vez, en un bar, un hombre me preguntó que a qué sabían los libros, «así, por término medio». Se me ocurrió una respuesta inmediata, pero no quise hacer que se sintiera totalmente idiota, de modo que hice como que me lo pensaba y al cabo de un rato le contesté: «Amigo mío, dado el abismo que separa todas tus experiencias de todas las mías, lo más cerca que te puedo situar de ese sabor tan único es decirte que los libros, así, por término medio, saben a lo mismo que huele el café.» Era toda una parrafada, y, dado el modo en que volvió a concentrar toda su atención en lo que estaba bebiendo, pensé que le había suministrado bastante material para la reflexión. Ahora que vuelvo a estar solo, ya nunca huelo el café: una más de las cosas agradables que han ido desapareciendo de mi vida.

Tras el periódico matutino, solía escuchar a Norman tratando con sus clientes. Muchos —quizá la mayoría— eran lectores de verdad, que estaban allí con la esperanza de comprar unos cuantos buenos libros por poco dinero. Si no venían con un título en los labios, o se ponían a hojear volúmenes sin orden ni concierto, Norman nunca dejaba de notarlo, y siempre encontraba el modo de ponerlos en el buen camino. Era un auténtico Sherlock Holmes adivinando el carácter de las personas por su aspecto. Sabía al primer vistazo —por la ropa, el acento, el corte de pelo, incluso por el modo de andar— el tipo de libro que iba a gustarle a una persona, y nunca se equivocaba, nunca le ponía *Peyton Place* en las manos a alguien que habría sido mucho más feliz con el *Doctor Zhivago*. Ni al revés: Norman Shine no era ningún esnob. Era bajito, con el trasero muy gordo. Tenía la cara ancha —más ancha que larga, sin duda alguna— y una boquita muy pequeña, que solía fruncir cuando escuchaba a alguien. Le hacían una pregunta, le preguntaban si tenía *Dombey e hijo*, de Charles Dickens, o una traducción de *La vie de Marianne*, de Marivaux, y era de ver cómo se le recogía la boca. Era como cuando se tira del cordel de una bolsita o se toca una anémona marina con el dedo. Y, por corriente y moliente que fuera la pregunta —«¿quién escribió *Guerra y paz*?» o «¿dónde está el servicio?»—, inclinaba la cabeza hacia delante, para mirar a su interlocutor por encima de las gafas, fruncía los labios y, en general, se comportaba como si acabasen de hacerle la más profunda de las interpelaciones. Luego, la anémona olvidaba el susto, el cordel se relajaba, la boca se expandía en la más amable de las sonrisas, y Norman, alzando el dedo como para comprobar en qué dirección soplabla el viento, decía: «Sala del fondo, estanterías de la izquierda, tercera estantería empezando por abajo, al final», o algo igual de detallado. Con su testa monda y su herradura de pelo espeso, parecía un fraile jovial. Yo a veces lo confundía con fray Tuck, el compañero de Robin Hood.

Los sábados por la tarde, sobre todo cuando hacía buen tiempo, la tienda se llenaba de parroquianos, y Norman abandonaba su puesto ante la mesa contigua a la puerta e iba de un sitio a otro ayudando a la gente a encontrar lo que buscaba. Era muy bonito, entonces, ver la donosura con que se desplazaba entre los demás. Era igualito que un mosquetero. Era Athos, tranquilo y reservado, tardo en enfadarse, pero mortal si lo provocaban. Una pregunta lo sorprende por la espalda: da media vuelta, arremete con su espada ropera contra una estantería alta y extrae, ensartado y coleando como un pez en un arpón, *Muerte en Venecia*. La siguiente pregunta puede proyectarlo pasillo abajo, para girar en la esquina de una estantería, hacer una finta izquierda en dirección a los juveniles y, luego, agachándose, una estocada a la derecha: ahí tenemos, espetado en la punta de su espada, *Las recetas ilustradas de Betty Crocker*. Una tercera pregunta, procedente, esta vez, de una señora con abrigo impermeable, encorvada y fea, es recibida con idéntica deferencia. Una profunda inclinación, una pirueta caballeresca, dos pinchazos relampagueantes y *El poder del pensamiento tenaz*, de Norman Vincent Peale, y *La artritis y el sentido común*, de Dale Alexander, yacen a los pies de la señora. *Bravo, mon vieux Athos, bravo*.

Pero los momentos más encantadores de Norman se producían en los días de lluvia, sin parroquianos en la tienda, cuando vagaba por las distintas salas con un plumero enorme en la mano, quitando el polvo a diestro y siniestro, canturreando o silbando, según procedía. Verlo me hacía pensar en lo agradable que resultaba ser humano. Los días lluviosos también eran muy

placenteros para mí. Arrullado por el repiqueteo del agua, había ocasiones en que llegaba a quedarme dormido en mi puesto. Y a veces sufría pesadillas en las que moría de muertes penosísimas, aplastado bajo el peso del *Webster's* no abreviado o dando gritos mientras me arrastraba el agua por una alcantarilla abajo. Y entonces me despertaba en la cálida librería, confortado por el suave murmullo de la lluvia y el susurro del plumero, y volvía a sentirme feliz.

Entretanto, el mundo exterior a la librería se iba convirtiendo en algo en lo que cada vez me apetecía menos participar. En el transcurso de nuestro viaje de orientación, mamá se nos quejó bastante, a Luweena y a mí, de que no le agradeciéramos lo que estaba haciendo por nosotros, mostrándonos los mejores sitios de rascar y roer. Lo cual era ridículo. A mi modo de ver, lo que nos había enseñado era más bien toda una serie de trampas mortales, y no teníamos gran cosa que agradecerle. Excepción hecha del cine Rialto, que todavía hoy le agradezco infinitamente. Sin Rialto, no hay nostalgia. Sin nostalgia, no hay Beldades. Sin Beldades... ¿qué? Sin Beldades, lo que queda es un roedor solitario, al cierre del jardín, rumiando la cualidad de su desesperación. Los demás miembros de mi familia fueron muy afortunados, en cierto modo. Gracias a la enanez de su imaginación y el corto alcance de su memoria, no era gran cosa lo que pedían: más que nada, comida y fornicación, y de ambas dispusieron en cantidad suficiente como para ir tirando mientras les duró la vida. Pero eso no era vida para mí. Como cualquier idiota, tenía aspiraciones. Y, además, estaba aterrorizado. El Rialto se me presentaba como el único sitio moderadamente seguro de todo el deprimente barrio, el único sitio donde aún podías encontrar algo de comer y dar cuenta de ello con tranquilidad, sin estar todo el rato pendiente de qué desgracia va a desplomársete sobre la cabeza, dejándote convertido en alfombra, como le pasó a Peewee. Sala de cine y hotel de mala muerte, al mismo tiempo, el Rialto permanecía abierto las veinticuatro horas del día. La mitad del público estaba allí sólo para dormir: era más barato que una habitación y más abrigado que la calle. Se le conocía por el cariñoso apodo de la Casa de los Picores, y casi todas las ratas lo evitaban, por los bichos —una voraz población de pulgas y piojos—, y también por la hediondez: una hedentina a viejos y a pobres, a sudor y otras excreciones, mezclada con el hedor de los pesticidas y desinfectantes que echaban una vez a la semana. Pero a mí, dado mi temperamento, aquello me valía la pena. El Rialto proyectaba películas antiguas desde por la mañana temprano hasta la medianoche, unas cuarenta, quizá, y las reponía continuamente, en un intento de mantener su fachada de zarrapastrosa respetabilidad. Luego, cuando llegaban las doce de la noche y tanto los buenos ciudadanos como los censores estaban ya bien arropaditos en sus camas, y los policías podían mirar a otro lado sin peligro, la programación pasaba a ser pornográfica. En cuanto daban las doce, en mitad del rollo, se oía un ruido y cesaban los saltos de fotograma y los rasguños y los parpadeos de Charlie Chan o Gene Autry. Enseguida sobrevénia la más completa oscuridad y, luego, el proyector recuperaba la vida en un zumbido, y hasta el sonido parecía más joven, mucho mejor. El cambio era espectacular.

A pesar de lo mucho que ofrecía el Rialto, la asistencia de público era más bien escasa, de manera que me resultaba fácil arrastrarme por entre las butacas vacías aplicando mi fino criterio a la elección de barras de caramelo y palomitas e incluso, de vez en cuando, una ración de perrito caliente o jamón ahumado (los que pasaban allí la noche solían traerse la cena), mientras el haz del proyector destellaba como la luz de un faro por encima de mi cabeza. La abundancia de provisiones no era para mí, sin embargo, la principal atracción del Rialto. Porque allí, en plena pantalla, desnudas y gigantescas como Amazonas, había unas criaturas semejantes a aquellas cuyo encanto me había dejado transpuesto ante las puertas del Casino, unas semanas antes. Pero aquí no llevaban rectángulos negros en el pecho y la parte alta de los muslos, ni permanecían quietas en la inmovilidad de las fotografías. Aquí se movían como criaturas de verdad, a todo color, y bailaban y a veces se contorsionaban en alfombras hechas con animales evidentemente mucho más peludos que Peewee. Se contorsionaban en solitario o en compañía de hombres —cuya tosca presencia, musculosos y nervudos como enormes crías de rata, se me antojaba tan superflua como ofensiva—, y a veces se contorsionaban entre ellas. Qué ansias me despertaban aquellas epidermis suaves como la gamuza blanda: olerías, tocarlas, saborearlas; y esas cabelleras espesas y derramadas: enterrar mi rostro en ellas, desmayándome. Era plenamente

consciente de lo que otros miembros de mi especie putativa, los pocos que por allí se aventurarían, habrían pensado de aquellos seres delicadísimos. Donde yo captaba presencias angelicales, ellos habrían visto unos espantosos seres erguidos, pesados, lampiños y arrogantes. Y no se habrían reído, pero sólo por una sencilla razón: porque nunca se ríen.

El tirón de esas tremendas y fascinantes criaturas era tan fuerte que pronto me encontré renunciando a horas y a días enteros de librería, sólo por contemplarlas. Vuelvo a montar mi telescopio. Trémulo de impaciencia, espero a que los ojos se me acostumbren a la parpadeante oscuridad. Escudriñando ahora el Rialto de mis sueños y de mi memoria, barro la perspectiva con mi telescopio hasta localizar a mi joven yo, el despreocupado progenitor de esta ruina actual, encerrado en el círculo de la lente: tengo en la mano un pedacito de algo parecido a una barra de dulce y estoy encaramado a una butaca de primera fila, entre borrachos roncando, mendigos dados a la masticación, gente cayéndosele la baba y masturbadores. Royendo despacito, contemplo los lentos despojamientos de ropa, las indecisas sinuosidades, los desatados giros de los seres que en mi pensamiento he acabado llamando, sencillamente, «mis Beldades». Roo y contemplo, contemplo y roo, totalmente en trance, totalmente feliz. No me avergüenzo. A veces pienso que lo único que nos hace falta en esta vida es un montón de palomitas y unas cuantas Beldades.

Norman adquiriría casi todos sus libros en almonedas, y eso para mí es lo único triste de tener una librería. Cuando regresaba de una de tales subastas, la vieja ranchera Buick carrozada de madera se hundía de tal modo bajo el peso de los libros, que al aparcar marcha atrás ante la puerta de la librería el parachoques raspaba la acera. Norman abría la puerta trasera y luego iba trasladando los libros al interior a grandes brazadas, apilándolos junto a su mesa en montones de cuatro o

cinco palmos de altura; y luego se pasaba los días siguientes abriéndolos uno por uno y marcándoles el precio a lápiz. A mí, esa parte del trabajo me parecía odiosa. Lo que más odiaba era leer las dedicatorias por encima del hombro de Norman: «Para mi querido Peter en nuestro decimoquinto aniversario de boda» (en las *Robbáiyat* de Ornar Jayyam); «Este libro me lo regaló mi querida Violet Swain, que en paz descansa, cuando ambos teníamos diecisiete años» (en *El guardián en el centeno*); «Para Mary, que te brinde solaz» (en los *Sermones*, de John Donne); «Para que no te olvides de nuestras dos semanas en el paraíso italiano» (en *Las piedras de Venecia*, de Ruskin); «La locura no es sino genialidad incomprendida: reza por mí» (en las *Canciones de inocencia y experiencia*, de William Blake); «Vivo, muero; he vivido, estoy muerto; moriré, viviré» (en *Temor y temblor*, de Kierkegaard)... Y así a decenas, en cada ranchera llena de libros que llegaba. Era asqueroso. Tendrían que enterrar los libros con sus propietarios, como hacían los egipcios, para que la gente no pudiera poner sus manazas en ellos, luego; para que los muertos tuvieran algo que leer en su largo recorrido de la eternidad.

Casi todos los libros marcaban menos de un dólar, pero Norman también tenía buen ojo —junto con el don del «secretismo» que le venía de los abultamientos en las sienes— para tasarlos en lo que valían. Cuando localizaba un libro verdaderamente valioso en una de aquellas almonedas, no le decía una palabra a nadie y lo compraba por una cantidad irrisoria. Podía darse el caso de que pagara cinco centavos por un libro y luego volviera con él, lo metiera en una caja con la tapa de cristal y lo vendiera por mil dólares al día siguiente. Los bibliófilos, cuando venían a ver qué podía ofrecerles, se colocaban guantes blancos antes de tocar ningún ejemplar de la caja. Y entre ellos no faltaban libros que Norman había acarreado de mala manera en su ranchera, sólo unos días antes. ¡Pero que no se enteren los bibliófilos! Tomaban asiento con pontifical solemnidad, con los guantes puestos, y tocaban los libros con suavidad, como si fuesen recién nacidos, y hablaban de procedencia, de primeras ediciones, de autógrafos y del gran Rosenbach. No faltaban entre ellos quienes sabían muchísimo de historia de los libros, pero ninguno sabía tanto como Norman, y nunca lograban ganarle la partida. Era un hombre sorprendente. Llegué a pensar que lo sabía todo. En mi cabeza, hacía ya mucho tiempo que le había retirado el rótulo donde lo designaba mero DUEÑO DE LA MESA y junto a su nombre había tenido que añadir dos

nuevas leyendas: MAESTRO DE ESGRIMA y PORTADOR DE LAS LLAVES DEL CONOCIMIENTO. De esta imagen de las llaves era muy fácil pasar a san Pedro Apóstol. Y así fue cómo la imagen de Norman Shine se confundió en mi mente con la idea de santidad.

Había otro aspecto interesante de la librería, por el que se creaba un acercamiento entre Norman y el oculto proyeccionista del Rialto. Mire usted: además de los buenos libros de segunda mano que había en las estanterías, y de los libros muy usados que había en el sótano, y de los libros raros de los cajones con la tapa de cristal, había otros en la caja fuerte de delante del Cubil de la Rata. Eran los libros prohibidos, ediciones de bolsillo con la cubierta blanca, con el sello de Olympia Press y Obelisk Press, traídos de matute desde París. Había títulos como *Trópico de Cáncer*, *Nuestra Señora de las Flores*, *El almuerzo desnudo*, *The Ginger Man*, *Mi vida y mis amores*. Los compradores de tales libros pronunciaban los títulos en un susurro. Si Norman conocía al parroquiano (todos eran hombres), o, tras someterlo a inspección, le daba el visto bueno, en ese mismo momento aparecía el disfraz de fray Tuck: se le estrechaban los redondos ojos, los frunces de la boca se le aplanaban hasta trocarse en una dura rendija. Era como ver de pronto otra película: ahí teníamos al agente secreto de la resistencia francesa, presentando su documentación falsa, o quizá el perista del bajo mundo pasando diamantes robados. «Un momento nada más», decía, y echaba un rápido vistazo en derredor. Luego, poniéndose en cuclillas delante de la caja, para que nadie pudiese ver el contenido, rápidamente guardaba el contrabando en un sobre marrón carente de toda marca exterior, incluido el membrete de la librería, pero no sin que un hálito de París —Gauloise Bleue y vino tinto y tubo de escape— hubiera ascendido antes de la caja fuerte, mezclándose con el aroma de café que esperaba en el techo. Y yo pensaba: ahí tenemos al viejo Norman, protagonizando otro golpe de mano en aras de la libertad. Lo cual demuestra que ya era revolucionario de corazón antes de conocer a Jerry Magoon. Y también demuestra que me estaba ocultando a mí mismo el evidente hecho de que, además de dar un golpe de mano por la libertad, Norman estaba cometiendo un atraco. Tenía, ahora lo comprendo, una personalidad muy compleja. Pero es que en aquella época la única personalidad compleja que me importaba era la mía.

Con todas estas experiencias nuevas, mi mente era escenario de un tremendo combate entre Libros Pembroke y el cine Rialto. Para mí, eran como templos rivales que se disputaban mi devoción: sabios y *arhats*⁴ por un lado, ángeles por el otro. Unas veces me inclinaba por los primeros y otras por los segundos. Y cuando me inclinaba por el Rialto solía pasarme allí la noche entera. Así podía asistir a las matines sin tener que andar por las calles a plena luz. Entre las cintas en blanco y negro continuamente proyectadas y vueltas a proyectar, había, además de Charlie Chan y Gene Autry, películas del Oeste y de gánsters, y también musicales, películas con Joan Fontaine, Paulette Goddard, James Cagney, Bud Abbott y Lou Costello, y Fred Astaire. El proyeccionista debía de tener debilidad por Fred Astaire, porque ponía muchísimo sus películas; y no tardó en contagiármeme la debilidad. Cuando proyectaban sus películas, siempre me quedaba a verlas. Estaba convencido de que el proyeccionista era otro guardián del misterio, como Norman. Dos templos, dos sacerdotes. Estaba deseando ponerle la vista encima, pero nunca lo conseguí.

Fred Astaire se convirtió en mi relumbrante modelo: su modo de hablar y de andar, su gusto. De manera que también empecé a sentir debilidad por Ginger Rogers, y la puse entre mis Beldades. De vez en cuando se daba la circunstancia de que una película protagonizada por ella era la última que se proyectaba antes de la apoteosis de medianoche. Con su vestido flotante y asiendo la mano que Astaire le tendía, la enjoyada Ginger, aparentemente ingrávida, suspendida en un *arabesque penché*, se desvanecía de pronto, envuelta en una nube nocturna, como Eurídice. Y yo, inmerso en aquella oscuridad de toses y movimiento de pies que se la tragaba, solía imaginar que su desaparición iba a ser para siempre. Y experimentaba un dolor real, no imaginario. De hecho, ya me las había apañado para acumularme dentro una buena dosis de vapor emocional cuando, de pronto, con el zumbido del proyector —un sonido que se había vuelto tan excitante

⁴ *Arhats* o *arats*: budista que alcanza el nirvana mediante una rigurosa autodisciplina (*N. del T.*)

como *La marcha de las valkirias* de Wagner—, ahí estaba otra vez, regresada de entre los muertos, desnuda y —cabía suponer— en el paraíso, contorsionándose sobre una alfombra de piel. Era mágico. Anhelaba presentarme ante ella como un suplicante, llevando en la mano una rosa sin tallo, y colocar humildemente el capullo en el arriate de su ombligo, como una ofrenda. Pero supongo que tanta emoción, tanta ansia, eran demasiado enormes para un cuerpo tan pequeño como el mío, y aquellas noches, durante el camino de regreso a mi polvoriento cuchitril del techo de la librería, me agarraba unas depresiones terribles. Malo es el amor no correspondido; pero lo que verdaderamente puede hundirlo a uno es el amor no correspondible.

Me pasaba dos días sin comer. Leía a Byron. Leía *Cumbres borrascosas*. Me cambiaba el nombre para llamarme Heathcliff. Me tendía de espaldas. Me miraba los dedos de los pies. Tras lo cual me arrojaba en brazos del trabajo con renovada energía. Era Jay Gatsby. Daba muestras de una gran capacidad de recuperación. Seguía con mis asuntos. Por fuera, era el afable personaje de siempre, y ¿quién habría podido imaginar que por dentro tenía un corazón hecho pedazos?

Norman y yo leíamos el *Boston Globe* todas las mañanas. Lo leíamos de cabo a rabo, incluidos los anuncios por palabras. Así me informaba del mundo, así me trocaba en un ciudadano bien informado, y cuando el periódico hablaba del «público en general», yo sentía una pequeña punzada de orgullo narcisista. Aprendí a orientarme en el espacio: cuando me situaba ante la biblioteca de vidriera, con la nariz apuntaba a Provincetown, en el lado opuesto de la bahía, y con la cola recorría la Carretera 2, que lleva a Fitchburg. Y en el tiempo: justo a mis espaldas tenía la elección de un presidente norteamericano de religión católica, la caída de un avión espía en Rusia, una masacre en Sudáfrica; y por delante, según el *Globe*, me aguardaban la aniquilación nuclear, el acortamiento de las faldas y un montón de películas nuevas.

Sin irnos tan lejos, me enteraba de cómo iban los Red Sox y de los planes de eliminación urbanística de la plaza Scollay. Eliminación por medio de la aplicación persistente de maquinaria pesada. Eso era lo más duro de leer, sobre todo para mí. A fin de cuentas, ésta era la única vida que había conocido nunca. ¿Qué sería de mí sin la librería, sin el Rialto? Y puedo afirmar que también a Norman se le hacía duro, porque hablaba mucho de ello. Hablaba de ello con Alvin Sweat, alto y calvo en ciernes, propietario de Dulces Sweat, la tienda de al lado; y con el adiposo y calvo en ciernes George Vahradyan, dueño de Limpieza, Pinturas y Alfombras, que, como su propio nombre indica, era una amalgama de droguería y tienda de alfombras situada en la acera de enfrente. Unos días, según el *Globe*, el derribo era inminente, y otros días estaba en fase de proyecto, y otros ya estaba aprobado. En días de lluvia, cuando no había parroquianos, lo cosa no pasaba de simple amenaza, porque las tres cabezas calvas se desplazaban en torno a la mesa de Norman, bajo el Globo, tomando café, hablando de lo que iba a ocurrir —y cuándo y qué podían hacer ellos, por el amor de Dios, una vez ocurriese— y lamentándose. Alvin tenía debilidad por las expresiones pintorescas y George tenía debilidad por los cigarros puros, y, en torno a la mesa de Norman, los «que los folle un pez», «evaluar con los huevos» y «tope molón» de Alvin se mezclaban con el humo de los puros de George y ambos subían hasta el cielo, donde volvían a mezclarse, esta vez con el café y con París. Esas conversaciones, como es lógico, en nada contribuyeron a salvar el barrio, y normalmente nos dejaban tan deprimidos a Norman y a mí que nos enterrábamos en el trabajo, sacando libros y pasándoles el trapo del polvo, ya que otra cosa no podía hacerse. Eso, claro, Norman. Yo me acostaba boca arriba en mi cama y trabajaba en mi poema «Oda a la noche». Empezaba: «Yo te saludo, oscuridad.»

El barrio —que el *Globe* llamaba «histórico» algunas veces, aunque casi siempre se refería a él en términos de «muy deteriorado» o incluso «infestado de ratas» (en serio)— era una especie de baluarte plantado en mitad del camino del progreso, de manera que el alcalde y el ayuntamiento estaban deseando quitarlo de en medio, y el mejor modo de conseguirlo iba a ser arrasarlo primero y cubrirlo de cemento después. El *Globe* publicaba dibujos de cómo iba a quedar Boston una vez acabada la obra: más resplandeciente que Miami sobre las aguas grises del puerto. El plan era sustituir la plaza Scollay por una gran plataforma de hormigón liso y luego construirle

encima, para asustar a la gente, varios edificios oficiales, como fortines. Norman miraba las imágenes de los edificios en el periódico y se limitaba a menear la cabeza. Yo, por encima de él, en el Globo, la meneaba también.

Echar abajo una parte tan grande de la ciudad iba a ser muchísima tarea. Los edificios eran viejos y tenían las raíces profundas y no iban a marcharse por propia voluntad. De manera que el alcalde y el ayuntamiento emprendieron la búsqueda del hombre adecuado, alguien que comprendiera las dificultades de utilizar maquinaria pesada en edificios viejos y calles estrechas, y encontraron a Edward Logue. Lo llamaban el Bombardero, porque bombardero había sido durante la Segunda Guerra Mundial. A bordo de un B-24. De manera que conocía de primera mano el mayor proyecto de renovación urbana de la historia. Envió fotos de Stuttgart y Dresde al alcalde y los concejales y les dijo: «Yo puedo hacer lo mismo con la plaza Scollay.» Le dieron el encargo. Publicaron una foto suya, enorme, en el periódico, al lado del alcalde. Se les veía dándose la mano, pero sin mirarse, porque sonreían a las cámaras. Logue era el hombre del cataclismo. Cuando vi la foto, sin poder evitarlo, me lo imaginé con el uniforme de la Wehrmacht y de golpe lo ascendí a general. Y así pasaba la vida. Teníamos un ojo puesto en el negocio y el otro en el general Logue, y una sensación de destino funesto empezó a acumularse en torno a nosotros, como una niebla venenosa.

CAPÍTULO 6

Libros Pembroke era una librería muy conocida, el típico sitio que los famosos visitan de vez en cuando. En más de una ocasión le oí contar a Norman que Jack Kennedy —el mismo que luego llegó a presidente de Estados Unidos—, se dejaba caer por allí a tomar un café y echar una parrafada cuando aún no era más que congresista, y lo mismo Ted Williams, famoso bateador de los Red Sox. Ninguno de los dos me llamaba mucho la atención. Pero a Norman también le gustaba hablar de la vez en que Arthur Miller, el famoso dramaturgo, entró en la librería a comprar un ejemplar de una obra suya. Ojalá hubiera estado yo allí para verlo. Siempre tuve la esperanza de que volviera, o, si no, de que viniera algún otro: John Steinbeck, Robert Frost, incluso Grace Metalious⁵. Ninguno de ellos vivía muy lejos. Y luego, también estaba Robert Lowell, que vivía a la vuelta de la esquina. Pero tampoco vino nunca.

En el transcurso de mi ejercicio sólo vino un escritor, y al principio fue una decepción. Aún no era famoso, y Alvin, hablando un día con Norman, cuando el escritor acababa de salir de la librería, dijo de él que era «un bohemio». Yo por aquel entonces aún estaba en mi fase burguesa, y no me habría apetecido que nadie me tuviera en la consideración de «bohemio». Norman también lo calificó una vez de novelista experimental, aunque quizá lo dijera en broma. Otras veces lo llamó majareta y borracho. Este escritor vivía encima de la librería, aunque eso era algo que yo no sabía aún (por no saber, ni siquiera sabía que hubiese una planta superior). La entrada estaba entre Libros Pembroke y el Palacio del Tatuaje; llevaba el rótulo HABITACIONES y la puerta era de cristal esmerilado en su parte superior, con un semicírculo de letras doradas donde ponía DOCTOR LIEBERMAN - DENTISTA SIN DOLOR. Normalmente, cuando el escritor de que hablamos pasaba por la librería iba camino de algún otro sitio, a veces tan alejados como la plaza Harvard, en Cambridge, al otro lado del río, y para sus desplazamientos utilizaba una bicicleta viejísima, con una gran cesta de alambre en el manillar. Tenía los guardabarros verdes y un botoncito blanco para la bocina. No sé si funcionaba. Muchas veces dejaba la bicicleta apoyada en el escaparate de la librería, por más que Norman le dijera que no lo hiciese. Yo entonces aún no sabía cómo admirar ese rasgo de carácter, de manera que me puse del lado de Norman y, en principio, no sentí gran respeto por ese escritor. No era nada joven y pensé que más le valía darse prisa si pretendía hacerse famoso. Así de burgués era yo. Era el único hombre con el pelo hasta los hombros que había visto nunca. Un pelo gris y ralo, sujeto por arriba con una cinta azul, como los indios. No tenía el menor aspecto de indio, por lo demás. Se llamaba Jerry Magoon. Era un individuo de corta estatura, rechoncho, con la cabeza muy grande. Tenía una nariz pequeña, irlandesa, un bigotazo caído sobre la boca de labios finos, y los ojos azules, uno de los cuales siempre miraba a un lado. Los demás nunca sabían si los estaba mirando o no. Y siempre llevaba el mismo traje azul arrugado, con una corbata negra de punto. Ello le confería un aspecto extrañamente contradictorio, como si por una parte intentara ir arreglado y limpio, pero por otra se dedicara a dormir con la ropa puesta.

Quitados el traje y la corbata, parecía un buscador de oro de esos que salen en los *westerns* del Rialto, y yo, antes de conocer su nombre, lo llamaba el Buscador. Más tarde pasé a llamarlo el «Hombre más listo del mundo». Vino mucho en el transcurso de mi ejercicio en la tienda. Era uno de los habituales y siempre se quedaba bastante tiempo, por lo general en el sótano, donde estaban los libros más baratos, sacando volúmenes de las estanterías, hojeándolos y volviéndolos a poner en su sitio, y a veces, cuando encontraba uno de su gusto, se lo leía de tapa a tapa, ahí de pie. Leía moviendo los labios y meneando la cabezota. Había un buen trecho hasta Cambridge, para hacerlo en bicicleta, y el hombre era bastante mayor, así que yo daba por sentado que no le

⁵ Grace Metalious es la autora de *Peyton Place*, la novela que en 1956 revolucionó el mundo editorial norteamericano, alcanzando un éxito de ventas hasta entonces sin parangón.

corría prisa ponerse en marcha. Y a Norman no parecía importarle. Al cabo del tiempo llegué a la conclusión de que le caía muy bien el escritor, de manera que yo también le cogí cierto cariño.

A veces ayudaba a descargar la ranchera llena de libros, y en cierta ocasión Norman le pagó por limpiar los escaparates. Lo hizo bien. Generalmente no compraba nada —saltaba a la vista que era muy pobre— pero uno de los primeros días de primavera salió de la tienda con una bolsa grande llena de libros. No pude ver qué había en la bolsa, pero aquella misma noche lo averigüé, por los huecos en las estanterías. Era todo religión y ciencia ficción: *El camino del ser humano, según las enseñanzas del jasidismo*, de Martin Buber; *Cómo nacen y mueren las estrellas*, de Asimov; *Las armerías de Isher*, de A. E. van Vogt; *Historia y escatología*, de Bultmann y *Ciudadano de la galaxia*, de Heinlein. Había entre ellos algunos de mis libros favoritos. En una visita posterior se llevó todo lo que teníamos sobre insectos. Y esa vez Norman le preguntó, mientras empaquetaba los libros, que en qué estaba trabajando. Me faltó poco para caerme del Globo cuando oí la respuesta:

—Tengo una nueva novela en marcha —dijo—. Sobre una rata. De las peludas. Ésta sí que la van a odiar.

Norman se rió al preguntarle:

—¿Es una secuela?

Y Jerry contestó:

—No, es algo completamente distinto. Ya estoy harto de hacer cosas obvias. Hay que mantenerse en movimiento, comprendes. Como los tiburones. Si te paras, te vas al fondo.

Norman, al parecer, sí lo comprendía, porque se limitó a asentir con la cabeza y entregarle los libros.

Desde entonces, cada vez que llegaba una partida nueva de libros desgarraba el envoltorio buscando la novela de Jerry Magoon. Los milagros ocurren: estaba seguro de ello. De hecho, así quedaba demostrado cada vez que regresaba sano y salvo de una de mis incursiones por la plaza y soltaba un suspiro de gratitud vagamente dirigido al cielo; y así quedó demostrado la noche en que pude poner las garras en la novela. Era una edición barata, de bolsillo, 227 páginas amarillentas. En la cubierta, contra un fondo amarillo canario, ardía la ciudad de Nueva York, mientras por encima de los edificios en llamas, entre volutas de humo, se cernía una enorme rata, más grande que el Empire State Building, con los ojos inyectados en sangre y sangre goteándole de los colmillos. El título iba en la parte de arriba, trazado a brochazos de sangre: *El nido*. Al pie, en letras que se me antojaron insultantemente pequeñas, se leía el nombre del autor, E. J. Magoon. Se me hizo evidente, tras leer el libro, que la gente de Astral Press, que lo había publicado en 1950, poseía un considerable talento para la hipérbole, porque en la novela no aparecían ratas gigantes de ninguna clase, aunque hacia el final sí que hubiera una gran cantidad de ciudades ardiendo en llamas.

Los habitantes de Axi 12, planeta situado en el extremo más alejado de nuestra galaxia, gente apacible y enormemente inteligente, llevaban desde hacía un siglo enviando sondas robóticas al planeta Tierra, para estudiarlo. El planeta Tierra era el único de toda la galaxia, además de Axi 12, en que se había desarrollado la vida. Las sondas tenían recogida una enorme cantidad de datos de la Tierra y sus criaturas, y los axianos estaban convencidos de que ya había llegado el momento de iniciar verdaderos contactos con los terrícolas, aunque les constaba que no iba a ser fácil. Los axianos, aunque mucho más desarrollados que los terrícolas, tanto desde el punto de vista ético como el intelectual, tenían la desgracia, desde el punto de vista terrestre, de parecer babosas de jardín. Eran del tamaño de un pony de Shetland. Siendo como eran de inteligentes, tuvieron el buen sentido de admitir que su aspecto podía dar lugar a que los terrícolas se equivocaran en lo tocante a su superioridad moral e intelectual. Cabía concebir, incluso, que los terrícolas se negaran a trabar amistad con babosas tamaño pony. Afortunadamente, esas babosas superiores también estaban en posesión de técnicas proto-plásmicas de transformación avanzada, y decidieron enviar a la Tierra una expedición compuesta de decenas de axianos previamente

reconvertidos a la forma de la especie dominante en aquel planeta. Además, para que los expedicionarios aprendieran gradualmente a comprender las costumbres y el idioma, antes de emprender los contactos, los mandaron con aspecto de niños, cambiándolos por otros, para que sus madres terrestres los educaran como propios, sin maliciarse del engaño. De ahí el título del libro. Cuando esos niños cambiados alcanzaran la edad adulta, no sólo dominarían las costumbres e idiomas de la Tierra, sino que tendrían amigos y compañeros —incluso hermanos y padres— entre la especie dominante, y estarían perfectamente situados para servir de mediadores entre los terrícolas y los axianos.

Parecía un buen plan, pero, desgraciadamente, a pesar de todos los decenios de fisgoneo y análisis orbital, las sondas robóticas de Axion habían cometido un error muy tonto, porque habían llegado a la falsa conclusión de que la especie dominante en la Tierra era la rata noruega, también llamada rata de alcantarilla. Como consecuencia de este error, un día de 1955 una docena de ratas inadvertidas recibieron en sus nidos un número igual de axianos protoplásmicamente transformados, indistinguibles de la prole natural ratera. Las crías axianas pronto se dieron cuenta del error. Y, sin embargo, los perplejos intrusos —liderados por el brioso Alyak— le echaron todo el valor que pudieron y trataron de llevar a término su misión de contactar con la especie dominante, que, según ahora comprendían, eran los seres humanos. El resto del libro lo ocupaban las detalladas descripciones de sus espantosas muertes a manos de la especie despiadada, a pesar de los esfuerzos que las auténticas ratas, nobles hasta el sacrificio, hicieron por salvarlos, convencidas de que los axianos eran congéneres suyos. Cada vez que un axiano moría en la Tierra, imágenes exactas de su muerte se transmitían por vía telepática, cruzando la galaxia entera, hasta llegar a Axi 12, y tan terribles eran esas imágenes, que provocaron la furia de los pacíficos axianos, tan superiores en lo tocante a la ética, y tan pacíficos. Su nave tardó unos años en arribar a la Tierra, pero nada más llegar la convirtieron en una bola de fuego. De ahí la ciudad en llamas de la cubierta. En el epílogo, situado en 1985, todos los seres humanos han perecido, junto con todos los demás carnívoros de gran tamaño, de manera que quienes gobiernan sin oposición en la chamuscada superficie de la Tierra son las ratas noruegas.

Cerré *El nido* y me senté encima. Estaba al borde del llanto, y a continuación del nombre de Jerry puse *hermano del alma y soledad*. Comprendí entonces para qué le servía la gran jaula de alambre que había en el manillar de la bicicleta: para llevar a cuestras su enorme desesperación; y comprendí también que ese ojo suyo que miraba de lado estaba contemplando la vacía nada de la humana vida y la infinitud del tiempo y del espacio, nada e infinitud que él había unificado en su libro bajo el nombre del Gran Vacío. Y ya puede usted imaginarse cómo me subió la autoestima tras leer esa novela. No más humedales en la selva, no más palabras y gestos carentes de significado: tenía a mi disposición un relato enteramente nuevo. A las etiquetas de *perverso*, *fenómeno de feria* y *genio contra natura* podía añadirles ahora un adjetivo que todo lo justificaba: *extraterrestre*. Ayuda mucho, en las noches de soledad, poder mirar las estrellas y no ver en ellas meras escamas de hielo ardiente en el Gran Vacío, sino las ventanas iluminadas de nuestra propia casa. Desgraciadamente, ser extraterrestre no nos otorga ninguna de las ventajas prácticas de la riqueza o la fama, ni contribuye en nada a que aumenten nuestras posibilidades de terminar el día sin que alguna fatalidad se nos desplome sobre la cabeza. Y, para colmo, nunca me lo creí.

En horas laborables, si no estaba durmiendo ni colgado del Globo, podía encontrármeme en el Balcón. Nada que ocurriera abajo, en la tienda, escapaba de mi escrutinio. Cuando Norman cerraba una venta especialmente abultada, haciendo sonar la ornamentada caja registradora, una antigualla que había junto a la salida, en su pedestal, yo daba palmas con las garras y gritaba en silencio: «¡Así se hace, Norman!» *Gritos de ánimo desde los márgenes de la vida*.

Libros Pembroke era una tienda grande —cuatro salas llenas de libros, sin contar el sótano—, y Norman la conocía como la palma de su mano. Pero también él era falible. A veces buscaba y no encontraba, asestaba el golpe y no sacaba nada en limpio. Cuando ello ocurría, era penoso verlo.

Recuerdo una vez en particular. El objetivo era *La balada del café triste*, un libro más bien delgado. La buscadora era una enana, una joven que llevaba un abrigo de pelo de camello tan grande que la envolvía entera, como si estuviera metida en un tipi, y que le arrastraba por el suelo. Tenía el dobladillo manchado de barro. Llevaba bastante tiempo dando vueltas por la librería, hojeando libros, en apariencia, pero —me dio a mí la impresión— más bien reuniendo valor para decir algo. Tan pronto como expresó el motivo de su búsqueda —si *expresar* es la palabra adecuada, porque fue más bien un susurro ruborizado—, Norman se puso en pie de un brinco y echó resueltamente a andar, en dirección a la sección de libros de bolsillo, con los brazos por delante, con los gruesos dedos cosquilleándole de ganas de tocar su presa. Casi imaginaba uno que el libro se lanzaría a su mano desde la estantería. Pero, esta vez, de nada sirvió la imaginación. Esta vez, el amplio sistema consistente en colocar los libros en su sitio y más tarde, cuando hace falta, encontrarlos en seguida, no funcionó. Casi se oían los golpes que la avería provocaba en la cabeza de Norman. No se le arrojó a los brazos ningún libro, ningún libro apresaron sus dedos. Vi que se ponía cada vez más tenso mientras buscaba de arriba abajo por donde el libro tenía que haber estado, dando golpecitos en los lomos con el dedo índice, muy nervioso, como si estuviera contando los cuerpos, y luego registrando las estanterías por delante y por detrás, mientras sus gestos pasaban de la relajada seguridad a la consternación más convulsa. Al final, cuando quedó claro que el libro, así de sencillo, no estaba allí, que evidentemente no estaba allí, que lamentabilísimamente no estaba allí, sus varoniles hombros se hundieron bajo el peso de la derrota.

—Bueno, pues creí que lo teníamos, pero al parecer estaba equivocado. Lo siento de veras.

Esto se lo dijo al suelo de delante de sus pies, incapaz de mirar cara a cara a la frustrada diente. Norman parecía terriblemente desquiciado, y se notaba que había logrado contagiar su desolación a la enana, que, sin duda alguna, lamentaba mucho haber preguntado. Ay, qué ganas me entraron de saltar de mi escondite, de gritarle: «Aquí está, señor Shine —pondría especial cuidado en llamarlo así, señor—, lo tengo aquí: se mezcló con los libros de cocina.» Él, atónito, tartamudearía: «Pe-pe-pero ¿cómo lo sabías?» Y yo le contestaría: «Libros Pembroke es algo más que una librería para mí, señor: es mi casa.» Norman quedaría terriblemente impresionado, y también lleno de emoción. Y eso no sería más que el principio. En mi sueño, me nombraba aprendiz suyo. Y yo ascendía rápidamente, «desde el último peldaño», a la categoría de dependiente principal. Llevaba una visera verde. Me encantaba la pinta que tenía con la visera, sentado a la mesa de la entrada, por la noche, poniendo al día el papeleo... Igualito que Jimmy Stewart en *Qué bello es vivir*.

Las noticias del mundo exterior eran malas. Según el *Globe*, el general Logue ya había presentado al ayuntamiento su plan de batalla definitivo. Los abogados de dos familias afectadas de la zona oeste de la plaza estaban tratando de poner resistencia, pero su causa se consideraba perdida de antemano. Y el ayuntamiento dio su aprobación en junio: el derribo se iniciaría en cuestión de meses. Vastas extensiones de maquinaria pesada se iban distribuyendo por los alrededores, bien engrasadas y en espera. Todas las noches, o casi, tras la decisión del ayuntamiento, un edificio ardía: otro vecino más, tratando de reducir las pérdidas. Las noches transcurrían entre el ulular de las sirenas, y a veces el humo era tan denso que se hacía difícil respirar por las calles. Yo seguía trabajando en mi «Oda a la noche». Cuando pensaba en ella, oía a otros llamándola «su famosa "Oda a la noche"». Y, sin embargo, a pesar de que su librería estaba muriéndose, Norman seguía comprando libros. Creo que también él era un tiburón, que le daba miedo hundirse hasta el fondo.

Yo siempre fui del tipo soñador. Y, dada mi situación, ¿qué otra cosa podía ser? Pero también sabía cómo poner las cuatro patas en la tierra, cuando hacía falta. Y luego —calado hasta los huesos, por así decirlo, por la llovizna de la realidad— me sabía mal que en la práctica no pudiera hacer nada por ayudar a Norman a salir del atolladero. *La sensación de incapacidad como causa de depresión en los varones*. De manera que empecé a traer regalitos a casa. Una noche, rebuscando entre las palomitas que había en el suelo del Rialto, me encontré un anillo de

oro. Tenía la forma de dos serpientes entrelazadas. En la parte alta del anillo se enfrentaban los rostros de ambas. Los ojos eran diminutas esmeraldas. Podría haber puesto el anillo en algún sitio donde lo encontraran las señoras de la limpieza, pero no lo hice. De hecho, lo robé sin el menor remordimiento de conciencia. Tiempo atrás me había descubierto en el cráneo un abultamiento alargado, casi una arruga, que, según Hans Fuchs —el primero en aplicar la ciencia de Gall a la práctica policial—, es señal indudable de «proclividades criminales» y «degeneración moral». De hecho, si no fuera por un obvio detalle, yo encajaría perfectamente en la categoría que Fuchs denomina *monstrum Humanum*, el orden más bajo de los tipos criminales. Sabía, pues, que no tenía sentido comprometer a mi conciencia en una batalla que sólo podía perder. Como ya he dicho, puedo ser bastante práctico, cuando toca serlo. De manera que me llevé el anillo a casa y lo puse encima de la mesa de Norman, junto al cacillo del café, y allí lo encontró él a la mañana siguiente. Sosteniéndolo entre el pulgar y el índice, lo estuvo estudiando durante largo rato, llegó incluso a probárselo, extendiendo la mano hacia delante y volviéndola a un lado y a otro, como las mujeres. Luego lo metió en un cajón de la mesa. Pensaría, supuse yo, que alguna clienta lo habría perdido; e imaginé que pondría una nota diciendo SE HA ENCONTRADO UN ANILLO - PREGUNTEN EN DIRECCIÓN. No lo hizo, sin embargo, y una semana después me di cuenta de que llevaba el anillo en un dedo.

En otra ocasión, volviendo a casa desde el Rialto, de escondite en escondite, me encontré con un hombre y una mujer que mantenían una especie de pelea en la calle Cambridge, totalmente desierta, salvo por ellos. La mujer le arreaba con todas sus fuerzas, gritándole «¡cabrón, jodido cabrón!», y cada vez que decía «¡cabrón!» daba una patada en el suelo, como contando cuántas veces seguidas podía decirlo. El hombre, que parecía muy borracho, por el modo en que se tambaleaba, trataba de sujetarla por los hombros, pero ella se lo quitaba de encima. El hombre parecía verdaderamente borracho, por el modo en que se tambaleaba. Ella llevaba unos zapatos plateados de tacón muy alto, con lo cual me recordó a mis Beldades y me dio mucha pena. Mentalmente, estaba de su lado, aunque a ella de poco le valiese. De hecho, más bien nada que poco: ¿qué podía importarle a una chica tan guapa que una mísera rata estuviera de su parte? Llevaba un gran ramo de rosas amarillas en la mano, y al emitir el que bien pudo ser su decimoquinto «cabrón» le atinó al hombre en plena cara con las flores, que salieron disparadas en todas direcciones, y luego cruzó la calle corriendo y se metió en la boca del metro. Yo grité en silencio: «¡Para que te enteres, sucia comadreja!» El hombre siguió donde estaba, tambaleándose un poco, como por efecto de una suave brisa, entre las flores esparcidas por la acera como llamitas amarillas. Luego la emprendió a pisotones con ellas, aplastándolas contra el suelo con un movimiento oscilatorio de la punta del zapato. Movimiento que tenía su correspondencia casi idéntica en la boca del hombre. Ella golpea, él aplasta. No dejó ni una sin pisar. Y a continuación se alejó despacio, calle abajo. Esperé hasta convencerme de que no iba a volver y luego recogí una de las rosas, la que menos daño parecía haber sufrido, y me la llevé a casa, donde la recompuse como mejor pude. Era ya casi la hora de abrir la tienda cuando por fin logré dejarla en la mesa de Norman, junto al cacillo del café. Me habría gustado ponerla en agua, pero tal cosa me resultaba imposible.

Cuando vi la reacción de Norman ante la flor, pensé que quizá hubiera ido demasiado lejos. Pareció francamente atemorizado. Se quedó mirando aquella extraña rosa amarilla que había en su cacillo, con los ojos como platos, y luego miró en derredor, hasta debajo de la mesa, como temeroso de que alguien se le fuera a echar encima en cualquier momento. Sacó la rosa de la taza y la dejó en la mesa. Se pasó la mañana echándole reojadas, como si esperara que la flor de pronto hiciera algo que explicase su presencia, y después de comer la arrojó a la basura. Me había salido el tiro por la culata, con el regalo. Le había dado a Norman un nuevo motivo de preocupación, y lo sentía mucho. Fue el último regalo que le traje.

Nunca he estado muy bien de la cabeza, pero a loco no llego. Aquí levantará usted una ceja, quizá, o las dos, mas no por ello dejará de ser cierto que una cosa son los ensueños diurnos y los juguetes mentales, y otra muy otra estar como una cabra. Y no pertenezco al número de las

criaturas que pueden estar locas sin saberlo. Hay mucha gente que está aún peor que yo. Me consta porque lo afirma nada menos que Peter Erdman, el autor de *El yo como otro*. En este libro, el doctor Erdman refiere casos reales de seres humanos enormemente gordos que se plantan ante el espejo y se ven más delgaditos que un maniquí de París; y otros que están en los huesos y se ven en el espejo como auténticos rollos de gelatina. Lo ven de veras. Eso sí que es estar loco. En mi caso, el problema nunca ha estado en los espejos —en ellos sólo habita el de siempre, el tipo de la barbilla hundida—, sino en la imagen de mí mismo que no está en el espejo, la que veo cuando me hallo tendido boca arriba y me miro los dedos y me cuento todas esas historias maravillosas, cuando me embarco en lo que llamo sueños, dejando fuera lo que carece de sentido y dándole a la vida un principio, un desarrollo y un desenlace. Mis sueños lo contienen todo; es decir: todo, menos al monstruo del espejo. Cuando sueño una frase como «Concluyó la música y en el silencio todas las miradas se posaron en Firmin, que permanecía impávido y distante en la puerta del salón de baile», nunca veo una barbilla más pequeña de lo normal en la puerta del salón de baile. Algo así tendría un efecto muy distinto. No: siempre veo a alguien muy parecido a Fred Astaire: cintura estrecha, piernas largas y una barbilla como la puntera de una bota. A veces llego a vestirme de Fred Astaire. En esta especial secuencia llevo frac y sombrero de copa. Tengo las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y me apoyo como quien no quiere la cosa en un bastón de empuñadura de plata. ¿Le resulta a usted difícil mantener las cejas en esa posición? A veces, cuando voy a ver a Norman para tomarme un café con él, llevo una chaqueta de punto color marrón y mocasines de borla. Me repantigo en la silla, pongo los pies encima de la mesa y hablamos de libros y de mujeres y de béisbol. Junto a esta imagen tengo añadida la frase: «¡Qué gran conversador!» Y otras veces, sin dejar de parecerme mucho a Fred Astaire —pero ahora un Fred Astaire un tanto disoluto y blasé, con un cigarrillo colgándome de los labios, como un francés—, me veo golpeando furiosamente una vieja Remington. Me encanta el ruido del carro cuando arranco un folio e introduzco otro, verdaderamente furioso. Podría seguir así indefinidamente, contarle a usted que llaman a la puerta y es Ginger quien entra —qué entrada, la suya—, tímida, con un sandwich de queso que me ha hecho con sus propias manos, con una expresión en sus ojos... Podría contarle a usted hasta lo que hay escrito en los folios que se amontonan junto a la máquina de escribir.

En un pasaje de *El fantasma de la ópera*, el fantasma, un gran genio que vive oculto, sin dejarse ver, por causa de su gran fealdad, nos describe lo que más desea en este mundo, y ello no es sino pasear por los bulevares, al atardecer, con una bella dama del bracetete, como un burgués cualquiera. Para mí, ése es uno de los pasajes más conmovedores de la literatura, aunque Gastón Leroux no fuera uno de los Grandes.

CAPÍTULO 7

Todas las semanas, sin falta, el periódico me traía noticias, nuevas y deprimentes, sobre la llamada renovación de la plaza Scollay. Muchos locales comerciales habían cerrado ya sus puertas, tras enormes liquidaciones por derribo, y ahora permanecían oscuros y vacíos tras las placas de contrachapado; otros, más sencillamente, habían ardidido hasta los cimientos. Aun así, Norman seguía en lo suyo. Y aún teníamos días buenos, aunque nunca tan buenos como los de antaño. Había pocos parroquianos, incluso en los mejores momentos, y en los días lluviosos Norman ni se molestaba ya en desenfundar el plumero. De vez en cuando veía yo que los clientes soplaban en los libros para quitarles el polvo, antes de abrirllos, pero él no pareció fijarse nunca. Seguía tirando, pero se veía a la legua que no ponía el corazón en el asunto.

Yo también seguía tirando. Estando tan flojo el negocio, ahora disponía de más tiempo para elaborar mis estructuras oníricas. Eran sueños enormes, como novelas. A veces me tiraba días con una sola escena. Pongamos que fuera una excursión campestre a la playa de Reveré. Pongamos que era el verano de 1929 y que la bolsa estaba a punto de hundirse y nadie lo sabía. ¿Qué llevan puesto? ¿Qué clase de zapatos? ¿Qué ropa interior? ¿Cómo se cortan el pelo? ¿Qué pinta tienen sus automóviles? ¿Qué sensación producen los asientos? ¿Cuánto cuesta la gasolina? ¿Se han traído algún libro? ¿De qué son los sandwiches? ¿En qué vienen envueltos? ¿Qué marca de cigarrillos fuman? ¿Qué marca de refrescos? ¿Qué pájaro canta? ¿Cómo se llama el árbol en que se esconde? Son temas que hoy resolvería con bastante facilidad. He llevado mis sueños tan lejos como la China de la dinastía Tang, el Machu Picchu, y el piso septuagésimo tercero del Empire State Building.

Una noche, ya tarde, estaba yo entretenido con mi sueño del poeta francés loco. Había perdido una pierna —él, o yo, Fred Astaire, qué más daba— combatiendo en las filas de la Comuna de París. Años de dolor físico y absenta habían hecho que se volviera loco —él, yo, nosotros—. En la presente escena, ambientada en una noche de lluvia, lo vemos en una calle estrecha de París, golpeando con el puño la puerta de una casa que pertenece a la gran actriz Sarah Bernhardt. En la otra mano sujeta con fuerza, envuelta en hule para protegerla de la lluvia, una versión fragmentaria de su gran poema enloquecido, «Ode á la nuit». Estaba en el sótano, leyendo cosas sobre Sarah Bernhardt en la *Enciclopedia Británica*, cuando me sobresaltó el ruido de la puerta de la calle al abrirse. Me zambullí de cabeza en el agujero ancestral y, trepando por conductos negros como la pez, llegué al Balcón en el preciso momento en que Norman colgaba su impermeable en la percha. También en Boston llovía, por consiguiente. Nunca se había dado el caso de que volviera a pasar por la tienda después del cierre, y lo seguí con la mirada, preocupado, mientras iba recorriendo los pasillos, comportándose como si hubiera sido la primera vez que visitaba la librería. Luego se sentó en su silla de siempre. Se sentó encima de su acostumbrado cojín rojo, colocó las palmas de ambas manos sobre la mesa y se echó a llorar. No hacía ningún ruido, no se cubría el rostro, las lágrimas fluían silenciosamente, confundándose con las gotas de lluvia que persistían en sus mejillas y su mentón, y cayéndole en la camisa. Silenciosamente, le grité: «Ánimo, señor Shine. Mañana será otro día. ¡No haga usted nada de que pueda arrepentirse!» Me sentía tan mal, que sólo se me venían a la cabeza unas cuantas frases estereotipadas. Llegó a ocurrírseme la idea de tirarme del Globo con la cabeza por delante, sólo para distraerlo.

Pero lo que verdaderamente deseaba hacer, lo que de hecho estuve a punto de hacer, fue salir corriendo por el Cubil de la Rata, arrojarme a los pies de Norman y ponerme como un loco a besarle los zapatos. Así lo conmovió profundamente. Me llevaría consigo cuando se mudara. Es digno de interés el hecho de que las ensoñaciones no tengan límite. ¿Qué habría pensado

verdaderamente Norman si hubiera salido una rata de detrás de la caja fuerte y se hubiera abalanzado sobre sus zapatos? En el mundo real hay diferencias que no pueden superarse.

La vida es breve, pero, aun así, siempre podemos aprender un par de cosas antes de la traca final. Una de las cosas que tengo observadas es que los extremos se tocan. Los grandes amores se transforman en grandes odios, la callada paz deriva en estrepitosa guerra, el tedio infinito genera enorme excitación. Lo mismo nos pasaba a Norman y a mí. Me atrevo a afirmar que aquella noche en la tienda, con Norman llorando y yo flotando, casi en lágrimas, por encima de su cabeza, fue el verdadero cénit de nuestra relación, nuestro momento de máxima cercanía. Las grandes intimidades traen gigantescos alejamientos. Lo anterior ocurrió un sábado por la noche. Al día siguiente no pude ver a Norman, porque la librería cerraba los domingos. El domingo por la noche volví del Rialto sintiéndome indispuerto. Una salchicha en mal estado, seguramente. No era la primera vez que me ocurría algo así, de manera que no me preocupé. Y el lunes por la mañana ya me sentía mejor, pero, de todas formas, decidí no arriesgarme a ir al Rialto aquella noche, aunque ello significara quedarme sin comer hasta la expedición del martes. Norman se hallaba de nuevo instalado ante su mesa, con el periódico y el café, y yo estaba en el Globo, atento al menor signo de congoja por su parte. Me quedé mirándolo atentamente mientras bajaba su cacillo tan despacio que el movimiento apenas generó arrugas en la imagen de su ojo derecho y su mejilla, que flotaban como flores de loto en el líquido marrón. Me pregunté si la lentitud de sus movimientos podría ser otro síntoma de dolor. Por culpa de mi aversión a los espejos, nunca había acabado de comprender del todo las leyes de la refracción. Así que tardé algo en darme cuenta de que si yo podía ver su ojo, era porque él también podía ver el mío. Ajeno a las graves consecuencias de tan fatal simetría, continué asomado al Globo mientras Norman iba apartando lentamente la silla, con las manos en la nuca, como bostezando. Ahora miraba directamente al techo y durante un buen rato su mirada, negra y sombría, se topó de frente con la mía, negra y resplandeciente. *Terror e identificación*. Luego eché rápidamente la cabeza hacia atrás y me retiré a la oscuridad de entre las vigas, donde permanecí acurrucado, en un tumulto de miedo y delicia. *¡Me ha visto!* ¿Qué haría a continuación? Ya no estaba solo. Traté de recordar sus ojos. ¿Qué decían? Retrospectivamente, imaginé que había visto amor en ellos. Norman, con lo inteligente, con lo bueno que era: seguro que había logrado superar la barbilla hundida, las mejillas peludas, seguro que había profundizado en mis ojos resplandecientes, hasta captar en ellos el alma de un camarada de arte y de oficio.

Pasé el resto del día muy escondido. Sólo cuando oí la puerta de la tienda cerrarse y los pasos de Norman alejándose por la acera, volví a encaramarme al Balcón a echar un vistazo. Allá por el mes de abril me había subido del viejo nido familiar grandes cantidades de papel desmenuzado, y con ese material me había fabricado una pequeña poltrona. Había sido agradable estar ahí sentado, observando lo que ocurría abajo, en la tienda. En alguna que otra ocasión había permanecido ahí en lo alto con la tienda ya cerrada, perdido en mis ensoñaciones, mientras la puesta del sol amarilleaba lentamente, llenando el local de una especie de etérea congoja. Me encantaba estar ahí mientras las sombras se iban adensando, como me encantaba la tristeza que nunca dejaba de poseerme, en tales momentos. Pero aquella noche percibí de inmediato que mientras yo tiritaba de miedo, escondido en los conductos, Norman me había hecho una visita. La poltrona estaba desplazada y casi totalmente deshecha, y a su lado había un montoncito de extraña comida. Una pila de granulos cilindricos, color verde fluorescente. Olían bien, de modo que probé un poquito. Eran una rara delicia, sabían a una mezcla de queso Velveeta, asfalto caliente y Proust. Recordé la mirada que había en los ojos de Norman cuando me vio, y pensé: «Pues sí que era amor, a fin de cuentas.» Y así empezó uno de los momentos más felices y más breves de mi vida. Ahora sabía que no estaba solo. Tenía un sitio junto a alguien. Volví a probar. En todos mis meses de gorroneo, nunca me había suministrado el Rialto una comida como ésta. Era más suave que las pastillas de goma, más crujiente que las palomitas, y tenía, como ya he dicho, un sabor tan delicioso como extraño. Traté de ponerle un nombre y opté por llamarlo Normans: «Póngame una caja de Normans, por favor.» Me apenaba el hecho de que, por culpa de las salchichas en mal estado, tuviera que conformarme ahora con sólo unas poquitas de esas

chucherías tan placenteras.

A continuación me quedé dormido allí mismo, en el Balcón. Soñé que bailaba con Norman. Llevaba un vestido de seda como los de Ginger Rogers y él lucía en el ojal la rosa amarilla que yo le había regalado. Me iba dando Normans con los dedos mientras bailábamos, metiéndomelos en la boca uno tras otro, al ritmo de la música. Al principio era agradable, pero luego, como no paraba ni siquiera al ver que me estaba atragantando, y seguía obligándome a comerlos, la situación se convirtió en pesadilla. Me desperté tosiendo y lleno de angustia. Traté de vomitar, pero no pude.

A la mañana siguiente me sentía peor. Estaba mareado y me dolía al toser, y tenía en los oídos un ruido como de torrente. Volví al Balcón y comí otro poquito de la comida nueva, tras lo cual me sentí algo mejor. Pero al caer la tarde estaba otra vez peor, y tan débil que el mero intento de dar unos pasos me suponía un esfuerzo equivalente al de escalar una montaña. Llevaba dos días sin beber, y ahora sólo podía pensar en agua. Vi, desde el Globo, que Norman no había enjuagado su taza. Había un dedo de líquido marrón languideciendo en el fondo. Decidí aprovecharlo y, a trancas y barrancas, bajé por el conducto central hasta el Cubil de la Rata. Al llegar al suelo, descubrí que el agujero estaba tapado en parte con una pequeña caja de cartón. Tuve que reunir toda la fuerza que me quedaba para apartarla. Pesaba tanto porque estaba llena de Normans, hasta el borde. Estaba trepando por encima de ella para salir del agujero cuando vi la etiqueta. Decía: «FueraRatas». También decía, en subtexto, «Joder con los Normans». No decía: «Un pisco sano y delicioso.» Decía: «Las elimina en una sola ingestión.» Me pregunté si la media docena de granulos que me había comido contarían como una ingestión. Seguí leyendo: «Para el control de ratones, ratas de Noruega y ratas de tejado en casas, granjas y locales comerciales.» No sabía muy bien si yo era de Noruega o de tejado, pero para el caso daba igual. «Manténgase fuera del alcance de los niños y de los animales domésticos.» Cruel palabras para quien por unos momentos había creído ser ambas cosas. Me estaba muriendo, como Peewee, pero más despacio, y no por accidente, sino asesinado. Logré llegar hasta el café y me lo bebí, y luego estuve casi una hora arrastrándome para llegar al nido. Ni acostado pude controlar la respiración. Seguía tosiendo y, cuando no, los pulmones me sonaban como los gritos que da una persona sumida en un pozo profundo. Al succionarme las encías se me llenaba la boca de un sabor a sangre. Me imaginé muriendo. Fred Astaire, el gran bailarín, muriéndose. John Keats, el gran poeta, muriéndose. Apollinaire, delirante, muriéndose. Proust, con sus bellos ojos en un rostro contraído, muriéndose. Joyce muriéndose en Zurich. Stevenson muriéndose en Samoa. Marlowe muriendo apuñalado. Lamentaba que no hubiera nadie delante para verme. Las bellas mariposas plegarían las alas y yo iba a morir como una rata cualquiera.

Dormí largo rato. Y cuando me desperté no estaba en el paraíso, si el paraíso no es un sitio lleno de polvo y situado entre dos juntas de madera. Aún me sentía muy débil, pero ya no me sangraban las encías. Tenía una sed terrible y un hambre de lobo estepario. La luz que me llegaba desde abajo, bordeando el Globo, estaba llena de partículas danzarinas. Mirándolas, estubo a punto de hacerme llorar tanta belleza. Me arrastré unos pasos y la aspereza de los listones bajo las patas me produjo una sensación indeciblemente dulce. Me acerqué al borde del Globo y miré hacia abajo. Estaba sentado a su mesa, leyendo el periódico, como si nada. Observando ahora su cráneo mondo, no me costaba ningún trabajo imaginar qué siniestras protuberancias se escondían astutamente bajo esa corona monacal de pelo rizado. Me habría sido fácil aflojar la sujeción de la lámpara y hacer que ésta fuera a estrellarse contra aquel cráneo indefenso. Por extraño que parezca, la idea me pasó por la cabeza, pero no llegó a aposentarse en ella. Un enorme fatalismo llevaba toda la vida protegiéndome del rencor y la amargura. Y, por otra parte, habría sido como vengarse de un fantasma, puesto que el Norman que yo había conocido y amado había resultado no existir, no ser más que una imaginación mía, producto de un enorme malentendido del que no podía echarle la culpa a nadie más que a mí. Había resultado ser un personaje más de mis sueños, no más real que el poeta loco de la semana pasada, el que aporreaba la puerta de Sarah Bernhardt. Estaba hundido. *Matarratas, o El amor traicionado*. Todo lo que yo había creído

firme y atado se desmoronaba ahora; y, sin embargo, al mismo tiempo me sentí renacer. Estaba dispuesto, como suele decirse, a volver página. Con Libros Pembroke ya en el despeñadero del olvido, y con su dueño convertido en asesino, con la marca de Caín en los aladares, ya iba siendo hora de cambiar de proyecto.

CAPÍTULO 8

Hay dos clases de animales en este mundo: los que poseen el don del lenguaje y los que no lo poseen. Los animales que poseen el don del lenguaje se dividen, a su vez, en dos tipos: los que hablan y los que escuchan. La mayor parte de estos últimos la constituyen los perros. Son tan extremadamente tontos, sin embargo, que llevan su afasia con una especie de gozo servil, que exteriorizan meneando el rabo. No era mi caso: no soportaba la idea de pasar el resto de mis días en silencio.

Hace ya mucho tiempo, en los albores de mi historia de amor con los humanos, descubrí en el curso de mis lecturas varios métodos ingeniosos ideados para mitigar la inclinación natural de esta especie a funcionar mal y estropearse: piernas protésicas, dentaduras postizas, bragueros, audífonos y ojos de cristal. De manera que no tardó en ocurrírseme la idea de suplir mi deficiencia natural con alguna clase de aparejo mecánico. Cuando tropecé por primera vez con las palabras *máquina de escribir*, venían sin explicación, como algo obvio y familiar, y lo único que llegué a colegir era que se trataba de una cosa con teclas sobre las cuales volaban a veces los ágiles dedos femeninos. Al principio pensé que sería algún instrumento musical y me desconcertó que lo relacionaran con *tecleo*. Cuando por fin comprendí que se trataba de una máquina para poner palabras sobre un papel, me sobrevino una emoción tremenda. No había por ninguna parte una máquina de escribir a la que ponerle las zarpas encima, pero, así y todo, la mera noción desencadenaba en mí una verdadera corriente de imágenes. Me vi distribuyendo notas mecanografiadas por toda la librería, para que Norman las encontrara y se quedara perplejo al leerlas. En mis sueños, las encontraba y se rascaba la cabeza y dejaba pequeñas misivas de respuesta.

Bueno, ya hemos visto de qué manera me falló Norman. Lo mismo la máquina de escribir. Desenterré detalladas descripciones y dibujos rotulados, e incluso vi alguna en funcionamiento, en el cine. El veredicto era inequívoco: demasiado bulto, demasiado peso. Cuando se es pequeño, no basta con ser un genio. Aun suponiendo que lograra accionar las teclas, dejándome caer desde una altura, jamás lograría encajar el papel en el carro —a las ratas no se nos da nada bien sujetar cosas—, ni mover la larga palanca plateada que servía para situar el carro. En el cine había comprobado que las máquinas de escribir, en efecto, generan su tipo de música,» y supe que nunca oiría como resultado de mi esfuerzo el estupendo *ping* de misión cumplida que suena al final de las líneas, ni el largo rasponazo, parecido a una salva de aplausos, que emite el carro al hacerlo desplazarse para empezar otra línea. Y así ha resultado: cuando termino una línea, no oigo nada, sólo el silencio de los pensamientos cayendo interminablemente por el agujero de la memoria.

Pero, como ya dije antes, puedo ser muy persistente cuando de veras quiero algo, y no renuncié a la idea de conversar con los humanos. No habían transcurrido dos semanas de mi renuncia al proyecto «máquina de escribir» cuando descubrí bajo el rótulo de LENGUAS un delgado folleto cuyo título era *Dígalo sin sonido: Diccionario de imágenes*; y dentro venían dibujados decenas de signos de los que los sordos utilizan para hablar. La primera vez que tropecé con este libro quedé convencido de que por fin había descubierto lo que buscaba. Las palabras de uso más frecuente venían por orden alfabético, como en los diccionarios, y frente a cada entrada, a guisa de «definición», había una chica muy guapa, con un jersey rojo, haciendo el signo correspondiente. Fue por ella, supongo, por lo que la noción del lenguaje de signos se me asoció con las Beldades. Al lado de la palabra *amigos*, por ejemplo, iba la foto de una Beldad de torneado jersey con ambos dedos índices, el de la mano izquierda y el de la mano derecha, juntos. Dedos amigos y muy juntos. Así recompuse mis esperanzas. Tontamente, al fin y al cabo, porque no tardé en descubrir que quienquiera que hubiese inventado ese callado lenguaje lo

había inventado para criaturas dotadas de dedos. Con lo que yo poseía, en lo tocante a los pies y las zarpas, me resultaba imposible balbucear la más rudimentaria de las frases. A lo más que llegaba era a una especie de tartamudeo digital. Me plantaba delante del espejo, a pesar de lo doloroso que ello me resultaba, y, balanceándome en el borde del lavabo, hacía todo lo posible por decir en signos: «¿Qué te gusta leer?» Lo intenté por el procedimiento de que mi cuerpo fuera la palma de la mano y mis extremidades los dedos; luego, sin haber llegado a la mitad de la frase, cambié de método: que las patas delanteras fuesen los brazos y las traseras los pulgares. Ora acachetándome el pecho, ora cruzando las piernas, ora ovillándome entero, me movía frenéticamente de un lado a otro, como un hombre con la ropa ardiendo. Fue inútil.

Las situaciones desesperadas, sin embargo, engendran esperanzas desesperadas; y, así, tras haber estado a punto de morir por envenenamiento a manos de Shine, volví a la idea de los signos. En ese momento supuse que una frase rudimentaria podría ser todo lo que me hiciera falta, sencillamente dicho: algo que pusiera en conocimiento de la gente que soy una criatura lista y amistosa. Había transcurrido bastante tiempo desde que lo intentara por primera vez, y, aun teniendo en cuenta que muy pocas cosas salían de la tienda sin que yo me enterase, me sobrevino el temor de que alguien se hubiera escabullido con el manual mientras yo estaba ausente, en el Rialto o echando una siesta de carnero en el techo. Alguien sordo, claro, y, por consiguiente, muy silencioso. De manera que tan pronto como Shine echó el cerrojo aquella noche, y luego tosió (una costumbre que tenía, como diciéndole hola a la noche) y se llevó sus pasos calle adelante, yo me dejé caer al suelo y me lancé por la tienda hacia la esquina en que tenía que encontrarse el libro. Y ahí seguía: una loncha amarilla puesta entre el oscuro pan integral del diccionario serbocroata y el pálido pan de centeno del *Fundamentos de alemán comercial* de Langston. Cuando, tras grandes esfuerzos, logré extraer el folleto de la estantería, observé que el precio marcado a lápiz en la segunda de cubierta se había desmoronado de veinticinco centavos a sólo cinco.

Pasando despacio las páginas, le iba haciendo preguntas a la Beldad. Buscaba la frase más sencilla y más inteligible que fuera compatible con mis limitaciones fisiológicas, y en un santiamén había aprendido a decir «adiós cremallera». No era Shakespeare, pero hasta ahí llegaba. Logré decirlo levantándome sobre las patas traseras y agitando una zarpa en el aire —diciendo adiós con ella—, para a continuación trazar el zigzag de una cremallera con la misma zarpa. Estuve practicando delante del espejo —adiós-cremallera, cremallera-adiós— hasta conseguir que me saliera de corrido; lo cual me obligó a encarar otro problema: ¿a quién iba a decirle eso? Respuesta evidente: a un sordo. Con lo que ya tenía un nuevo objetivo en esta vida: encontrar a un sordo. Los sordos, sin embargo, no crecen en los árboles. Me mantuve muy al tanto, en la esperanza de que alguno entrase en la tienda y me brindara la oportunidad de ponerme rápidamente delante de él y presentarme. No creo que entrara ningún sordo, nunca, aunque un día sí que entró un anciano, que se pasó un buen rato hojeando libros y al final escogió uno, lo pagó y se marchó sin decir una palabra. Así que igual era sordo. Pero con Shine dando vueltas por ahí, di por sentado que lo mejor era no correr riesgos. El posible sordo era un hombre viejo y enclenque, y quizá no hubiera podido protegerme si hubiera echado a correr y me hubiese postrado a sus pies.

Con el cuerpo nunca había viajado más allá de la plaza Scollay, pero sabía mucho de Boston por los libros y los planos, y con la mente podía verlo extenderse ante mí, de Arlington a Columbus Point, como desde un aeroplano. Ahora, como correspondía a un auténtico axiano, lo que me tocaba era establecer contacto con la especie dominante. Por supuesto que ya lo había intentado con Shine y que había estado a punto de terminar como los axianos. Pero mis muchas lecturas habían disipado cualquier duda al respecto: además de todas esas multitudes de sádicos, malvados, psicópatas y envenenadores, la especie dominante también podía enorgullecerse de verdaderos ejemplos de amabilidad y comprensión, y la mayor parte de estos ejemplos eran mujeres. Podría haber buscado algún contacto en las calles de la plaza, pero algo en los rostros me advirtió que no lo hiciera. Ya he confesado que en aquel momento aún era bastante burgués y,

por consiguiente, deseaba que mi primer interlocutor fuera, por así decirlo, un colaborador virginal en mi conversación humana, lo que yo entonces consideraba una persona de orden superior. Dado que las zonas donde más probable resultaba encontrar a una mujer de tal clase —los recintos universitarios de Wellesley y Radcliffe y el convento de monjas de Santa Clara en Jamaica Plain— estaban fuera de mi alcance, me conformé con el Jardín Público, a unas pocas bocacalles hacia el oeste de la plaza. Y en esto ve usted de nuevo que, a pesar de mi tendencia a pasarme de exigente, tengo las cuatro patas en el suelo y puedo ser muy práctico cuando no me queda más remedio.

Para tal desplazamiento me hacía falta una de esas noches de lluvia en que la gente anda por ahí cubriéndose la cabeza con periódicos y paraguas y escaqueándose entre los coches y los portales, demasiado ocupada como para fijarse en un animalito que se arrastra en dirección oeste por debajo de los vehículos aparcados. No tuve que esperar mucho. El sábado siguiente, a las cinco en punto de la tarde, Shine salió de la tienda bajo el palio de un negro paraguas. Y a eso de la medianoche, cuando partí con destino al Jardín Público, caían chuzos de punta, aunque debajo de los coches el asfalto seguía seco y cálido. Sólo los cruces presentaban problemas, porque eran espacios abiertos que había que recorrer al sprint. Me demoré todo lo que hizo falta —no me había olvidado del pobre Peewee—, y casi estaba amaneciendo ya cuando por fin atravesé el parque Common y me metí corriendo en el Jardín Público.

Allí la hierba era suave y desprendía olores buenos y dulces. Era la primera vez que veía hierba, y la probé. Había cesado la lluvia, y el cielo empalidecía por oriente. Había venido arrastrándome por debajo de los coches aparcados, de uno a otro, subiendo por la calle Tremont, de manera que traía las patas y las partes bajas del cuerpo todas negras y manchadas de porquería y grasa. Me limpié lo mejor que pude; luego me deslicé bajo un arbusto y me quedé dormido. Cuando me desperté brillaba el sol y vi los árboles. Nunca antes había visto árboles de verdad. El arbusto bajo el que había dormido estaba junto a un sendero de cemento que atravesaba el Jardín Público de punta a punta. Eché un vistazo y vi gente muy bien vestida. Sonaban las campanas de la iglesia. Me sentía raro, como desligado de mí mismo, como si me estuviera viendo desde una altura. Rata que debería estar muerta y no está muerta. Débil y sucia, pero no muerta, nada muerta, ahí estaba yo, vivo, debajo de un arbusto; y tenía un plan.

Observé a los que pasaban caminando, me fijé en lo que hacían con las manos. ¿Hablaban sus manos? Me pasé la mañana viendo manos balancearse a los lados, permanecer ocultas en los bolsillos, colocar en su sitio algún mechón de pelo que el aire hubiese despeinado, hacer gestos de saludo, señalar ardillas, cerrarse en puño, arrojar cacahuetes, meterse el dedo en la nariz, rascar entrepiernas y asir otras manos. Las manos estaban todas ocupadísimas en tales tareas, sin decir una sola palabra. Comí hierba. Hice un par de incursiones rápidas para apropiarme de algún que otro cacahuete destinado a las ardillas. No fue suficiente, porque llevaba más de veinticuatro horas sin comer. Me sentía muy débil, y esta debilidad me asustaba.

Era casi de noche cuando las vi venir, dos mujeres y una niña entre ambas, procedentes de la calle Arlington. Iban muy bien vestidas y llevaban unos zapatos resplandecientes. Por encima de la cabeza de la niña, hablaban las manos de las mujeres. Lamenté no haber invertido más tiempo en estudiar el diccionario de imágenes, para así comprender lo que aquellas manos decían. Se me salía el corazón del pecho. Me inquietó la idea de desmayarme de la emoción y el miedo, teniendo en cuenta lo débil que estaba. Me quedé mirándolas mientras se acercaban, y cuando ya estaban cerca me planté de una carrera en mitad del camino y mis garras dijeron «adiós cremallera». Traté de gritarlo, violentando los gestos todo lo posible. «Adiós cremallera.» «Adiós cremallera.» Absurdamente, intenté realzar el efecto chillando con todas mis fuerzas. Me di cuenta de que estaba consiguiéndolo. Las dos mujeres y la niña se habían detenido y me miraban con la boca abierta. «Adiós cremallera.» Tenía que levantarme sobre los cuartos traseros para decirlo, y con el entusiasmo perdí el equilibrio y caí de espaldas. Una de las mujeres empezó a emitir unos ruidos extraños al respirar, como de gruñido —quizá estuviera riéndose—, uh, uh, uh, y a continuación la niña se puso a gritar. No recuerdo muy bien en qué orden se

produjeron los acontecimientos posteriores. La gente gritaba «¡Una rata, una rata!». Una voz de hombre dijo: «Una ardilla no es, desde luego.» Y otra voz: «Le ha dado un pasmo.» Y una tercera: «¡Tiene la rabia!» Y todos hablaban al mismo tiempo. Se acercó un hombre que llevaba un bastón y trató de hincármelo en el estómago. Me puse sobre las cuatro patas y salí corriendo, y el tipo trató de atinarme con su bastón. Oí cómo se rompía contra el pavimento y luego vi que salía despedido, rasgando el aire, y fue a caerme en la espalda en el preciso momento en que alcanzaba el césped; y alguien gritó: «¡No le hagáis daño!» Me metí en una hilera de arbustos y corrí. No sentía dolor alguno, pero sabía que iba arrastrando algo muy pesado. Volví la cabeza y vi que tenía la pierna izquierda doblada hacia afuera. No se movía al correr, la llevaba a rastras, como un saco.

El dolor se presentó durante la noche y era tan grande que a la mañana siguiente apenas lograba desplazarme hacia delante utilizando sólo las patas delanteras. Comí hierba. Desde mi escondite vi a un hombre dándoles de comer a las ardillas. Estaba cerca de mí, sentado en un banco, con una bolsa de papel en el regazo, y las ardillas se le encaramaban y le cogían los cacahuets de los dedos. *Avidez y degradación en la fauna silvestre norteamericana*. Transcurrido un rato, el hombre pareció aburrirse. Puso la bolsa boca abajo y los cacahuets se derramaron por el banco y por el suelo. Nada más marcharse aquel individuo, las ardillas se abalanzaron sobre los cacahuets y se pusieron a recogerlos, hasta que pensaron que ya no quedaban más, y se marcharon. Pero se habían dejado uno, lo veía en la hierba, junto a una pata del banco, a muy poca distancia de mi escondite. Vino otra persona y se sentó en el banco; una persona azul. Me dio igual. Quería ese cacahuete por encima de todo, me daba igual lo que ocurriese, de modo que fui arrastrándome y lo cogí. Recuerdo lo bien que sabía.

CAPÍTULO 9

Lo siguiente que recuerdo es un movimiento de bamboleo y un fuerte olor a humano. Cuando recuperé el sentido me encontré envuelto como un bebé indio en olor humano y varias capas sofocantes del tejido de lana. Aquello estaba muy oscuro y se movía mucho, y a mí me dolía todo el cuerpo. Dando zarpazos con las patas delanteras en la basta tela, logré sacar la cabeza al aire libre. Mientras me llenaba los pulmones, vi un cielo azul tramado de cables y enmarcado por la parte superior de los edificios. Tiré de otro pliegue, lo bajé, y pude ver los coches que nos pasaban por uno y otro lado. Volví la cabeza hacia atrás y pude ver el cielo de arriba del todo; seguí volviéndola y vi un ojo del mismo color del cielo claro. Me miraba directamente, mientras permanecía atento al tráfico.

Jerry Magoon respiraba con esfuerzo, por el pedaleo, y cada vez que exhalaba el aire se le levantaba el bigote. La bicicleta iba inclinándose a un lado y otro, y la cesta de alambre se mecía igual que una cuna. Yo apoyé la cabeza en la olorosa lana, que, luego lo supe, era el jersey de Jerry y, por tanto, a Jerry olía; y cerré los ojos. La espesura de la lana amortiguaba los baches del camino, pero no el dolor de mi pierna. Debajo de la cesta, la rueda delantera rechinaba. Me habría gustado decirle «adiós cremallera» a Jerry, pero me faltaban las fuerzas, y dudaba mucho de que me entendiera, además.

Y así fue cómo llegué a Cornhill por segunda vez. La primera lo hice en las onduladas aguas del seno materno, y ahora en los pliegues del jersey de Jerry. Iba en un cesto, igual que Moisés.

Cuando llegamos a Libros Pembroke, Jerry subió la bicicleta a la acera, con toda la suavidad que pudo, y la apoyó en el escaparate de la tienda. El enfurruñamiento de Shine nos alcanzó a través del cristal: con esa cara tan ancha que tenía, parecía un búho a punto de abatirse sobre nosotros. Ahí, mirándolo a hurtadillas desde mi lanoso escondrijo de la cesta, me hallaba más próximo a él de lo que nunca había estado, más cerca incluso que aquel infausto día en que nuestras miradas se encontraron por primera vez: llena de amor, la mía, llena... ¿de qué, la suya? Ahora, echando la vista atrás, más bien supongo que era de desprecio.

Jerry se limitó a no hacerle caso, como de costumbre.

Me levantó en una cunita de lana y entramos por el portal que había bajo el cartel de HABITACIONES. Empujando con el codo, abrió la puerta en cuyo cristal ponía DOCSOR LIEBERMAN - DENTISTA SIN DOLOR, y que se cerró con un suspiro cuando hubimos pasado. Dentro estaba oscuro y había un olor a fría humedad. Lenta y pesadamente, poniendo primero el pie derecho en el peldaño siguiente y luego alzando el izquierdo hasta quedar con ambos juntos, como hacen los niños pequeños, me subió en brazos los tres pisos de tenebrosas escaleras. El bigote se le levantaba y se le bajaba con la respiración, y paramos a descansar en los rellanos. Había varias puertas en cada piso. Todas eran marrones, excepto la del doctor Lieberman, que era verde, y todas tenían el dintel de cristal esmerilado.

El cuarto de Jerry estaba en el piso de arriba, al fondo. Sujetando el jersey a fuerza de torcer el codo, se metió la mano en el bolsillo. De él extrajo un puñado de cosas —una cartera de fósforos, monedas, un trozo de cordel blanco, unos cuantos cacahuetes, un tornillo metálico— y, cayéndosele la mitad al suelo, logró quedarse con una llave en la mano. Tenía los dedos gruesos y cortos. Descorrió la cerradura, empujó la puerta con el pie y entramos. Me colocó con mucho cuidado en la cama, retirando luego el brazo de debajo del gurrño de lana, para no someterme a ninguna sacudida, y dispuso el jersey de manera que me arropase por completo. Luego bajó el borde por uno de los lados, para que pudiese ver algo sin tener que levantar la cabeza.

El cuarto no era demasiado grande y, a primera vista, su principal función parecía ser el almacenamiento. Aparte de los muebles —una cama de hierro, un sillón de cuero tan rajado que

se le salía el relleno blanco, una cajonera con un espejo orientable en lo alto (donde alguien había dibujado, quizá con lápiz de labios, un rostro bigotudo de ojos exotrópicos, con la lengua fuera), estanterías hechas con baldas sin pintar sujetas entre bloques de hormigón, una mesa con el tablero de madera barnizado de blanco y los bordes astillados—, había cajas, de cartón y de madera, apiladas unas encima de otras, casi hasta el techo. En situación precaria, en lo alto del montón más alto, se columpiaba una carriola roja, como de niño, de los que se llevan a rastras tirando de una vara larga con agarradera metálica. Las costanas de la carriola tenían extensiones hechas con planchas de madera, en las que alguien había pintado a mano E. J. MAGOON, en grandes letras rojas y amarillas, como en un carromato circense. Unos minutos después Jerry subió su bicicleta y la añadió al montón de cosas. Nunca he visto a un humano vivir así, como una rata.

Abrió una puerta que había junto a la librería y se puso a hurgar en un armario, escarbando con las manos y refunfuñando y arrojando cosas al suelo, a su espalda: ropa, zapatos, un tocadiscos demolido en parte, una tostadora, buena cantidad de revistas *Life*, y más cajas. Me hizo pensar en un perro escarbando la tierra. Al otro lado de la librería había una especie de alcoba con un lavabo y una repisa. De ésta caía hasta el suelo un paño azul, que ocultaba, como luego supe, un cubo de la basura. Encima de la repisa, entre un revoltijo de utensilios de cocina y platos, había un hornillo de gas. La luz del día luchaba por introducirse en la habitación a través de los cristales grasientos de la única ventana, bastante grande, que tenía una persiana veneciana, pero no cortinas, y bajo la cual estaba un radiador que alguien —sin mucho éxito— había intentado pintar de color rojo.

Jerry acabó encontrando lo que buscaba en el armario: una caja de zapatos de la marca Florsheim, que abrió sobre la cama, vaciando el contenido a poca distancia de donde me tenía instalado a mí: cartas, sobres, unos cuantos naipes azules y rojos, con la palabra BICICLETA al dorso, y muchas fotos. En una vi del revés a un Jerry más joven, con el pelo negro y corto y un labio superior tan largo como el de Henry Miller. Se le veía sentado a una mesa cubierta de papeles. Lo habían interrumpido mientras escribía, estaba con la pluma en el aire, apuntando al papel, y miraba a la cámara con una sonrisa rígida en los labios. Tenía los dientes blancos. El de ahora, el viejo gris, también me sonreía, hablándome con suavidad y diciéndome que no me preocupara ni me asustara, y el bigote se le movía según iban asomándole por debajo las palabras. Tenía los dientes amarillos y largos, y le olía el aliento a tabaco y carne.

Colocó una toalla plegada —en la que decía HOTEL ROOSEVELT— en el fondo de la caja y con toda suavidad me puso encima, para a continuación depositar la caja en el suelo. La toalla era de rayas azules. No olía a Jerry. Siguió hablándome en el mismo tono suave y alegre —profundo y como lleno de arenilla— mientras buscaba algo en el frigorífico sin volver la cabeza.

—¿Qué es lo que te gusta a ti, jefe? —descargó—. ¿La leche?... La leche es buena.

Sacó una jarra con la tapa roja.

—¿Has probado alguna vez la mantequilla de cacahuete?

Se arrodilló junto a mi caja, con la enorme cabeza inclinada hacia mí.

Nunca había probado la mantequilla de cacahuetes. Ni la leche, si no contamos el extraño líquido que alguna vez logré sacarle a mamá. Jerry me puso la leche en la tapa de la jarra y un pegote de mantequilla de cacahuetes en un trozo de papel de estraza. La mantequilla de cacahuetes era lo mejor que había comido en mi vida. Se llamaba Skippy. Y la leche también estaba muy buena, tan fresquita y tan dulce. Jerry se quedó mirando, sonriente, mientras lamía la leche. Decía:

—Ñam, ñam, qué buena, bébetela toda.

Luego se puso a trajinar en el rincón. Hirvió arroz en una cazuela y después lo escurrió inclinando el recipiente encima del fregadero y levantando la tapa —protegiéndose la mano con una toalla— para dejar una rendija, por la que se vertió el agua. Del fregadero se alzó una nube

de vapor, que empañó la ventana. Se me quedó mirando y me dijo: «Kavum.»⁶ Se echó a reír, haciendo que se le moviera la arenilla de los pulmones. Añadió unos chisquetos de aceite de soja al arroz y lo revolvió. Apartó pilas de libros y papeles y platos sucios, despejando así un sitio en la mesa donde comer él. Se comió el arroz con cuchara, sujetando ésta con el puño cerrado, como los niños, y masticando muy despacito.

Tuve la esperanza de que me hablara un poco más, pero aquella noche no lo hizo.

Tras soltar todos los platos sucios en el fregadero —*kavum*—, se puso la chaqueta y se marchó y estuvo fuera tanto tiempo que cuando regresó la ciudad ya estaba casi muda, salvo una sirena de vez en cuando, o una bocina, o el fuerte ruido que hacía la palpitación de mi pata trasera; y se metió en la cama sin haber encendido la luz. Olía igual que mamá. Lo oía dormir, lenta y pesadamente, y lo oía reírse en sueños, y por la mañana pude comprobar que no se había quitado la ropa.

Y así empezó mi vida con Jerry Magoon, el segundo ser humano a quien amé. No pude moverme mucho durante los días siguientes, y el dolor no me dejaba dormir. Yacía en mi caja, sin moverme, y les ponía nombres a las cosas. A la mesa, siempre sobrecargada de objetos, le puse el Camello. Mi caja era el Hotel. La ventana se trocó en la *Fontaine lumineuse*, y el sillón de cuero pasó a llamarse Stanley. Ponía nombres a las cosas y observaba a Jerry. Seguía con los ojos todos sus movimientos diurnos, y por la noche acechaba su respiración.

Por el modo en que había plegado mi toalla, en la parte de arriba quedaba VELT, y lo que yo veía estando allí tendido, con un ojo cerrado y el otro entornado, contra la felpa, tras las onduladas colinas de su vellosa superficie, era una vasta sabana que se extendía ante mí, desde la enorme T de delante, parecida a un gigantesco baobab sin hojas, hasta la pequeña V que se desvanecía en la distancia. Durante aquellos días iniciales, cada vez que Jerry salía yo me quedaba muy quieto, mirando cómo brincaban las gacelas sobre la E y cómo las jirafas se rascaban la nudosa cabeza contra la L. Podía estar así horas y horas. Y cuando, por fin, oía la llave de Jerry en la cerradura y levantaba la cabeza de la toalla, los pobres animales, asustados, echaban a volar en todas direcciones, como pájaros, y sus apagados gritos iban alejándose por la herbosa pradera. Era triste y hermoso. Me pareció entonces que, a fin de cuentas, prefería ser una gacela saltando y brincando por encima de la E a ser un humano; y que me habría gustado más tener las patas largas que tener barbilla.

Mi pierna curó con bastante rapidez, y al cabo de una semana ya podía apoyarme en ella otra vez. Pasados unos cuantos días más dejó prácticamente de dolerme, pero siguió torcida, y desde entonces ando cojo. *Cojo* es una palabra muy rotunda: dice lo que tiene que decir, sin más. Nunca fui muy deportista, y la verdad es que no me importó quedarme así de tullido. Me parece, incluso, que la cojera me prestaba un toque de distinción. Me habría gustado añadir un bastoncito y unas gafas oscuras. Siempre he sentido muy próximas las palabras *donaire* y *gallardía*. Me habría encantado dejarme una pequeña perilla negra.

Jerry me estuvo llamando «jefe» una temporada, lo cual estaba muy lejos de gustarme; luego probó con Gustav y Ben, y al final optó por Ernie. La importancia de llamarse Ernesto. Ernest Hemingway. Ernie. Me suministraba toda la mantequilla de cacahuetes y toda la leche que quería, y me ofrecía trocitos de tostada a la hora del desayuno, o cualquier otra cosa que estuviera comiendo él y que le pareciera que podía apetecerme, como arroz —que él mismo preparaba—, o maíz dulce que iba sacando de una lata. Descubrimos que a las ratas no nos encantan los encurtidos.

Pasaba mucho tiempo fuera, una veces durante el día, otras durante la noche, otras en la biblioteca pública de la plaza Copley y otras en el bar de Flood, que estaba a la vuelta de la esquina; pero su paradero, las más de las veces, me era desconocido. Siempre se ponía un traje azul oscuro para salir. Tenía dos exactamente iguales. Los lavaba él mismo en el fregadero y luego los ponía a secar en la salida de incendios o encima del radiador, pero jamás les pasaba la

⁶ Es un plato de Sri Lanka, a base arroz (*N. del T.*)

plancha. Y siempre llevaba corbata, también, que no le quedaba en su sitio. Nunca deshacía el nudo: se metía la corbata por la cabeza y la dejaba ahí, colgando del cuello, como una sogá de ahorcado. Siempre parecía recién salido de una buena parranda, y yo, si tuviera que resumir en una sola palabra el aspecto que ofrecía al mundo, escogería *estropeado*.

Cuando pude salir del Hotel y andar a la pata coja por ahí, Jerry no puso objeción alguna. Era un espanto lo mal que llevaba la casa, y todo lo que yo hiciera le parecía bien, incluso tironearle de las tripas al sillón llamado Stanley, lo cual me encantaba, y meterme en los muelles, pero nunca puse a prueba a Jerry fisgando en sus efectos personales cuando él estaba delante. Eso sí: una vez recuperadas las cuatro patas, aprovechaba sus largas ausencias para olisquear hasta el último rincón de aquel sitio, empezando por la biblioteca. Nunca he estado en casa de nadie, de manera que no sé cuántos libros es normal tener. Habiendo pasado por Libros Pembroke, claro está que cualquier cantidad se me antojaba pequeña. Calculo que Jerry tendría unos doscientos. Me complació ver *Retrato del artista adolescente* y el *Ulises*, aunque, lamentablemente, el Gran Libro brillaba por su ausencia —lamentablemente, digo, porque nunca pude recuperar las páginas que Fio había arrancado y yo, sin saber lo que hacía, me comí—. Además de los libros, en el estante inferior había una larga hilera de cuadernos como los que Jerry utilizaba para escribir. A pesar de que normalmente soy bastante cotilla, no me pareció correcto meter la nariz en ellos, pero la tentación era terrible. Sí que leí los libros, sin embargo: muchos de ellos no los conocía. Empecé por abajo, a la izquierda, y fui subiendo, y no pasó mucho tiempo sin que me pillara *in fraganti*.

Acababa de descubrir a Terry Southern y tenía su novela *Candy* abierta en el suelo. Era uno de esos libros de bolsillo encolados que siempre están intentando cerrarse, como si fueran almejas, y lo estaba sujetando con ambas patas delanteras. El argumento era muy estimulante. Estaba en el momento en que Candy hace el amor con el enano, y la lectura me absorbía de tal manera —no podía escapárseme la similitud entre esa situación y la que yo pretendía mantener con los humanos— que ya era demasiado tarde cuando me di cuenta de que sonaban los pasos de Jerry en la escalera. La puerta no debía de tener echada la llave, porque, de pronto, ahí estaba, en el umbral, respirando pesadamente, con una bolsa de compra en una mano y la llave en la otra. Me dio un auténtico susto. Él, por su parte, quedó tan sorprendido, que permaneció inmóvil por un momento, apuntándome con la llave como con una pistola. Como, por así decirlo, me había pillado con las manos en la masa, lo único que me quedaba era tirar por la calle de en medio. De modo que me limité a volver la página y seguir leyendo. Me daba miedo que se enfadara conmigo por haber arrastrado el libro hasta el suelo, pero el caso es que el asunto le pareció tremendamente divertido. De hecho, nada más superar la sorpresa inicial se echó a reír a carcajadas, algo que no le ocurría muy a menudo, lanzando una gran cantidad de arenilla contra el techo. A partir de aquel momento ya no me abstuve, cuando me aburría, de sacar un libro y abrirlo en el suelo, ahí, delante de Jerry. Hasta el final estuvo convencido, me parece a mí, de que no leía de verdad, que estaba haciendo el paripé.

CAPÍTULO 10

No saltaba a la vista, ni mucho menos, pero Jerry podía ser muy concienzudo y muy parsimonioso, estando sobrio. Le gustaba pescar en la basura cosas viejas y estropeadas, para arreglarlas: tostadoras y tocadiscos y cosas por el estilo. Unas veces lo lograba y otras no. Si no lo lograba, el objeto volvía a la basura; si lo lograba, la nueva adquisición se añadía al batiburrillo del armario. Podía pasarse la mitad del día desmontando algún artefacto, con alicates, destornilladores y rollos de cinta adhesiva, y hablando sin parar consigo mismo («Ahora, este cable tiene que ir aquí, esto es el termostato, y esto es el resorte, vale, y está roto por aquí») y volviéndolo a montar luego. Tenía tan mala vista que no le quedaba más remedio que trabajar con la nariz pegada a la mesa, y, por la acción combinada de los malos ojos y los dedos gruesos, solían caérsele piezas pequeñas al suelo. Me encantaba cuando se ponía a cuatro patas, buscándolas. Me recordaba a un oso. Supongo que podría haberle ayudado a localizarlas, pero nunca lo hice. Y era divertido verlo inclinado sobre su tarea, con ese ojo suyo tan grande y tan exotrópico mirando hacia fuera. Parecía un niño a quien acabaran de pillar haciendo alguna fechoría. Y, luego, cada vez que conseguía devolver la vida a algún cacharro moribundo se ponía tan contento que empezaba a brincar por toda la habitación, carcajeándose o riéndose entre dientes. *Reparando el mundo: Una lucha mecánica.* Al verlo así me venían ganas de ponerle al lado la palabra *esplendor*. Despedía fulgores de alegría, que llenaban la habitación entera y que yo también podía respirar a grandes bocanadas. Cuando ya tenía cuatro o cinco de esos objetos arrumbados en el armario y en perfecto estado de funcionamiento, los cargaba en la carriola roja y se los llevaba a algún sitio. Luego supe que se los regalaba a la gente, por la calle.

Un día, cuando llevaba un mes viviendo con él, más o menos, Jerry se presentó en casa con un piano de juguete que había recogido de la basura. Era blanco, tenía tres patitas y venía con banqueta y todo. Era exactamente igual que un piano de verdad, salvo por el menor número de teclas, algunas de las cuales, además, no funcionaban: no emitían ruido alguno, o sólo un apagado *toe* carente de toda musicalidad. Tras golpear varias de las teclas *toe*, Jerry se sentó a la mesa llamada Camello y desmontó el pianito pieza por pieza. Estuvo trabajando en él, y charlando consigo conmigo, durante horas, y al final se salió con la suya, porque las teclas volvieron a funcionar, casi todas. A continuación se pasó un par de horas sentado en el sillón con el pequeño instrumento en el regazo, tecleando musiquillas con dos dedos: «Streets of Laredo» y «Swanee River». Luego lo puso en el suelo y me permitió jugar con él. Me encantaba ese piano, y él lo sabía, de manera que nunca lo regaló. Lo que más me gustaba tocar era Colé Porter y Gershwin. Y sentado en la banqueta, balanceándome al compás, era igualito que Fred Astaire, y también cantaba como él. Sí, ya sé que esto último sólo era verdad desde cierto punto de vista, y que lo único que oía Jerry eran chillidos de rata en tono agudo. Pero, a pesar de eso, le gustaba oírme. La primera vez que toqué y canté para él se rió de tal modo que las lágrimas le corrían por las mejillas abajo. Habría preferido algo que no fueran risas, pero tampoco me importó demasiado.

Jerry fue el primer escritor verdadero que conocí, y debo confesar que, a pesar de su bondad, me decepcionó. Como ya he dicho, yo, por aquel entonces, seguía siendo muy burgués, y Jerry no llevaba, de ninguna manera, la vida que según mis normas habría tenido que llevar. Para empezar, todo resultaba más solitario de lo que yo había imaginado nunca. Bueno, no más solitario de lo que yo había imaginado nunca, ni más solitario de lo que yo conocía por experiencia propia, pero sí más solitario de lo que debía ser la vida de un verdadero escritor. Sólo tres veces llamó alguien a nuestra puerta en todos los meses que duró nuestra vida en común. Yo siempre había imaginado que un verdadero escritor —como yo, en mis sueños— dedicaría gran parte de su tiempo a estar instalado en los cafés, sosteniendo ingeniosas charlas con gente

chispeante y que de vez en cuando regresaría a casa con una chica de larga cabellera negra, a quien pondría en la puerta a la mañana siguiente, para reanudar su trabajo: «Lo siento, muñeca, tengo un libro que escribir.» Lo imaginaba encerrado en su cuarto durante días, bebiendo litros de whisky en un vaso de Woolworth y tecleando en su Underwood hasta altas horas de la madrugada. Nunca iba bien afeitado, pero tampoco pasaba de una barba de dos días. Había cierta amargura escondida en las comisuras de su boca, y sus ojos tristes traicionaban un irónico *je ne sais quoi*. Jerry sólo se ajustaba a esta descripción —muy remotamente— en lo que se refiere al whisky. Yo ignoraba dónde iba cuando me dejaba solo por las noches, pero nunca se trajo a casa a ninguna persona interesante. Lo único que traía a casa eran carteritas de fósforos del bar Flood, que estaba dos puertas más abajo. Y no parecía tener amigos, ni siquiera de los aburridos. A no ser, claro, que incluyéramos en el cómputo a los meros conocidos, como Shine y la gente que lo tenía calificado de personaje callejero. Todo el barrio conocía a Jerry Magoon en tales términos. En ese sentido, era casi famoso.

Tampoco era que pasase mucho tiempo escribiendo, si por escribir entendemos ir poniendo palabras sobre un papel: una hora diaria, como mucho. Para escribir, en el sentido físico de la palabra, se sentaba a la mesa de tablero esmaltado, la misma que utilizaba para comer y para trabajar en sus reparaciones de objetos diversos. Siempre estaba abarrotada de cosas —papeles, libros, platos sucios, ropa, casi siempre un paraguas, y fragmentos varios de los objetos de cuyo arreglo estuviera ocupándose en aquel momento—, y lo que hacía era apartar unas cuantas para despejar un espacio en que escribir. Escribía a lápiz, en cuadernos escolares de los de tapa jaspeada de blanco y negro y una etiqueta blanca en medio, con dos líneas de puntos suspensivos para poner el Nombre y el Tema. El cuaderno en el que estuvo escribiendo durante toda mi permanencia en aquella casa era *La última gran oportunidad*. El Tema estaba en blanco.

Jerry hablaba entre dientes y tarareaba mientras escribía. El tarareo era un mero sonsonete agudo y lo que decía entre dientes apenas pasaba de bisbiseo. Sonaba a alguien rezando en una habitación distante: tenía un aura de significado y, sin embargo, era imposible sacar una sola palabra en limpio. Hablaba entre dientes incluso sin estar sentado a la mesa, escribiendo. De hecho, salvo cuando se dirigía verdaderamente a alguien en persona, siempre estaba hablando entre dientes. Pensé que quizá estuviera escribiendo sus libros mentalmente, igual que hacía yo. Esta idea me resultaba estimulante, y fue en aquella época cuando empecé a tomarme en serio mi propia escritura.

Jerry, a veces, se pasaba un pelín bebiendo, y luego, al volver a casa, tropezaba con los muebles y se metía en la cama y se quedaba dormido con la ropa puesta. En algunas ocasiones lo oía levantarse y quitársela. De todas formas, por las noches siempre se levantaba a orinar en el fregadero. Y de pascuas a ramos se corría unas juergas de tomo y lomo. Estos casos se daban invariablemente al final de algún periodo melancólico —periodos que se producían con precisión de mecanismo relojero—, y siempre daba la impresión de que le sentaban estupendamente. No me importaba que bebiese —¿cómo iba a importarme, dados mis antecedentes familiares?—, pero detestaba con todas mis fuerzas los periodos melancólicos. Toda su desesperación soterrada, toda la tristeza y la desesperanza que se encuentran en sus libros, afloraban a la superficie de su vida, burbujeaban ante sus ojos y cubrían su rostro como un velo. Durante aquellos periodos lo único que hacía era permanecer sentado en el gran sillón de cuero, escudriñando la pared, prácticamente catatónico.

Incluso dejaba de comer y, para mi mal, también de ocuparse de mí a ese respecto. Lo cual me inquietaba considerablemente. Y me hacía sentirme un inútil. Como seguramente ya habrá usted adivinado, yo también padezco de un carácter bastante depresivo, y me conozco al dedillo las diecisiete variedades de la depresión, de manera que aunque hubiera sido capaz de hablar no habría podido decirle nada a Jerry que le levantara el ánimo. Cuando alguien está desesperado y te cuenta lo frío y despiadado que es el mundo y el sacrificio que implica seguir adelante con la vida, sabiendo que no tiene sentido, y te dice lo solo que se encuentra, y resulta que tú estás de acuerdo con él en todo, el caso es que la posición en que quedas no es muy airosa. Estos

episodios le venían a durar un par de días, y yo nunca renuncié al intento de contribuir a que los superara. Hacía de todo por divertirlo —cantaba, tocaba el *boogie-woogie* al piano, hacía visajes, montaba el numerito de la rata epiléptica, todo lo que en mejores momentos solía provocarle grandes risotadas—, pero él no parecía enterarse. Luego, con la misma regularidad con que amanece el sol, pasados tres o cuatro días se levantaba de pronto del sillón, se echaba agua fría en la cara, se ponía la corbata y la chaqueta y se iba sin decir una palabra.

Al principio, esas extemporáneas salidas me dejaban aterrorizado. Temía que Jerry fuese en busca de algún edificio alto, o quizá de algún puente sobre aguas gélidas. A veces me ponía en el papel de Ginger y salía en su búsqueda. Siempre lo encontraba antes de que fuera demasiado tarde, las más de las veces en algún cuchitril de la zona portuaria, sentado a solas, mirando cómo se iba derritiendo el hielo de su whisky. Yo, tímidamente, le tiraba de la manga: «Vuelve a casa, Jerry, por favor.» Él apartaba el brazo y me daba la espalda, muy enfadado. «Por favor, Jerry, vuelve a casa: te necesito.» Y al final siempre lograba convencerlo. Me encantaba el modo en que nos miraban los parroquianos del bar y la pena que les dábamos. En la vida real, claro, yo ahí seguía, en casa, preocupadísimo. Se tiraba una noche fuera, tal vez dos, y luego volvía con una pinta horrible y se derrumbaba en la cama y se pasaba un buen rato durmiendo. Y al despertarse volvía a ser el de siempre. Por decirlo en términos psicológicos, las borracheras son mucho más útiles de lo que la gente piensa.

Una mañana, cuando sólo llevaba dos o tres días allí y seguía confinado en el Hotel, me desperté sobresaltado por un enorme alboroto. Asomé la nariz por encima del borde de la caja y me sorprendió ver a Jerry con los brazos en torno al gran sillón de cuero. Entre gruñidos y jadeos, intentaba encajarlo en el hueco de la ventana. Al principio pensé que estaba tirando al viejo Stanley, y me preparé para oír cómo se estrellaba con estrépito contra el suelo. Pero, de hecho, lo que pretendía era sacarlo a la escalera de incendios, que era metálica, y cuando lo tuvo allí se encaramó en él, con una taza de café en una mano y la revista *Life* en la otra. En la portada decía «Cómo sobrevivir a una fuga radioactiva». Resultó que a veces, cuando hacía bueno, se sentaba ahí a tomar el fresco, leyendo el periódico o echando una cabezadita. A veces se quitaba la camisa para tomar el sol. Tenía en el pecho una mata de pelo gris y rizado que le bajaba en uve hasta el ombligo, y en el bíceps izquierdo lucía una rosa tatuada, con algo escrito debajo en color azul, pero tan deslavazado, que ya resultaba imposible leerlo. Creo que ponía «Para siempre», pero también podría haber sido «septiembre» o «la sierpe». Cuando instalaba el sillón en la escalera de incendios, ésta se convertía, a su decir, en un balcón, parecido al que yo tenía, sólo que desde el suyo lo único que se veía era la parte trasera de unos cuantos edificios, el callejón de abajo y buena cantidad de cubos de basura muy abollados. Y el cielo, claro. El ayuntamiento había dejado de reponer las bombillas del alumbrado público cuando se fundían, y todas fueron quedando eliminadas, hasta que el barrio se volvió tan oscuro que por las noches, desde el Balcón, veíamos las estrellas del firmamento. Fueron mis primeras estrellas. Decían lo mismo que el brazo de Jerry: «Para siempre.»

Lo del sillón en la escalera de incendios fue también causa de la primera llamada a la puerta que nos hicieron. Eran los bomberos, uno pequeñito, de uniforme, y otro grande, con una camisa blanca, despechugado. El grande tenía pelo en el pecho, igual que Jerry, sólo que el suyo era negro. Le dijo a Jerry que el sillón obstaculizaba una salida de emergencia. Era, dicho en sus términos, un peligro para la seguridad. Jerry discutió un poco, diciendo que si había un incendio podía saltar por encima del sillón, ¿quieren ustedes ver cómo lo hago? No quisieron, y les molestó mucho que Jerry porfiara, y le dijeron que hiciera el puñetero favor de quitar de la escalera de incendios el jodido sillón. De manera que Jerry se puso de nuevo a luchar con el mueble y consiguió devolverlo al interior del cuarto, rugiendo y gruñendo como un oso. Tardó dos días en volverlo a sacar. Era lo que él llamaba enfrentarse al sistema.

Cuando por fin se me curó la pierna, me puse a explorar en serio, buscando una salida. Aquella casa era muy agradable, pero no dejaba de ser una cárcel. Y al cabo de unas pocas semanas ya empezaba a echar de menos la librería, el ajeteo de los sábados de mucho público, incluso las

espantosas expediciones nocturnas a la plaza; aunque, desde luego, lo que más echaba en falta era el Rialto, con sus Beldades. Jerry tenía un par de ejemplares de una revista llamada *Peep Show*, y me gustaba mirarlos, con sus coloridas fotos de Beldades casi desnudas, unas veces a cuatro patas, otras no. En muchas ocasiones disponían de pieles en que tenderse, pero no era lo mismo que en las películas.

Al principio pensé que aquel cuarto no tenía salida, que me resultaría imposible evadirme. La rendija inferior de la puerta era demasiado estrecha, y sí, seguramente habría podido huir por la escalera de incendios, pero luego me habría resultado imposible trepar por ella para volver, y no tenía ninguna gana de marcharme del todo. Claro está, habría podido escabullirme aprovechando un momento en que Jerry abriera la puerta —era más rápido que él hasta con una pata estropeada—, pero no era eso lo que quería. No quería portarme mal con Jerry. Lo que quería era saber que podía salir y entrar cuando quisiera, tener una sensación de plena libertad. Y, además, como ya había leído todos los libros de la casa no menos de un par de veces, la cosa se ponía bastante aburrida durante las ausencias de Jerry: un montón de tardes vacías y noches solitarias. De mis lecturas había extraído la conclusión de que estando aburrido puede uno hacer cosas terribles, cosas que siempre cuestan algún grave disgusto. De hecho, si las hace uno es precisamente para eso, para llevarse un disgusto, y dejar así de aburrirse.

Cerca estaba de ello cuando empecé a trabajar en el Agujero Grande. Con el tiempo he llegado a saber mucho de agujeros —su más probable localización: enchufes mal encajados, zócalos sueltos, las cañerías, cuando las han instalado a través de las paredes o del suelo—, y una paciente indagación, palmo a palmo, me había convencido de que en los cuarteles de Jerry no había nada parecido. El único agujero de buena calidad, si *calidad* es la palabra, era una pequeña grieta que había alrededor del tubo de desagüe del fregadero, suficientemente ancho para un ratón gordo, quizá, si se apretaba un poco, pero no para una rata, por flaca que estuviera. Pero, en mi calidad de heredero y estudioso de quienes excavaron Pembroke, no caí en el desaliento, y un día, hallándose Jerry ausente, me puse a la tarea de convertir la pequeña grieta en una grieta grande. Lo llamé Construcción del Gran Agujero. No fue difícil, en realidad. Años y años de humedad habían esponjado la madera, haciéndola eminentemente roíble, y en dos cortos días tuve el agujero terminado, con los bordes muy bien suavizados y las esquinas redondeadas.

Mientras esperaba el momento de utilizarlo, a duras penas lograba controlar mi excitación. Recorría la habitación como un loco, sacaba libros y los dejaba abiertos en el suelo —no lograba concentrarme en las palabras—, o roía distraídamente, y con ruido, los bordes de mi caja. En un momento determinado, Jerry tiró al suelo el periódico que estaba leyendo y me gritó: «¡Joder, Ernie!, ¿puedes estarte quieto un puñetero minuto?» Afortunadamente para nuestra relación, esa misma tarde, algo después, se levantó, se metió la corbata por la cabeza y se marchó. Tan pronto como oí que el portal se abría y luego se cerraba tras él, me bajé. No me gustaba nada tener que engañarlo así, pero ¿cómo iba a explicárselo? Si hubiera podido escribir, le habría dejado una notita: «Querido Jerry: He abierto un agujero en el suelo, a mordiscos, y he salido a darme un garbeo.

Perdóname y no te preocupes. Con cariño, Ernie.» quizá habría firmado: «tu Ernie».

Bajo el suelo me encontré con los habituales cañones polvorientos entre las vigas, pero ninguna señal —ni marcas de dientes, ni túneles— de que mis antepasados se hubieran aventurado tan lejos. Bajé por el tubo de desagüe a través del suelo hasta donde conectaba con una cañería mucho más ancha, que subía por un conducto oscuro, desde muy abajo. Hice caer un trozo suelto de yeso por el orificio y lo oí rebotar en las paredes del conducto, hasta que se hizo el silencio, tras una larga caída. Supuse que serían el mismo conducto y la misma cañería negra que yo había utilizado para salir del sótano, aquel infausto día, poco tiempo antes. Desde entonces había aprendido bastante de fontanería, gracias a todos los libros que había leído de los etiquetados REFORMAS DE LA CASA. Sabía, por ejemplo, que la cañería negra era el conducto principal de desagüe, en el que descargaban todos los lavabos, fregaderos y váteres del edificio (por eso mismo era tan grande), y que estaba conectado por arriba a un pequeño tubo de aireación que

había en el tejado, para impedir que se hiciera el vacío en la cañería cuando alguien tiraba de la cadena. Me encantaba saber cosas así, aunque la verdad es que saber cómo funciona un váter no es lo mismo que accionarlo: tirar de la cadena tenía que ser un placer inenarrable. *Las secas atarjeas de la mente: Fantasías de un fontanero de sillón.*

Bauticé este conducto central con el nombre de Ascensor. Bajé directamente al sótano de Libros Pembroke, con paradas en cada piso. Esta vez, subir y bajar por el conducto me resultó bastante difícil, mucho más que en todas las escaladas anteriores, y no sólo por culpa de la pata lisiada. Ojalá hubiera sido sólo la pata. Tenía que hacer frecuentes pausas para recuperar el aliento y ya no era capaz de colgarme de las patas delanteras igual que antes.

La primera vez que bajé hice alto en el segundo piso, es decir en la consulta del dentista. Tenía dos espacios, una sala de espera y un cuarto de taladros. Las paredes eran blancas y el suelo de linóleo, suave y aceitoso, olía a periódico mojado. En el centro del cuarto de taladros se alzaba un enorme sillón montado sobre un pedestal de acero, con los instrumentos de perforación al lado, colgando de una percha. No había nada comestible en ninguna de las dos habitaciones, ni nada que leer tampoco, si quitamos un folleto sobre las caries dentales, con ilustraciones a todo color de dientes podridos. Me pasé la lengua por los dientes delanteros: ningún problema. Siglos después de mi muerte, un miembro de un equipo de arqueólogos —¿seguirá habiendo arqueólogos dentro de tanto tiempo?— descubrirá mis dientes amarillos y largos y dirá: «Mira esto, Joe, sin caries.» Igual que el muchachito del folleto, que dice, sonriendo de oreja a oreja: «Mira, mamá, sin caries.» Mira, mamá, sin caries. Ay, Fio, tan rara como era, Fio, tenía sus cosas, cosas que ahora se le antojan a uno estupendas, ese modo de andar tan peculiar, los magníficos ronquidos, la leche de extraño sabor. No tendré cavidades dentales, pero sí memoria, corroída, cariada. Veo que ya no se ríe usted de mis chistes. ¿Dónde están las risas de antaño?

Tras haberme franqueado el acceso al Ascensor, adquirí el hábito de dejarme caer por la librería cada vez que Jerry se ausentaba. Incluso volvía a frecuentar el Rialto. De hecho, era el único establecimiento del barrio cuya clientela había aumentado. Supongo que con tanto cierre de locales y tantos escaparates clausurados, la gente no tenía muchas opciones, y se metía en el cine. Había veces en que Jerry volvía a casa antes que yo. No le pasaba inadvertido que estaba haciendo viajecitos por mi cuenta, pero estaba claro que no le molestaba. Me trataba como a un igual. Asomaba yo por el agujero y Jerry, sentado a la mesa, giraba el cuerpo y me decía: «Hola, Ernie, ¿qué tal el paseo?» Me rompía el corazón no poder contestarle: «Hola, Jerry, muy bien.»

Ahora que tenía de nuevo a mi alcance la librería, a menudo me situaba en mis observatorios de siempre, durante el día, y miraba desde el Globo, o desde el Balcón, siempre con muchísimo tiento, escondido, asomando solamente un ojo y la punta de la nariz, y a veces me pasaba noches enteras en el local, leyendo. La librería ya no era un sitio tan lleno de felicidad como antes me parecía. Se cernía sobre ella un aire de derrota, y también una deprimente capa de polvo real. Shine, evidentemente, no había utilizado mucho su plumero en los últimos tiempos. Ni limpiaba el polvo ni silbaba, y tenía unas enormes bolsas, como moratones, bajo los ojos. Tampoco había, ni de lejos, tantos clientes como antaño. La gente había dejado de venir a esta parte de la ciudad. Supongo que en sus cabezas ya había desaparecido.

CAPÍTULO 11

Era una hermosa mañana de septiembre cuando Jerry me llevó al parque Common por primera vez. Recién concluido nuestro desayuno habitual de tostadas y café cargado, Jerry se levantó a recoger la carriola roja de lo alto del montículo de cajas. Supuse que la cargaría con la sandwichera para gofres y tostadas que llevaba semanas en el armario, pero lo que hizo fue bajar la caja más alta del montón, colocarla en el suelo y empezar a sacar libros de ella para apilarlos encima de la carriola. Pude ver la cubierta roja y amarilla de *El nido*, con los colmillos de la rata gigante chorreando sangre; pero también había muchos ejemplares de otro libro, éste de cubierta lisa, de cartóné, y con las páginas a punto de desprenderse. Cargó un montón de cada y a continuación levantó del suelo la carriola, con los libros encima —era muy fuerte— y oí sus pasos resonar en la escalera. Estaba yo a punto de coger el Ascensor y bajarme a ver qué había de nuevo en Libros Pembroke, cuando oí las pisadas de Jerry, que volvía a subir por la escalera: «Vente conmigo, Ernie», dijo. Se agachó y me puso en la palma de su mano. Luego me subió al hombro; y, ahí colgado, como en una percha, agarrándome con una mano de un rizo suelto, me encontré en la acera, en lo alto de Jerry.

Ya me había llevado otras veces en el hombro, por la casa, y me encantaba. Él hacía de camello y yo de Lawrence de Arabia. La primera vez que me puso ahí, naturalmente, aproveché la ocasión para investigar sus aladares. Tras aquella mala experiencia con Norman Shine, prefería no dar nada por seguro. Pero toqueteando por debajo del pelo no encontré arrugas en forma de media luna, sino una tranquilizadora superficie plana algo escamosa, por la caspa, de modo que junto al retrato de Jerry añadí las anotaciones *honrado* y *bondadoso*.

Puesto de rodillas junto a la carriola, Jerry fue apilando los libros con los títulos hacia arriba. Yo me subí al montón más alto y él tiró de la carriola, de los libros y de mí, a la cálida luz del sol, por toda la calle Tremont, hasta llegar al parque Common; y así fue cómo volví a establecer contacto, dentro del sector editorial, con la venta de libros.

Antes, sólo una vez había visto el mundo humano a la luz del día, a pleno sol: los altos edificios y los frondosos árboles y las flores abigarradas y la gente pasando; y estuve a punto de perder la razón, de puro miedo. Esta vez, montado en la carriola de Jerry, no sentía miedo alguno y hasta era capaz de mirar a la gente a la cara, o de contemplar los árboles, o de experimentar ese sentimiento que denominan, creo, alegría. Formulé «un hermoso mundo» y lo dejé elevarse en flotación hacia el cielo azul, ondeando como una oriflama. Ni que decir tiene que en todo ello también había envidia: un sabor en la boca, amargo como la bilis —no era *mi* mundo, a fin de cuentas—, pero me lo tragué. La gente se nos quedaba mirando al pasar, sobre todo a mí, y yo les devolvía la mirada con mis negros ojos, que no pestañean.

Nos instalamos cerca de la estación de metro de la calle Park. Jerry colocó contra la carriola un cartón con un rótulo escrito a mano: VENTA DE LIBROS NUEVOS FIRMADOS POR EL AUTOR. Yo, claro, tenía considerable experiencia en este tipo de promoción y, si alguien me hubiera pedido consejo (¡ojalá hubiera ello entrado dentro de lo posible!), habría sugerido —con mucho tacto y sin querer hacerme el enteradillo— que nos pusiéramos en movimiento y abordáramos a la gente. Habría dicho: «Chico, Jerry, hay que plantarles la mercancía delante de las napias, hay que conseguir que suelten la pasta nada más que por quitársete de encima.» Habría sido como un abuelo de película, aconsejando a un chico que da sus primeros pasos por este mundo (desde aquí lo veo, al abuelete, con su mandíbula escasa y su pelo liso peinado hacia atrás). Pero Jerry no era de los que poseen mucha iniciativa. Como hombre de negocios era un verdadero espanto. Lo único que hizo fue estar ahí sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de la estación, fumándose un cigarrillo detrás de otro y esperando que la gente acudiera a él. No conseguimos muchos clientes, así.

Por la tarde, a la salida de los colegios, pasaron unos cuantos chicos mayores por la acera de enfrente de la calle Park, y la banda entera se puso a cantarnos: «Magoona, Magoona, el hombre de la luna», una y otra vez. Jerry poseía una gran capacidad de control de sí mismo: ni una sola vez miró a los chicos, ni dio la impresión de haberlos oído. También pasaron por nuestro lado varios chicos más pequeños. Se acercaron por mí, se arrodillaron junto a la carriola y me hablaron como a un bebé, tratando de que les hiciera alguna monería. Un pequeño cretino me enseñó un lápiz y me dijo: «Muerde, rata, muerde.» Eso, un chico que seguramente no sabía hacer la o con un canuto. De lo más humillante.

Allí nos tiramos la mayor parte del día, dejando atrás la hora de mayor tráfico, y así pude asistir al espectáculo de la luz cambiante en los árboles, y hubo personas que hasta compraron libros, aunque las más de las veces sólo se paraban a charlar un rato. Casi todos los conversadores eran parecidos a Jerry, gente obviamente sin dinero para comprar libros. Parloteaban, cotilleaban de conocidos comunes, y hacían chistes sobre andar por ahí sin una monedita en el bolsillo. Se llamaban «tío», unos a otros. Todos manifestaban un gran interés en mí, y dos de ellos le preguntaron a Jerry si yo estaba amaestrado, y él les contestó, a ambos: «No, tío, no está amaestrado; esta *civilizado*.» Y luego uno de ellos —Gregory se llamaba— me miró al marcharse y me dijo, en un tono muy informal, como si tal cosa: «Hasta luego, tío.» Me dejó anonadado.

Casi nunca llamaba nadie a la puerta de Jerry, pero el caso era que conocía a bastante gente amistosa, que lo saludaba al pasar —«¿Cómo va todo, Jerry?» «¿Qué, Jerry, dando una vueltecita?»—, incluidos algunos policías. Cuando se está solo, no viene mal un poco de chifladura, sin pasarse. En todo caso, a esa norma me atengo yo. Y, al final, Jerry vendió unos cuantos ejemplares de *El nido*. Creo que a la gente le gustaba el colorido de la rata gigante. Cada vez que alguien adquiría el libro, Jerry, además de firmarlo, le entregaba al comprador, de propina, un ejemplar del otro libro, con una tarjeta suya. La tarjeta decía:

E. J. Magoon

«El hombre más listo del mundo»

Extraordinario Artista Extraterrestre

Y así firmaba también los libros. Extraordinario Artista Extraterrestre. A la gente parecía encantarle. No a todo el mundo, claro, no a los verdaderos burgueses. Entre éstos, los de traje y maletín, los había que se quedaban mirando a Jerry de soslayo y sonreían burlescamente. Comentaban cosas entre ellos y se reían. Tenían buenos dientes. Pero cada vez que los ojos de alguno de ellos se posaban en los míos, yo les devolvía una mirada de acero, tan llena de desprecio, que no la soportaban. Así les borraba la sonrisita de la lampiña cara.

De vez en cuando había alguien que se paraba a discutir con Jerry, tratando de demostrarle que era tonto. No soportaban la idea de que aquel tío desgreñado, con su carriola, fuera el hombre más listo del mundo. De manera que le decían: «Siendo el hombre más listo del mundo, ¿cómo es que estás en la calle vendiendo libros?», y otras idioteces burguesas de la misma índole. Jerry, sin embargo, nunca se enfadaba. Con gran paciencia, les explicaba que él en realidad era rico, porque era libre, porque no era un esclavo del salario y no se rompía el culo ocho horas al día en algún trabajo carente de todo significado. Nunca levantaba la voz, prestaba atención cuando el otro le hablaba, y a veces, al cabo de un rato, ambos acababan teniendo una conversación seria sobre algo interesante, y se notaba que Jerry empezaba a caerle bien a su oponente. Algunos llegaban a contarle lo desdichados que eran, con sus trabajos estúpidos y sus matrimonios desgraciados; y no pocas veces acababan comprándole un libro. Con la esperanza, supongo, de que su lectura les alegrase un poco la vida.

La otra novela de Jerry no tenía una cubierta de colores. En realidad, no era más que un taco de

páginas sueltas que él mismo había mandado imprimir en un pequeño establecimiento de la plaza. Para convertir las páginas sueltas en libro, las había metido entre dos hojas de cartulina marrón, les había hecho unos cuantos agujeros y las había cosido con bramante. A mí me pareció una chapuza de mucho cuidado, Pero, claro, qué me iba a parecer a mí, que era de la profesión. Utilizando un lápiz azul, había escrito el título en cada ejemplar, en grandes letras mayúsculas: PROYECTO RESCATE.

El relato se inicia en el planeta Tierra, unos cien años después de que una guerra nuclear generalizada entre los dos «últimos imperios», Estados Unidos y la URSS, hubieran destruido por completo la civilización. Además de aniquilar todas las ciudades, incluidos los pueblos más pequeños, la guerra había dado lugar a que los sobrevivientes —asentados en el campo— sintieran una aversión visceral por todas las modalidades de la tecnología, que, para ellos, era culpable de todos sus males. No había gobiernos dignos de tal nombre, sólo bandas itinerantes de señores de la guerra y pequeñas comunidades de campesinos poco estructuradas. Estos campesinos labraban la tierra con arados de madera tirados por mulas, y cuando trabajaban por la noche sus arados iban dejando una estela de brillo radioactivo, como de fósforo, en el suelo. En todo el planeta la gente padecía enfermedades inimaginables, incluidas varias que no existían antes del holocausto, y muchas de ellas eran cutáneas, de manera que casi todo el mundo tenía la piel cubierta de dolorosas ampollas. Dado que la radiación impregnaba todos los rincones del planeta, la mitad de los niños nacían con taras: impedidos, ciegos, imbéciles. Las antiguas religiones e ideologías, que habían desempeñado papeles muy determinantes en el desencadenamiento de la guerra final, cuyo recuerdo había quedado en el inconsciente colectivo como una especie de pesadilla recurrente, habían quedado totalmente desprestigiadas. Pero como todo el mundo vivía en la más completa ignorancia y tenía el cerebro más o menos dañado, las nuevas religiones crecían como hongos. Casi ninguna de ellas, sin embargo, alcanzaba una gran difusión, ni se prolongaba en el tiempo. Hasta que llegaron los Náufragos.

Esta nueva secta fue fundada por un señor de la guerra especialmente sanguinario, cuyo nombre era John Hunter. Estaba en pleno saqueo de un pueblecito, arrasándolo, cuando una rama de árbol lo hizo caer del caballo. No sufrió ninguna herida visible, pero a los pocos días empezó a recibir mensajes del espacio exterior, y por ellos supo que los seres humanos no eran, en absoluto, originarios de la Tierra, ni habían evolucionado con las demás especies, sino que eran náufragos de una nave espacial averiada. Las enseñanzas de esta nueva religión armonizaban perfectamente con la idea generalizada entonces de que el hombre no estaba en su sitio en este planeta. No era nada fácil encontrarse en su sitio en el planeta Tierra. John Hunter comunicó a todos que lo que les hacía falta era que los rescatasen, y a tal efecto era imprescindible disponer de algún medio que señalase su presencia a las naves espaciales que pasaran cerca. Ni que decir tiene que sólo disponían de los conocimientos técnicos más elementales —ni radio ni nada parecido—, de modo que lo de lanzar señales a las naves espaciales no se les presentaba muy fácil. Pero John Hunter poseía la respuesta. Dijo que tenían que levantar una pirámide tan grande que resultara visible desde el espacio. Invirtió dos años señalizando el terreno con estacas, mientras iba creciendo cada vez más de prisa el número de sus seguidores. La base de la pirámide que las estacas marcaban al final cubría por completo los antiguos estados de Nebraska y Kansas, además de gran parte de Misuri, Iowa y Dakota del Sur.

Enfervorizadas, las masas se pusieron a la tarea de extraer piedra y transportarla. Pronto había millones de seres humanos trabajando, en estado de trance. Con el tiempo, mejoraron las técnicas de construcción y se desarrolló la burocracia. Ante la necesidad de dar de comer a millones de trabajadores, la agricultura se extendió y se intensificó. Se introdujeron el arado de hierro, el disco, la rastra, e incluso alguna trilladora elemental. Se edificaron cuatro enormes templos, uno en cada esquina de la pirámide, para John Hunter y sus sacerdotes. Muerto John, lo sucedió su hijo Kevin, tan inteligente como despiadado, y tras éste vino el débil y disoluto Wilson, y así sucesivamente, hasta el último líder, el llamado Bob Hunter, que estaba completamente loco. En aquel momento, las obras duraban ya ciento diez años y la pirámide había devorado casi todos

los escasos recursos del planeta, mientras la población se veía cada vez más afectada por las mutaciones y las enfermedades. Los últimos representantes de la raza humana desaparecieron, por fin, durante una tormenta de nieve, mientras trataban de acarrear un enorme bloque de granito de Michigan. Siglos más adelante, una especie que viajaba por el espacio sí que aterrizó en la Tierra. Los recién llegados se quedaron muy sorprendidos ante la enorme pirámide inacabada e instalaron un gran centro de investigación in situ, sólo para estudiar aquella edificación; pero jamás lograron averiguar cuál podía ser su propósito.

Este relato no me gustó tanto como *El nido*, quizá porque no salían ratas. Me gustó la saga generacional, sin embargo, y el modo en que los Hunter, con el cerebro corrompido por el poder y la radiación, se fueron haciendo cada vez más débiles y más dementes, según transcurría el tiempo. Me gustó el mensaje. Jerry dice que los editores no le publican el libro porque les asusta el mensaje. Pero me parece que, a fin de cuentas, es así como yo veo la vida: cada día que transcurre estamos más débiles y más locos.

CAPÍTULO 12

Jerry y yo pasamos muchos y muy buenos momentos juntos. Me encantaban sobre todo los desayunos, el platito de café con leche, y leer juntos el periódico. Un día, durante el desayuno, leímos en el *Globe* un extenso artículo sobre Adolf Eichmann. Venía con fotos de trenes atestados de gente muriéndose de hambre, personas que asomaban los flacos brazos por las rendijas de los vagones de ganado, y verdaderos montones de cadáveres demacrados —tenían cara de rata—; y Jerry dijo que se avergonzaba de su condición humana. Era una idea nueva para mí.

Me llegó a gustar de veras el café, y el vino también, aunque no por la mañana, éste, ni tampoco a primera hora de la tarde, a no ser que lloviera. Cuando se acercaba la hora de la cena, Jerry solía recurrir a las latas. Nuestro plato favorito era el estofado de ternera Dinty Moore. A veces preparaba arroz para acompañar, y otras veces, cuando andábamos cortitos de efectivo, la comida completa era un poco de arroz con salsa de soja. Jerry tenía un bigote muy poblado, que atraía los granos de arroz como un imán, al comer: era como si le llegasen volando. Pasado el tiempo, cuando me sentí más seguro en nuestra relación, le escarbaba los granos con las patas y me los comía. Era algo que siempre lo hacía reír. Y viéndolo reír era fácil creerse que estaba uno ante el hombre más feliz de la tierra, no sólo el más listo.

No siempre salía de noche, y a veces —con mayor frecuencia según transcurrían las semanas y el tiempo se hacía más frío— pasábamos la velada repantigados en el viejo sillón de cuero, escuchando música: muchos discos de Charlie Parker y Billie Holliday. Jerry tenía un equipo de auténtica alta fidelidad, con altavoces a ambos lados, y bebíamos vino tinto que compraba por frascas en Dawson's Beer and Ale, de la calle Cambridge. Yo, como no tenía mi propia copa, bebía de la suya. Normalmente me sentaba en el brazo del sillón, pero a veces me caía, de puro borracho, e iba a parar a su regazo. Él se reía, y yo no podía reírme, pero me encontraba muy a gusto, y era igual que si me riera. Siempre me había gustado el jazz, gracias a Fred Astaire, y ahora empecé a aficionarme también al más moderno. Poníamos una y otra vez un LP titulado *No Sun in Venice*, tan sereno, tan triste, con Milt Jackson al vibráfono. El vibráfono evocaba en mí la imagen de una rata solitaria caminando por las calles vacías de una ciudad hecha de cristal, haciendo sonar campanillas con las patas, un sonido alto y claro y solo que los edificios devolvían.

A veces, ya de noche, muy tarde, acostado a oscuras en mi caja, sobre la toalla del hotel Roosevelt (invisible ahora bajo la borra que le había arrancado al sillón Stanley), seguía oyendo la música en la cabeza. La dejaba sonar. Abría los ojos en la oscuridad y pensaba en las Beldades. Frotaba mis pensamientos contra el terciopelo de su piel, echaba raíces en la oscura calidez de sus hendiduras. Era un anhelo intensísimo, un calor que me recorría el cuerpo de arriba abajo. Nunca logré comprender cómo Jerry era capaz de ir por el mundo así, tan solo, sin mujeres, diciéndose cosas entre dientes, balanceando la cabezota. Si yo hubiera sido humano, me habría bajado a la calle, habría abordado a la primera joven atractiva que me tropezase y, con los ojos negros centelleándome sobre una sonrisa sin barbilla, la habría seducido, la habría comprado, la habría violado. Pero Jerry lo único que hacía era andar por ahí arrastrando los pies, en una soledad ártica, tan grande que lo llevaba a departir con una rata.

Aun así, en los buenos tiempos, desayunando con el periódico o escuchando música en el gran sillón de cuero, por la noche, a veces sentía una clase nueva de felicidad. No era igual que la esplendorosa alegría de los viejos tiempos, en la librería. Era más suave y más cálida y casi marrón.

A veces nos dejábamos llevar y poníamos Bird al máximo, con Jerry haciendo la percusión en los brazos de la butaca y yo aporreando el piano, y todas las cosas, a nuestro alrededor, como quien dice, dando brincos. Hacíamos tantísimo ruido, que el señor de al lado —se llamaba Cyril y le asomaba el pelo por los caños de la nariz y había noches en que oíamos sus sollozos— vino dos veces a golpear nuestra puerta con la palma de la mano, pidiéndonos a gritos que bajáramos la música. Y aquellas dos veces, más la visita del jefe de bomberos, fueron las tres únicas en que alguien llamó a nuestra puerta.

Jerry me enseñó mucho sobre jazz, sobre improvisación y variantes y cosas así, y luego yo lo metí todo en mi música. A veces, Jerry hablaba y yo tocaba. Llevaba una camisa blanca de rayas azules y una banda elástica en la manga, como la del tal Hoagy Carmichael en *Tener y no tener*, y ejecutaba una especie de suave garabateo musical de fondo, como hace él en la película, mientras Jerry daba sorbitos a su copa de vino y hablaba de su niñez, que tan lejos quedaba ahora, en Wilson, Carolina del Norte, y sobre su paso por el ejército. Se había alistado al principio mismo de la Segunda Guerra Mundial. Cuando vieron que era de campo, lo destinaron al Cuerpo de Remonta y lo mandaron a adiestrar muías en Texas, donde un día una acémila enorme, llamada Peter, le pegó una coza en la cabeza. El golpe le dejó un ojo a la remanguillé, y así quedó. Además de la visión doble y de unos dolores de cabeza recurrentes, el golpe trajo consigo un pequeño cheque mensual. «Ya ves, Ernie, la jodida mula me hizo un favor.» Una de las virtudes de Jerry era que siempre veía las cosas desde todos los puntos de vista.

Y me habló de cuando vivía en Los Ángeles, antes de la guerra, y le dieron un papelito en una película titulada *Canyon Riders*. También hablaba mucho de libros y del mundillo literario. Según él, nadie había escrito nunca mejor que Hemingway, salvo Fitzgerald, y solamente una vez. Y me contaba las cosas tan emocionantes que ocurrían en la costa —quería decir la costa oeste— y decía que Boston era una ciudad moribunda.

También me encantaba que me hablase de la revolución, de Joe Hill, de Piotr Kropotkin y de la huelga de Paterson. Una de sus frases favoritas era «después de la revolución». Cuando le compraban un libro siempre pedía perdón por el dinero que recibía y a continuación explicaba que los libros serían gratuitos después de la revolución, que serían un servicio público, como las farolas de las calles. También decía que Jesucristo era comunista, lo cual daba lugar a algún que otro enfado por parte de la gente.

Jerry hablaba y yo escuchaba. Poco a poco fui sabiendo más cosas de su vida, en tanto que él —podemos afirmar sin temor a equivocarnos— cada vez sabía menos de la mía. Mi natural reticencia le daba carta blanca en lo tocante a mi personalidad. Podía con toda tranquilidad convertirme en lo que quisiera, y pronto quedó dolorosamente claro que en mí veía un animalito simpático, algo payaso y un poco idiota, algo así como un perro muy pequeño con dientes de conejo. No tenía ni la menor idea de cuál podía ser mi verdadero carácter, ni se le pasaba por la cabeza la verdad, es decir que yo era más bien cínico, moderadamente vicioso y un genio de la melancolía, o que había leído más libros que él. Quería mucho a Jerry, pero también me temía que no era a mí a quien él devolvía su amor, sino a un invento de su imaginación. Y ya me sabía yo de memoria en qué consistía lo de amar a inventos de la imaginación. Y en el fondo de mi corazón, aunque pretendiera creer otra cosa, me constaba que durante las veladas que pasábamos juntos, bebiendo y charlando, lo único que hacía Jerry era hablar consigo mismo.

¿Es eso una risita? Cree usted que me he puesto en evidencia, supongo. Ya sé, ya sé lo que dije antes, ya sé que he confesado, atestiguado y, a mi perversa manera, incluso he alardeado de mi amor a las rendijas, de mi necesidad casi patológica de esconderme, de cuánto me gustan las máscaras. De manera que sí, que le gustaría a usted saber por qué me quejo ahora, cuando se me presenta una nueva oportunidad de ocultación, una oportunidad de oro para agazaparme sin que nadie me vea tras el impenetrable disfraz de mascota tierna y acariciable. Bien, pues voy a decírselo: la diferencia entre ponerse una máscara, que siempre es ocasión de libertad, y que le obliguen a uno a ponérsela, es la misma que hay entre refugio y cárcel. Me habría encantado renquear por la vida envuelto en la peluda armadura de mi disfraz de mascota, si hubiera tenido

la seguridad de poder quitármelo cuando quisiera, de poder arrancarme esa carita tan adorable para presentarme ante los demás como la criatura que me consta ser. ¡Hola, Jerry, éste soy yo! Nunca lo habría hecho, claro, pero me complacía la idea de poder hacerlo.

Llevaba el disfraz con mucho valor, pero siempre me exasperaba, y a veces no podía evitar la tentación de roerlo un poco por los bordes. En ese estado de ánimo, solía darme por defecar en los sitios más delicados, como el plato o la almohada de Jerry. A él no le importaba nada, pero seguía sin enterarse: en lugar de una fiera antipática, lo que veía en mí era al bueno de Firmin, ensuciándolo todo. Y una vez me estaba rascando entre las orejas y le pegué un mordisco con auténtico ensañamiento. En el cuarto dedo. Ahora lo lamento. *Un peregrino en el jardín del arrepentimiento.*

Cuando salíamos de casa, no siempre era para vender libros en el parque Common. Una vez fuimos al cine. Fue a principios de septiembre, una tarde pesada, olorosa, anubarrada. Jerry había estado a punto de marcharse, incluso había llegado a abrir la puerta. Yo estaba en la mesa, terminándome su almuerzo y leyendo el *Globe* del día anterior. Él vaciló un momento, dio media vuelta y me lanzó una mirada que en aquel instante quería decir: «Pobre Ernie, lo sólito que se queda.» Reconsiderándolo ahora, sin embargo, tuvo que ser algo más irónico, de manera que quizá fuera otra cosa lo que quería decir la mirada: «Y ¿quién es este animal, a fin de cuentas?» Me gusta más así. Pero da igual cómo lo veamos: el caso fue que volvió a entrar en casa y me recogió. Me metió en el bolsillo de su chaqueta y nos fuimos al cine.

El trayecto hasta el Rialto fue interesantísimo, y también muy deprimente. Nunca lo había hecho durante el día; y ahora, mirando desde el bolsillo de Jerry, cuya solapa ocultaba mi presencia, me sorprendieron los estragos que causa la luz del día, sobre todo cuando es mortecina y gris y no muy distinta de la luz que entraba por los ventanucos en el sótano de la librería. Y no era sólo la luz. El mundo al que creía estar habituado —oscuro, misterioso, entrelazado con la sombra, incluso romántico, aunque plagado de riesgos— había menguado de un modo horrible. Una espesa neblina lo había desprovisto de color. Las distancias habían perdido profundidad, hasta reducirse a una serie de planos grises y marrones. Edificios desatendidos, ventanas clausuradas, basura atascando las bocas del alcantarillado, rostros cansados y grises. Todo se veía mustio, triste y feo. Pero yo no podía tolerar que este hecho me afectara: tenía que ser feliz, cabalgando por las calles de Boston en el bolsillo de uno de los mejores escritores del mundo. Claro está que no iba a lomos de ningún caballo, era más bien que me llevaban como dentro de un saco, pero he dicho «cabalgando» porque la palabra expresa muy bien lo que yo sentía en aquella circunstancia.

Yo me había visto todas las películas que tenían en el Rialto, algunas de ellas varias veces, pero siempre estaba dispuesto a repetir. Cuando llegamos a la taquilla Jerry me hundió más en su bolsillo, de manera que no pude ver los carteles y no me enteré de lo que ponían. Permanecí encogido en mi escondite mientras él compraba una Coca-Cola y una bolsa de palomitas, y luego recorrimos toda la sala para situarnos en la primera fila. Había muy pocas personas, aparte de nosotros, en el local. La película empezó casi en seguida y, cosas de la mala suerte, resultó ser la única que yo odiaba, a pesar de estar rodada en Technicolor, detalle que siempre consideré positivo. Se llamaba *El despertar*, y era una larga epopeya sentimental protagonizada por un pobre chico y su amado cervatillo. No me gustan nada, por lo general, los relatos de animales. A Jerry, sin embargo, estaba clarísimo que ésta le encantaba, y comprendí que me había traído pensando que a mí también me encantaría, y la idea me entristeció tanto como me hizo sentirme solo; no obstante, puse la mejor cara posible. Aparte del cervatillo y de un montón de perros, en la película aparece también un oso grande llamado *Oíd Slewfoot* [Viejo Patatuerta]. Cada vez que aparecía en escena, Jerry agachaba la cabeza para mirarme, a ver cómo reaccionaba. Y yo sobreactuaba sin el menor pudor, abriendo mucho la boca, agitando en el aire las patas delanteras y dejándome caer de espaldas. Le encantaba. La película sigue y sigue y sigue, una desgracia detrás de la otra, hasta que un día, cuando el ciervo se ha comido por tercera vez todo el maíz de aquella familia tan pobre, la madre agarra la escopeta de la casa y le pega un tiro al bicho. Yo me

alegré un montón, pero vi que a Jerry se le caían las lágrimas.

Nos quedamos a ver el resto de la programación. Vimos *La ruta de san Antón* y *El monstruo siniestro*, y se iba acercando la medianoche. Tuve la esperanza de que acabaran con Ginger Rogers, para que Jerry viera la secuencia de la muerte y transfiguración, pero fue Charlie Chan. A las doce en punto, cuando al chino le quitaron la palabra de la boca en mitad de una frase, hubo movimientos de pies en la oscuridad y las habituales toses. En seguida, el proyector reanudó su matraqueo y se inició la ascensión angélica. Esta vez era *Locas por los hombres*, una de mis preferidas. Dos Beldades vestidas de gatitas, con unos bigotitos y unas orejitas adorables, daban caza a un hombre vestido de rata, o tal vez de ratón. Lo perseguían por toda la casa, que era enorme —una mansión, cabría decir—, pero el hombre era demasiado rápido para ellas, saltando por encima de los muebles, subiéndose por las cortinas, balanceándose colgado de una araña. Pasado un tiempo, las gatitas intentaban una nueva estrategia. Hacían como que abandonaban la persecución. Bostezaban, se desperezaban y fingían irse a la cama. Entonces empezaban a quitarse los trajes de gatita, primero los hombros, luego un pecho encantador. Qué bellas eran en aquel momento. Ni que decir tiene que la rata grande, al verlas, es incapaz de resistirse cuando las ve desnudas y se les acerca y copula con ambas, una detrás de la otra, y luego juntas. Normalmente, estoy muy poco predispuesto a la contemplación de una Beldad dejándose montar por algo tan grosero como un macho humano, y aparto la vista en tales momentos, pero esta película era una excepción, por diversas razones. No estaba muy seguro de que a Jerry fuera a gustarle, sin embargo. De manera que cuando empezaron a desprenderse de los trajes de gatita levanté la cabeza para espiar su reacción. Estaba profundamente dormido, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Eché una mirada en derredor y vi a otros varios individuos de cierta edad en la misma actitud, y me vino la idea de que había que fijarse mucho para no confundir a Jerry con cualquier otro borrachuzo en su largo descenso hacia ninguna parte.

CAPÍTULO 13

En octubre, Jerry empezó a mencionar la posibilidad de mudarnos a San Francisco. Al principio pensé que era hablar por hablar, pero un día llegó a casa con un horario de la compañía de autobuses Greyhound y se pasó la velada estudiándolo, para ver qué otras ciudades visitaríamos por el camino. Recuerdo que en la lista estaban Buffalo, Chicago y Billings. De manera que cogí el Ascensor, me bajé a la librería y me leí todo lo que pude encontrar sobre San Francisco, que no fue mucho, en realidad. Jerry era muy optimista con respecto a Frisco. De hecho, aquella vez fue la primera en que lo vi consistentemente optimista con respecto a algo, porque era un hombre que llevaba la tristeza en el corazón.

Teníamos que marcharnos pronto, y yo lo sabía. Los trayectos en el Ascensor se hacían más difíciles cada día, y me di cuenta de que ahora pensaba mucho en la muerte. Me preguntaba qué ocurriría si Jerry volvía a casa una tarde y me encontraba muerto, con el pobre cuerpecillo yerto y frío. Creo que tendría la boca ligeramente abierta, mostrando los dientes amarillos. (Normalmente, pongo especial cuidado en tapármelos con el labio superior.) ¿Qué haría en tal caso? ¿Me agarraría por la cola y me tiraría a la basura? ¿Y qué otra cosa *podía* hacer? ¿Enterrarme en el Jardín Público?

—¿Qué hace usted ahí, amigo?

—Ya lo ve, agente, enterrando una rata.

—Enterrando *¿qué?*

Odiaba la idea de que me agarrasen por la cola y me tirasen a la basura.

Pero, a pesar de la melancolía subyacente, fueron buenos momentos, aquéllos, en su conjunto, y ahora me complace recordarlos, y a veces juego con ellos, tratando de quitarles la tristeza, la vejez y la soledad. Hago que Jerry recupere su juventud, el pelo oscuro rizado y la sonrisa de dientes blancos que luce en la foto. Y nos saco de la casa de Cornhill y nos hago sobrevolar Boston, muy arriba, y luego cruzamos el río Misisipi y las Montañas Rocosas y nos instalamos en algún bar o cafetería de San Francisco —vemos la bahía destellar al fondo—, y a veces invito a otras personas a que nos acompañen, alguno de los Grandes, como Jack London o Stevenson, y entonces era cuando de verdad nos lo pasábamos pipa.

Siempre creo que todo va a durar para siempre, pero nada dura para siempre. De hecho, nada existe más allá de un instante, salvo las cosas que retenemos en la memoria. Yo siempre intento retenerlo todo —prefiero la muerte al olvido—, pero, al mismo tiempo, tenía muchas ganas de que nos fuéramos a San Francisco, dejándolo todo atrás. Y así es la vida: no hay modo de encontrarle sentido. Llevaba seis meses y siete días con Jerry. Los árboles del parque Common empezaban a perder las hojas, un desorden amarillo y rojizo sobre la hierba, triste y crujiente, y cada vez morían más tiendas en la plaza, más puertas y escaparates quedaban tapados por placas de contrachapado. Había basura por todas partes, en el suelo, en la calzada o primero recogida en montones y luego aventada, como las hojas de los árboles, por algún camión al pasar. Las noches eran más tranquilas que antes, y siempre identificaba los pasos de Jerry cuando subía dando zapatazos por la escalera. Sus pisadas eran más lentas y más pesadas y sonaban más a cansancio que las pisadas de los demás inquilinos, incluidas las de Cyril, que era gordo y padecía de asma y también tardaba muchísimo en subir.

Estaba yo despierto en mi caja, una noche, departiendo conmigo mismo, pero también pendiente de la llegada de Jerry, como solía, cuando oí el ruido del portal abriéndose y cerrándose, y luego las lentas pisadas, tan familiares, subiendo el primer tramo de la escalera, hasta llegar al primer

rellano y pararse a descansar, como siempre. Pensé que pronto abriría la puerta y, si no venía demasiado tocado, encendería la luz y se quedaría en calzoncillos y se sentaría en el borde de la cama y me hablaría un rato. Estaba ya llegando cuando oí el ruido. Nunca había oído el ruido que hace una persona al caerse por las escaleras, pero supe, cuando aún no había cesado, lo que significaba esa prolongada sucesión de golpes. Luego no hubo ningún sonido más, sólo el silencio, tendiéndose como una manta.

Esperé que todas las puertas de la casa se abriesen a la vez, esperé oír el ruido confuso de los gritos y las carreras. Pero no ocurrió. El ruido que hizo Jerry al caer sacudió los edificios de Reveré y Belmont, pero nadie lo oyó. Y yo no tenía modo de llegar al pasillo. Aún sabiendo que no era posible, hice frenéticos intentos por escurrirme por la rendija inferior de la puerta, arañando ruidosamente el suelo con las patas. Luego me obligué a permanecer quieto, respirar hondo y pensar. Tenía que hallar el modo de llegar hasta Jerry, aunque no tuviera ni idea de qué podría hacer por él, una vez a su lado. De manera que bajé en el Ascensor hasta la consulta del dentista y la recorrí a toda velocidad, buscando algún modo de llegar a la escalera desde allí. Sabía que algo espantoso había ocurrido. Toda la vida he llevado encima, como una losa que me inutilizaba para casi todo, una monstruosa imaginación; y mientras corría de un lado para otro veía una y otra vez a Jerry, caído en una postura grotesca, muriéndose. Finalmente, a la desesperada, me lancé por el Ascensor hasta el sótano, salí al callejón por debajo de la puerta y doblé la esquina a todo correr, en dirección al portal donde decía HABITACIONES, sin importarme nada que pudieran verme. Tampoco por ahí podía entrar. Ante la puerta que decía DENTISTA SIN DOLOR, en algún lugar localizado al otro lado de estas palabras, yacía Jerry, agonizante o muerto.

De manera que bajé de nuevo a la librería y, con gran dificultad —tenía el cuerpo lleno de contusiones—, me aupé al Globo y allí me quedé, esperando. Apenas había amanecido cuando oí gritos en la calle y luego una sirena. Llegó, la sirena, y al cabo de muy poco rato volvió a marcharse, asustada y quejumbrosa, a morir en algún otro sitio de la ciudad, al oeste de la plaza.

Cuando Shine abrió la tienda, a las nueve, todos se precipitaron al interior, y las cabezas se agitaban y se bamboleaban alrededor de la mesa, como manzanas en un tambor de agua que alguien está sacudiendo. Hablaron un poco del accidente, pero todas las bocas se movían al mismo tiempo, y lo único que pude sacar en claro fue que Jerry Magoon se había caído por las escaleras y que lo habían llevado inconsciente al Hospital General de Massachusetts. Luego pasaron a ocuparse de otros temas, como por ejemplo de la madre de Alvin, que se había roto una cadera, y también de los Red Sox.

Volví a la habitación. Estaba ya como si Jerry llevara varios años ausente. No pude abrir el bote de Skippy. Había una pieza entera de pan Sunshine encima de la mesa, así que roí el plástico y comí un poco. Me pasé la noche entera en el sillón. Para no pensar en Jerry estuve un rato en París, buscando la casa donde vivió Joyce, pero se habían derretido los rótulos de las calles, y no logré encontrarla.

Al día siguiente, a la hora de apertura ya estaba yo en el Globo. Iban entrando cabezas, bamboleándose. Shine ya había ido al hospital a preguntar por Jerry. Le dijeron que no se había roto nada, pero que había sufrido un ataque al corazón, que estaba inconsciente, entubado, y que no esperaban que se recuperase. Lo mismo podía morirse al día siguiente que dentro de un año.

—Bueno —dijo George—, al menos estará dormido cuando le toque irse. Ésa es la esperanza que yo tengo, quedarme tieso mientras duermo, en mitad de un bonito sueño.

Iba a contar un sueño que había tenido, pero Alvin lo interrumpió.

—Ya. ¿Y si es en mitad de una pesadilla horrible?

—Bueno, pues así, al menos, terminará la pesadilla —dijo Shine, y soltó una extraña risita.

—Déjate de chorradas —dijo Alvin.

No quise seguir escuchando esos lamentables chistes sobre la muerte, de manera que volví a coger el Ascensor, me subí a casa, comí otra media rebanada de pan Sunshine y me encaramé al

sillón. Me puse a soñar que Jerry se recuperaba.

Estaba seguro de que nunca regresaría a casa, así que di por supuesto que ahora ya no importaba que hurgase en sus cosas. Tratándose de personas fallecidas, o poco menos, hurgar en sus cosas deja de ser cotilleo para convertirse en investigación. Tenía muchísimas ganas de encontrar el relato de la rata. Desde el momento mismo en que Jerry me habló de él, supe que en esa historia tenía que haber respuestas que me valiesen. ¿Respuestas a qué? Bueno, sé que va a sonar estúpido decirlo, pero creo que aún andaba en busca del significado *de* mi ridícula vida, y pensé que tal vez Jerry lo hubiera descubierto, o al menos estuviera en la pista, y que por eso estaba escribiendo un libro sobre una rata. De manera que al segundo día de su ausencia me encaramé a la mesa y abrí el cuaderno titulado *La última gran oportunidad*, en el que Jerry había estado escribiendo durante todo el tiempo que duró nuestra convivencia; y de ahí salté a la librería y me dediqué a tirar al suelo, uno por uno, todos los cuadernos. Cada uno llevaba su fecha y su título enmarcados en el rectángulo blanco de la tapa —el más antiguo era de 1952—: «La paloma fénix», «Proyecto Continuum», «La estrella del can naciente»... Así hasta veintidós, y todos iguales: ideas para posibles novelas, argumentos parcialmente desarrollados, el esbozo de un personaje, páginas y páginas de notas ambientales, y, aquí y allá, algún párrafo inicial, tan elaborado, que había casos en que la corrección de una sola palabra suponía una página entera de texto nuevo. Muchas de las novelas proyectadas parecían terminar con la destrucción del planeta. Me pasé una semana entera leyendo, todo el día. Tenía que dejarlo por las noches, porque no alcanzaba el interruptor de la luz que había en la pared. Los cuadernos estaban repletos de ideas maravillosas, algunas de las cuales llevé a la práctica en sueños, durante las largas noches de oscuridad. Pero no había ningún relato en que participara una rata. De hecho, la palabra *rata* no aparecía ni una sola vez.

Ahí me quedé, comiendo Sunshine y tocando el piano. Mientras tocaba, pensaba en mamá, que se había esfumado, y en Norman, cuya existencia fue un conato, y siempre en Jerry, cuya existencia había cesado, y, claro está, en mí mismo, que no estaba muy seguro de desear la existencia. Me daba cuenta de que hasta entonces no había sabido lo que era estar solo.

Dos semanas más tarde llegaron los padres de Jerry —tuve el tiempo justo para esconderme debajo del fregadero, antes de que entraran—. No se me había pasado por la cabeza que un señor tan mayor como Jerry pudiera tener padres. Eran increíblemente viejos, ambos con el pelo blanco, y encorvados y cargados de años, con la piel gris y arrugada, como gnomos. Tenían cara de buenas personas, sobre todo la madre, que debió de haber sido una mujer alta, pero que ahora estaba completamente encorvada. Parecían recién salidos de un cuento de hadas, y permití que la madre se instalara en mis sueños con el nombre de la Anciana. Venía con ellos un hombre de pelo oscuro, que tenía muchos menos años, pero que no era joven en realidad, y supuse que se trataría del hermano de Jerry, a juzgar por la cabeza tan gorda que tenía, y lo bauticé Hermano Menor. El padre tenía un aspecto muy digno, iba de traje oscuro y corbata y tenía una boca grande, de labios finos, que no abría mucho, ni muy a menudo, y, además, cada vez que la abría era para volverla a cerrar en seguida, como una trampa, mordiendo las sílabas de la última frase como si fueran la cola de un animal en fuga. Le puse el Rey. Permanecí debajo del fregadero, mirándolos mientras lo empaquetaban todo, y metían en cajas las cosas que no estaban en cajas y sacaban las cosas que ya estaban dentro de sus cajas, para ver qué eran, y las volvían a guardar. Les llevó el día entero. No fueron muy reverentes con los cuadernos de Jerry. Hojearon alguno, muy por encima, y los arrojaron todos a una caja.

Lo único que pareció interesarles fue una caja de zapatos llena de cartas. Se sentaron los tres en la cama, un hombre a cada lado y la madre en medio, con la caja en el regazo; fue ella quien fue sacando las cartas de sus sobres, una por una, y leyéndolas en voz alta, mientras los varones asentían con la cabeza, como reconociendo los textos. Me llevó un rato comprender que estaban leyendo sus propias palabras, que esas cartas eran las que ellos le habían enviado a Jerry: parlanchinas y difusas, llenas de cotilleos locales (quién se había casado, quién había muerto, qué hija se había fugado y qué hijo había destrozado el Oldsmobile nuevecito), y perdigadas de

preguntitas redundantes («Y ¿quién crees tú que se casó la semana pasada?») y punteadas de signos de exclamación, que la madre leía como si fueran palabras («Y a Cari, el marido de Sissy, lo pararon por exceso de velocidad, y adivina quién iba en el coche, era signo de exclamación signo de exclamación Ellen Brunson signo de exclamación signo de exclamación»). Y a no mucho tardar estaban los tres llorando, Rey incluido, con un puchero en la anchurosa boca. Parecía un payaso triste. Y la madre no dejaba de leer, por mucho que llorase, lo cual no contribuía sino a empeorar las cosas. Ninguna de las pertenencias de Jerry los había hecho llorar, ni siquiera su andrajosa ropa interior y, desde luego, tampoco sus patéticos cuadernos vacíos. Supongo que en realidad lloraban por ellos mismos y por su propio pasado perdido. No logro imaginarme a mi familia llorando por nada.

En cierto modo, los humanos no son muy afortunados. Espiándolos desde debajo del fregadero, a los tres, ahí sentados en la cama, llorando, madre, padre e hijo, los rebauticé la Sagrada Familia.

Aquella misma tarde vinieron dos hombres y se llevaron todo: los libros, los cuadernos, los muebles, hasta los cacharros de cocina; todo, menos el cubo de la basura y el piano. Supondrían, imagino, que nadie iba a querer aquel cubo de la basura todo oxidado, ni aquel piano roto, de juguete. El cubo no me interesó, porque yo no tenía nada que tirar, pero me alegró que dejaran el piano.

CAPÍTULO 14

Harto ya de tanto comer Sunshine, volví a mis merodeos por el Rialto. Seguían poniendo las mismas películas, pero había menos espectadores, si es así como podía llamárseles, y, por consiguiente, menos cosas de comer en el suelo. La verdad es que tampoco tenía mucha hambre de palomitas, ni de Snickers, ni de nada, en realidad. Y ya no pasaba mucho tiempo en la librería. El local me deprimía, y Shine me disgustaba. Lo único que hacía era arrastrarme por ahí, sin propósito alguno, abrumado por el dolor. No era un dolor de esos que lo hacen a uno aullar y tirarse de los pelos. Era más bien un tedio que todo lo abarcaba. Me pesaba como una losa el aburrimiento. La vida me aburría, la literatura me aburría, la propia muerte me aburría. Lo único que no me aburría era mi pianito y según iban pasando las semanas y la venta de libros se hacía cada vez más lenta y más triste, aumentaba el tiempo que dedicaba a aporrear las teclas y cantar. A veces me olvidaba de comer, o sí me acordaba, pero me suponía demasiada molestia coger el Ascensor hasta abajo del todo y vagabundear por las calles llenas de humo, hasta llegar al Rialto. Me pasaba las manos por los costados y me notaba las costillas sobresaliendo como las teclas negras del piano. A Pembroke cada vez acudía menos gente; estaba fallando hasta la venta de pornografía literaria; y Shine, finalmente, había dejado de comprar: se habían acabado para él las almonedas y para su ranchera los rasponazos del parachoques en el bordillo. La caja registradora, con toda su antigüedad y todo su ornato, se la quedó un comerciante de Back Bay. Ahora guardaba el dinero en un cofre metálico de color gris. Y cada vez había menos libros en las estanterías, cada vez quedaban más huecos en las estanterías. Nada de Dostoievski en la D, nada de Balzac en la B. Uno tras otro, los Grandes fueron cogiendo sus últimos trenes. Shine seguía poniendo su mejor cara a aquel tiempo malo, pero yo, que recordaba los viejos tiempos, sabía que estaba cumpliendo con su deber, y eso era todo.

Los avisos de desahucio llegaban en grandes paquetes, y tras ellos venían las placas de contrachapado en los escaparates, los camiones de mudanzas aparcados delante de las puertas, y nuevos incendios de edificios, nuevas ruinas ardiendo, mientras las fogatas hechas de basura danzaban en los solares vacíos. Ponían carteles amarillos en los edificios sellados: PROHIBIDO EL PASO, PROPIEDAD DE LA CIUDAD DE BOSTON, LOS INFRACTORES SERÁN SANCIONADOS. Al oeste de la propia plaza ya faltaban manzanas enteras, quedaba una gran cantidad de cielo a la vista y de noche lagrimeaban las estrellas. Los tenderos —Alvin y George y otros varios cuyo nombre yo no conocía— revoloteaban en torno a la mesa de Shine, bebiéndosele el café y encogiéndose de hombros y lloriqueando. Alvin dijo: «Esto es como vivir en la puta Rusia», y todo el mundo manifestó su acuerdo, y hubo nuevos revoloteos; y entonces alguien dijo: «No te puedes enfrentar al ayuntamiento», y todos asintieron con la cabeza. George dijo que era una tontería angustiarse de tal modo ante cosas que de todas formas no tenían solución, y también a este respecto hubo aquiescencia general. Luego se pusieron a hablar del ataque al corazón que había sufrido Bernie Ackerman, y estaban entrando en el tema de las úlceras de estómago cuando Shine, que llevaba un rato sin hablar, dijo algo en un tono de voz tan bajo que obligó a los otros a prestarle atención.

—Pues yo voy a hacer *algo*, eso podéis darlo por seguro —dijo—. No voy a quedarme con los brazos cruzados mientras me ponen de patitas en la calle, con muebles y todo.

Los demás, por supuesto, quisieron saber qué era lo que pensaba hacer, pero Shine se negó a explicarse. Sólo dijo: «Algo.» Y luego añadió: «Ya veréis.»

El caso era que yo conocía al dedillo esas protuberancias de destructividad y secretismo que Shine ocultaba en los aladares, y hacía ya mucho tiempo que había dejado atrás mi fase burguesa, de manera que, a pesar de la aversión que el personaje había llegado a provocarme, sus palabras me enardecieron. De algo estaba seguro, y era de que Norman Shine no le tenía miedo a

nadie. Pensé en barricadas, en coches panza arriba ardiendo en las callejuelas, cócteles Molotov. O quizá una gran batalla moral como la que presentaban los negros en el sur de Estados Unidos, según contaban en el *Globe*, una sentada no violenta ante la fachada de la tienda: Shine, Sweat, Vahradyan, en mitad de la acera, con las estriptiseras en falda escocesa y jerseicito, trayéndoles bocadillos, con muchos periodistas, vehementes expresiones de apoyo por parte del público, el alcalde con la cara escarlata. Nuevo error por mi parte.

Unos días después de haber proclamado que iba a hacer algo, Shine colocó un gran cartel escrito a mano en el escaparate principal:

Libros gratis

Llévese todos los que pueda cargar en 5 minutos

De manera que eso era «hacer algo», para él. Regalar todos los libros, así, era un acto de tamaña generosidad y revelaba una desesperación tan exquisita, que estuve a punto de volverme a enamorar de él. Libros gratis, como después de la revolución. Ojala hubiera estado ahí Jerry para verlo. El cartel tuvo un efecto inmediato —cómo se moviliza la gente en cuanto hay algo gratis— y los cinco días siguientes fueron un caos. Cuando el *Globe* sacó un reportaje sobre el tema, se presentó tanta gente a los saqueos libreros de cinco minutos, que hubo que llamar a la policía montada para que metiese en vereda a la muchedumbre, que se extendía por toda la calle Cornhill y daba la vuelta a la esquina. Todos venían equipados de bolsas, mochilas, cajas de cartón, incluso maletas, y las llenaban. Hubo quienes se propasaron bastante y se llevaron cosas que en realidad no querían, y por la noche, tras el cierre del establecimiento, la calle quedó cubierta de libros desechados. Shine salió con una bolsa de papel y los fue recogiendo, y los que no estaban demasiado estropeados volvió a ponerlos en sus estanterías, para la estampida del día siguiente; y los demás los tiró. Al principio resultaba emocionante, pero al final daba pena. Daba tanta pena recorrer de noche el establecimiento, el sitio en que había transcurrido mi vida entera, mi único hogar, y ver tantísimos estantes vacíos. Fue especialmente triste aquel domingo en que llovió. Bajé y me senté en el almohadón rojo de la silla y miré la calle por el escaparate y vi los regueros terrosos que el agua de la lluvia trazaba en el cristal polvoriento. Apoyé la garra en la mejilla y pensé en aquel poeta francés, Paul Verlaine, que escribió un famoso poema sobre la lluvia en la ciudad. Cuando llueve, dice el poema, llora el corazón. Entonces comprendí lo que significaban tales palabras, aunque él se refiriera a París, Francia, y esto fuera la plaza Scollay de la ciudad de Boston, en Estados Unidos. Y fue entonces cuando más habría necesitado a Norman. Echaba de menos nuestras conversaciones de cuando tomábamos café, yo encima de su mesa, con las zapatillas de borlas, bien abrigados ambos, en la luminosa librería, mientras fuera caía la lluvia. A veces volvía a visitarlo, y hablábamos de Shine, de sus triunfos y de sus fracasos, pero ya no era lo mismo que cuando yo lo creía real.

Di en pasar la mayor parte de los días con las cuatro patas al aire, de espaldas, con mis ensoñaciones y mis recuerdos, o, si no, sentado al piano, con mis ensoñaciones y mis recuerdos. Me resultaba evidente que mis sueños estaban cambiando. Se estaban volviendo blandos y nostálgicos, con una especie de resplandor crepuscular en los bordes, y ya no vivía las emocionantes aventuras de antaño. Echaba terriblemente de menos el pasado, incluidos los momentos más horrorosos. Nunca olvido nada que me haya ocurrido, y apenas olvido nada que haya leído, de manera que en aquel entonces ya tenía almacenada una enorme cantidad de recuerdos. Mi mente era como un gigantesco depósito: podía uno extraviarse ahí dentro, perder la noción del tiempo, registrando cajas y cajones, hundido hasta las rodillas en el polvo, pasarse días sin encontrar la salida. En un momento determinado, poco después de instalarme con Jerry, empecé a jugar con el pasado, aplicándole ligeros retoques, para convertirlo en un verdadero relato, y también empecé a mezclar los recuerdos con los sueños. Esto último fue seguramente un error, porque cuanto más jugaba con los recuerdos más iban pareciéndose unos a otros, y cada

vez me resultaba más difícil distinguir entre lo que de veras recordaba y lo que me había inventado. Así, por ejemplo, ahora no sabía muy bien cuál de estas dos figuras era mi verdadera madre: la gorda tragona o la flaca, cansada y dulce; y tampoco sabía si se llamaba Fio o Deedee o Gwendolyn. Los archivos sólo existían en mi mente. No había posibilidad de consulta externa, ningún diario, ningún amigo de la familia. ¿Cómo iba a verificar nada? Lo único que estaba a mi alcance era comparar una imagen mental con otra imagen mental, tan sospechosa como la primera, y al final todas acababan mezclándose. Mi mente era un laberinto, seductor o terrorífico, según el estado de ánimo en que me encontrase. Estaba perdiendo el sentido de la realidad, y lo curioso era que no me importaba.

Las cosas llegaban rápidamente a su fin. El barco se hundía y, una semana después de que Shine empezara a arrojar libros por la borda, ardió el Old Howard, un teatro que en sus tiempos había sido famoso en toda Norteamérica. Yo solía recorrer cansinamente su casco abandonado cuando iba camino del Rialto. Fachada de piedra gris, enormes ventanales góticos, habríase dicho una iglesia, si no hubiera sido por la enorme marquesina —hasta media calle—, donde se leía, escrito con bombillas, el nombre del local: THE OLD HOWARD. Siempre tuve la esperanza de que alguna vez encendieran la luz, pero no ocurrió. Y la razón de que pareciese una iglesia era que, al principio, eso había sido: un templo de los milleritas, secta religiosa cuyos fanáticos creían firmemente en el fin del mundo. Y con razón, claro. Pero es que ellos utilizaron la Biblia, y toda una serie de cálculos matemáticos muy dudosos, para fijar la fecha exacta: el 22 de octubre de 1844. En preparación del evento, miles de creyentes vendieron todo lo que tenían y construyeron una grandísima iglesia fortaleza, para disponer de un sitio seguro a que acogerse mientras todo ocurría. Me encantaba leer cosas sobre los milleritas. Eran iguales que yo, todo el rato con ese tremendo sentido de la catástrofe a cuestas. El 23 de octubre, cuando, como de costumbre, salió el mismo sol de todos los días, quedaron muy decepcionados. Vendieron la iglesia fortaleza y no sé qué pudo ser de ellos más adelante. Supongo que la vida les resultaría aburridísima después de aquello. La iglesia se convirtió en teatro —en su escenario actuó Edwin Booth—, luego en sede de revista de variedades y finalmente en local de estriptís. En 1952, mucho antes de mi época, el ayuntamiento lo cerró de una vez por todas, alegando que sus espectáculos eran disolutos e inmorales. La que peor les parecía era Sally Keith, que llevaba sendas borlitas en las tetas y las hacía girar como aspas, en direcciones opuestas. Me gustaría haberlo visto. A continuación, el Howard quedó para las ratas. Allí residía la mitad de las ratas de la plaza.

Y ahora, por fin, el mundo estaba acabándose de veras, y con él caía el Howard. Estaba yo en el Globo cuando se quemó. Toda la gente que había en las tiendas acudió corriendo a ver el incendio. Hasta el propio Shine abandonó su librería: se puso en pie y echó a correr, cerrando la puerta con llave al salir. Fue en pleno horario comercial, y ni siquiera puso el cartelito de «Vuelvo en seguida». Si no lo hubiera sabido antes, con eso me habría bastado para comprender que ya no esperaba nada de la venta de libros. Ninguno de los dos esperábamos ya nada. Toda la tarde estuvieron sonando las sirenas, y cuando yo me acerqué, ya de noche, sólo quedaban en pie las paredes exteriores: aquello era una ruina humeante y la calle seguía cubierta de un lodo ceniciento. Unas cuantas personas se paseaban por ese lodo llevando unos carteles que decían SALVEMOS EL OLD HOWARD y CONSERVEMOS NUESTRO LEGADO. A mí aquel caserón nunca me había parecido nada especialmente digno de preservarse, y nunca tuve en la menor consideración a las ratas de ínfima categoría que en él moraban. No hay mal que por bien no venga, pensé. La ruina seguía humeante, al amanecer, cuando trajeron la gigantesca grúa. Tenía una enorme bola de hierro colgando de un cable de acero, y cuando la máquina empezó a mover el brazo la bola daba grandes bandazos, de recorrido cada vez más amplio, hasta, por fin, chocar violentamente con un costado del Old Howard. Las paredes eran, sin duda, muy resistentes, porque no consiguieron derribarlas con la grúa. Y entonces trajeron zapadores, que pusieron dinamita bajo los muros y la explosionaron. Tres veces lo hicieron, y en cada una de ellas se vino abajo un lienzo de las paredes y una pictórica ola de ceniza se extendió a lo largo y ancho de varias manzanas, ensuciando un poco más los ya sucios edificios.

A la mañana siguiente, el general Logue dio la señal, y una vasta extensión de maquinaria pesada emprendió el asalto definitivo de la plaza, comiéndosela por los bordes, a edificio por asalto. Utilizaron grúas con bolas de derrumbe y también unos enormes buldóceres acorazados, cuyos conductores llevaban casco y gafas protectoras e iban metidos en cabinas de acero. Cada vez que se venía abajo un edificio, los trabajadores lanzaban gritos de alegría y a continuación cargaban los cascotes en gigantescos camiones de volquete, que se los llevaban. Así transcurrieron varias semanas. Las calles estaban llenas de humo y polvo y estrépito de máquinas, y de vez en cuando un enorme *bang* hacía temblar los escaparates de las tiendas, y era la dinamita.

A las ratas les viene a dar lo mismo la paz que la guerra, de manera que casi todas ellas siguieron adelante con sus vidas, como mejor pudieron. La rata media no ve mucha diferencia entre un edificio en pie y un montón de cascotes, salvo el detalle de que los cascotes son mucho mejores para esconderse. Cuando caía un edificio, las ratas se retiraban a las ruinas del sótano, metiéndose en los drenajes rotos y en las grietas de los escombros. El *Globe* publicó un reportaje sobre las ratas en las ruinas, lo que dio lugar a que Logue enviara un equipo de personas vestidas de blanco para acabar con ellas utilizando gas venenoso, que bombeaban al interior de los escombros mediante mangueras. Ahí fue cuando de veras empezó el éxodo. Todas las noches me cruzaba con largas hileras de ratas, familias enteras, en algunas ocasiones. El reportaje del *Globe* se titulaba LA DEMOLICIÓN DEJA AL DESCUBIERTO UN PAÍS ENTERO DE RATAS. En él se decía que todo el barrio era «una porquería y estaba infestado de ratas».

Infestar es una palabra interesante. La gente normal no infesta, por más que se empeñe. Nadie infesta nada, sólo las pulgas, las ratas y los judíos. Cuando te pones a infestar, estás buscándote un lío. En cierta ocasión, un hombre con quien estaba de charleta en un bar me preguntó que a qué me dedicaba. Yo le contesté: «A infestar.» Me pareció una respuesta de lo más irónico, pero el tipo no lo cazó. Creyó que le había dicho «A invertir», y a continuación empezó a pedirme pistas sobre dónde colocar su dinero. Le sugerí, por consiguiente, que invirtiera en la construcción. El muy comemierda.

Y luego cerró el Rialto. Fui una noche y lo encontré todo apagado. No más Beldades, no más palomitas. Ahora tenía que andar escarbando por las calles y las ruinas, como los demás, y empecé a ver ratas muertas, a veces en plena acera. La comida empezaba a escasear, no había prácticamente más que las sobras de los obreros, y entonces fue cuando se desencadenó el horror. Algunas ratas hambrientas se comían los cadáveres de sus semejantes, como chacales. Me avergoncé de ellas y, al mismo tiempo, me avergonzó avergonzarme. Ni siquiera en mis mejores momentos me había distinguido por mi rapidez ni por mi fortaleza. Ahora, encima, era cojo y había dejado de ser joven. Estaba todo el tiempo muerto de hambre. ¿Cuándo me pondría a comer cadáveres? ¿O me lo impedirían mis escrúpulos demasiado humanos, monstruo hasta el fin de mis días? Por la noche, las cunetas se llenaban de ratas en fuga. Creí ver a dos de mis hermanos, pero no estuve seguro de ello. Había pasado mucho tiempo, y las ratas se parecen todas muchísimo. A veces, en mis vagabundeos, pasaba junto a edificios enteros que permanecían en pie, pero con la fachada arrancada, con todas las habitaciones al aire, algunas todavía amuebladas y empapeladas y con los cuartos de baño completos, con lavabo y taza del váter. Parecían enormes casas de muñecas.

Una mañana, Shine se presentó en la librería con dos hombres en mono de trabajo. Agarraron la silla, la mesa y todas las estanterías que no estaban fijadas a las paredes, las cargaron en un camión grande llamado Mayflower y se marcharon. Tras ello, Shine anduvo por la tienda un rato. Esta vez no lloró. Aún quedaban unos cuantos libros desperdigados por el suelo, y estuvo dándoles patadas. Luego salió y cerró la puerta. Lo vi meterse la llave en el bolsillo de la chaqueta y doblar la esquina. Nunca volví a verlo.

CAPÍTULO 15

En aquel momento aún tenía yo la intención de seguir el ejemplo de Shine, y de cientos de mis colegas. Estaba convencido de que me pondría en marcha en cualquier momento, así, sin más. Pensaba que tal vez pudiera encontrar otra librería, en alguna parte, a lo mejor en la otra orilla del río, en Cambridge, o irme al parque Common y conectar con algún viejo colega de Jerry. Y, no obstante, había algo que ni yo mismo lograba explicarme, una especie de letargo o de torpor, que me impedía marcharme; y todos los días lo dejaba para mañana. Aún encontraba comida suficiente para ir tirando, aunque nunca para quedarme satisfecho. La destrucción, ahora, había llegado a la calle Brattle, y estaba claro que dentro de pocos días iba a ensañarse con Cornhill. Me sentía cansado y viejo. La vida de las ratas es corta y está llena de dolor; llena de dolor, pero se acaba pronto; y, sin embargo, se nos antoja larga mientras dura. Estuve días vagando por la tienda vacía, cuando no andaba por las calles procurándome comida, en cantidades cada vez más exiguas. No quedaba mucho que leer, sólo unos cuantos folletos religiosos bastante aburridos. Así y todo, me los leí.

Una mañana, anteayer, llovía a más no poder y el agua arrastraba el polvo y los desechos, formando ríos de barro por las calles. En el suelo de Libros Pembroke, cruzado por las sombras de las gotas de lluvia, había restos de varias cenas mías que me había traído a rastras de la calle, fragmentos y trocitos de comida mezclados con los desperdicios y restos de la vida ratera: un envoltorio grasiento, una grasienta hebra de beicon, cáscaras de cacahuètes, repulgos de pizza. Los obreros habían interrumpido su trabajo, por la lluvia, y no se oía el estruendo de las máquinas, sustituido ahora por el de la lluvia. Yo estaba nervioso y deprimido y me pasé la mañana arrastrándome de acá para allá por la tienda. No escampaba. A mediodía ya empezaba a oscurecer, de manera que tomé la decisión de subirme al cuarto, a tocar un poco. No era nada fácil trepar por el Ascensor, de manera que mis jadeos alteraban el silencio.

La luz era diferente en el cuarto de Jerry. Lo noté nada más asomar la nariz por el agujero. No llovía, y el sol entraba a raudales por la ventana abierta. Todos los muebles habían regresado, la cama y la mesa esmaltada, el viejo sillón de cuero, la librería y todos los libros. La puerta del armarito estaba abierta de par en par, y vi que en su interior volvía a haber porquería. Ahí seguía el cubo de la basura, tan herrumbroso como siempre. Ahí seguían, también, mi piano, desportillado y lleno de arañazos. «Jerry», pensé, «es Jerry, que vuelve a casa». Formulé *Resurrección* y dejé resplandecer la palabra. Me senté al piano y teclé unas cuantas frases, sólo para desentumecer los viejos dedos, pendiente de las pisadas en la escalera. Luego pasé a Colé Porter: «Miss Otis Regrets» y «My Heart Belongs to Daddy». En el fondo, me gustaba más ser Colé Porter que ser Dios. Pasé a Gershwin y «I Got Rhythm», y al poco tiempo estaba verdaderamente lanzado, el piano daba brincos, y yo también, en lo alto de la banqueta, cantando a pleno pulmón. Pero, a pesar de lo metido que estaba en la música, de las imágenes que me circulaban por la cabeza, entre los oídos, tan de prisa que me dejaban aturdido, también era consciente de que alguien había entrado sigilosamente en la estancia y se había sentado en la cama, a mi espalda. Percibía su escucha. «Jerry», pensé. Sin dejar de cantar, fui volviendo la cabeza y miré hacia atrás.

Nunca la había visto en colores, y al principio no la reconocí. Estaba sentada en la cama, con las manos en el regazo, con anillos en los dedos. Llevaba el vestido negro de *Swing Time* (*En alas de la danza*). Me encantó en aquella película, me encantó el modo en que la falda se le levantaba hasta la cintura, con los giros del baile. Por el vestido supe quién era. Tanto había cambiado. En todo, menos en la voz. «Vaya, qué bonito», dijo. «No dejes de tocar.» De manera que no, que no dejé de tocar. Repasé la pieza entera, esta vez con mis propias variaciones. Al final, me puse en pie e hice una reverencia. Compuse la seña de «adiós cremallera» y vi que ella sí me comprendía. Se rió, y no fue como su risa, la de usted. Seguía siendo hermosa, pero se notaba

que algo le pesaba dentro, quizá el tiempo, quizá la tristeza: algo se había acumulado vagamente en torno a su barbilla, arrugándole las esquinas de los ojos. Azules, los ojos.

Me acerqué a la ventana. Fuera estaba oscuro. Ella se situó detrás de mí. Percibía su mirada. Percibía el vestido negro, como una nube, a mi espalda. Era consciente de mi propia y elevada estatura.

Por la ventana se veía una vasta llanura de escombros, como en las fotos de Hiroshima, extendiéndose hasta el horizonte. Me sorprendió que la destrucción hubiera llegado tan lejos: no estaba planificada así. Desde el callejón de debajo de mi ventana se extendía toda una pradera rocosa, que acababa chocando contra el cielo. La habían hecho rompiendo los edificios, reduciéndolos a ventanas, puertas, pasamanos, planchas, ladrillos, pomos, y luego reduciendo éstos, a su vez, a trozos tan pequeños que ni nombre tenían, y desparramándolo todo, molido y vuelto a moler, hasta dejarlo totalmente desposeído de significado, hasta que sólo quedaron escombros y vacío, y —alzándose en pleno centro de aquella extensión— el teatro Casino. Estaba bañado en luz y se le veían en los laterales las cicatrices de los edificios contiguos, arrancados de él. Era un edificio sin calle, un edificio sin dirección postal. Lo llamé «Lo último que queda en pie». Uno a cada lado de la taquilla, estaban los dos ángeles que vi aquella noche en que mamá nos llevó a Luweena y a mí a que nos orientáramos un poco. Aún llevaban los rectángulos negros sobre el pecho y la entrepierna, y seguían con un pie levantado, en postura de baile. Desde el edificio, sobrevolando los escombros, me llegaban unas notas débiles, como de hojalata, como de caja de música. Era algo increíblemente triste, como la nostalgia desherrapada y dolorosa de un viejo circo al borde de la bancarrota. El teatro entero estaba iluminado y en la marquesina corrían las luces, sin faltar una sola bombilla, escribiendo las palabras LA PRÓXIMA GRAN OPORTUNIDAD y, debajo, TODAS LAS LOCALIDADES A MITAD DE PRECIO.

Había delante de la taquilla una cola de tres o cuatro en fondo, serpenteando por el campo de escombros. Y seguía llegando público, de uno en uno o por parejas, brotando de la oscuridad, de todas partes. Traían bultos y maletas y algunos llevaban niños de la mano. Estaban felices de acercarse a la zona iluminada de alrededor del teatro, pero ninguno de ellos corría, nadie hacía ruido alguno, o sólo ruidos muy pequeños, de llanto o rozaduras, o algo parecido, que la música, a pesar de su escaso volumen, hacía inaudibles. Centenares de personas guardando cola en silencio, avanzando lentamente entre los dos ángeles que levantaban un pie, como bailando. Le puse rótulo a la imagen: *REFUGIADOS*. Y pensé que a Jerry le habría encantado todo esto.

Ginger permanecía junto a mí, ante la ventana. Me estaba preguntando si ella también lo vería, cuando me dijo:

—Es ahí donde actúo. Todas las noches me quito la ropa haciendo un número titulado «La danza del fin del mundo». Pierden la cabeza viéndome.

Yo pensé: *¿Trabajas de estriptisera?* —Es sólo un trabajo de noche. *Así que me lees el pensamiento.* —El pensamiento y más que el pensamiento: todo lo que crees, todo lo que deseas. *No creo en nada.* —Crees en ser una rata.

La música subió de pronto, hinchándose hasta convertirse en una lenta melodía con mucho metal.

—Toma, te he traído esto —dijo ella. Me ofreció palomitas. Era una caja roja y blanca, con el dibujo de un payaso de cuyo sombrero brotaba un geiser de palomitas.

Y allí, en mitad del cuarto de Jerry, se puso a bailar. Nunca la había visto bailar así, salvo, quizá, en mi cabeza. Era ese baile sin pasos que las Beldades ejecutaban en el Rialto después de medianoche, saltitos y meneos, con las caderas moviéndose al compás, lenta y marcadamente. Me encaramé al sillón, con mis palomitas, y miré. Ella se desprendió del vestido y, tras engancharlo con la punta del pie, lo lanzó a una esquina del cuarto. No llevaba nada debajo. Bailaba desnuda. Se acariciaba el nido de ratas, peludo, que tenía entre las piernas. Tenía los ojos entornados, los labios a medio abrir. Nunca supe interpretar esa expresión, pero creo que es indicativa de una variante especial de los deseos humanos. Sentí mucho que no hubiera alfombra

de piel, para que pudiera hacer también esa parte del número. Y luego se abalanzó sobre mí, me levantó en andas y bailamos. Ella bailaba y yo iba flotando. Me sostenía entre sus pechos. Hundí la cabeza en su olor: era como cuero húmedo. Nos cimbreábamos, remolineábamos: era igual que volar. Y las paredes del cuarto se alejaron, como un decorado, y de pronto estábamos en un enorme espacio blanco. Cerré los ojos e imaginé que sobrevolábamos la ciudad y que las gentes, por las calles, se quedaban mirándonos y nos señalaban con el dedo. Nunca habían visto nada igual: un ángel desnudo con una rata a cuestas. Bailamos durante mucho tiempo, más de prisa, mientras subía la música, fue una locura, un frenesí. Luego, de pronto, cesó. Hubo un derrumbe de silencio y las paredes volvieron a su sitio. Ella se dejó caer de espaldas en la cama. Se reía, sin soltarme. Sentía su pecho subir y bajar debajo de mí. Y noté que disminuía la presión de sus dedos en mi espalda, y al mirarla vi que tenía los ojos cerrados. Me liberé de su mano y fui reptando hacia su rostro, aspirando el olor de su cuello y luego el cálido aroma de su aliento. Pequeños diamantes de sudor brillaban en su labio superior, y me los fui bebiendo uno por uno. Sabían a sal. Según yo había leído, era el mismo sabor de las lágrimas.

Ella se incorporó y me puso encima de la cama, de espaldas.

—Se acabó el tiempo —dijo.

Se dirigió a la esquina del cuarto en que tenía que haber quedado su vestido. Se inclinó hacia delante y vi que estaba enfundándose las piernas en unos pantalones negros.

¿Qué ha pasado con el vestido?

No me contestó. Tras los pantalones negros vinieron una camisa blanca y una chaqueta de ejecutiva, a juego con los pantalones. Se iba. Si yo hubiera sido un hombre, habría podido arrastrarme a sus pies, agarrarla de los tobillos y llorar. No quería que se fuera, no quería que se fuera nunca.

No te vayas.

Endureció la expresión.

—No seas tonto, Firmin. Esto se acabó de veras.

No. Conseguiré que te quedes. Mira lo que hago.

Le ofrecí todos mis números. La voltereta completa ya no me salía, por culpa de la pierna mala y de la edad y por lo mucho que me pesaba la cabeza, y cada vez que lo intenté caí de espaldas, lo cual, a fin de cuentas, vino a obtener el resultado que yo esperaba, es decir que se riera de mí. Luego me puse delante de un libro e hice como que leía. Ella se rió. Pero igualmente se disponía a marcharse. Por la ventana vi que estaba amaneciendo.

—El trabajo del Casino es de noche. De día trabajo para el ayuntamiento.

¿Trabajas para ellos? No puedes hacerlo, Ginger. ¡Son el enemigo!

—Todo el mundo tiene dos trabajos, Firmin, uno de día y otro de noche, porque todo el mundo tiene dos aspectos, el oscuro y el luminoso. Los tienes tú, los tienen ellos, los tengo yo. Nadie se libra.

Entonces vi que encima de la mesa metálica había una cartera enorme. Ginger la abrió, pasó revista a un montón de papeles con aspecto de documentos oficiales y al final entresacó uno de ellos y me lo tendió.

—Todos somos nuestro propio enemigo, Firmin. Ya deberías saberlo, a estas alturas.

Situó el documento en el suelo, desdoblado, delante de mí. Yo me puse encima y lo leí: ORDEN DE EXPULSIÓN.

Dejé que mi vista recorriera el texto, hasta el último párrafo. «Y, considerando todo lo anterior, Firmin Rata, ocupante ilegal, vagabundo, sin medios de vida, pedante, voyeur, roedor de libros, soñador ridículo, mentiroso, charlatán y perverso, a tenor del presente documento queda expulsado de este planeta.» Lo firmaba el propio general Logue.

¿Por qué me das esto? Es una orden de expulsión.

—O una invitación. De ti depende.

Salió y una vez fuera cerró la puerta. Oí el agudo clic del picaporte, seguido de los largos clics descendentes de sus tacones al bajar las escaleras. Hubo un sonido curvo y suave —el que hizo la puerta de la calle al abrirse—, y luego creció de pronto el ruido, Cornhill arriba, de un buldócer cuyas bandas de rodadura también hacían clics.

Me encaramé al sillón y me tendí de espaldas, con las cuatro patas en el aire. Cerré los ojos. Hice algo más que cerrarlos: me los estrujé. Tiré de mi pequeño telescopio y busqué a mamá. Comencé a contar el relato de mi vida. Empezaba así: «Éste es el relato más triste que nunca he oído.» Me quedé ahí tirado toda la mañana, las frases me llegaban como caravanas procedentes del desierto, trayendo imágenes. Me pregunté cómo iba a llamarlo. Pero el relato se mezclaba constantemente con el agua. Al principio eran vasos de agua que surgían donde no tenían por qué surgir, luego fueron cubos de agua, y al final fueron ríos y torrentes de agua, con los pobres camellos flotando boca arriba, agitando las sarmentosas patas en el aire mientras sus jorobas los arrastraban al fondo. Tenía una sed terrible. Quizá fuera la sal de su sudor lo que me hacía sentirme tan mal, pero estaba claro que necesitaba agua. Me bajé del sillón, donde con mucho gusto habría dejado transcurrir el resto de mi vida, si hubiera tenido agua, y tomé el Ascensor de bajada. Me encontraba más débil de lo que había pensado, y por dos veces estuve a punto de caerme. No sabía si luego sería capaz de volver a subir.

Salí de la tienda. El escaparate estaba hecho añicos, y había un pequeño charco en el borde. Me lo bebí entero, y luego lamí la humedad concentrada en los fragmentos más grandes de cristal. Me arrastré hasta la esquina en que antes estaba la caja registradora y me quedé dormido. Por primera vez en muchas semanas, no soñé. Aquella misma tarde me despertó una tremenda sacudida, tras la cual cayó una nube de polvo y escayola. Volví a abrir los ojos. Por encima de mí, en la pared, acababa de abrirse una estrecha fisura. Metí la cabeza por ella y pude asomarme a lo que quedaba de nuestra calle. Casi todos los edificios de la acera de enfrente habían desaparecido, y en su lugar se alzaban montañas de escombros. Una gigantesca máquina amarilla, salpicada de barro y gruñidora, vagaba como un dinosaurio por entre los cañones. Se llamaba Caterpillar. La estaba mirando cuando abrió la enorme boca y la emprendió a mordiscos con un pilar de cemento armado que otrora estuvo en la parte trasera de Dawson's Beer and Ale: los trozos y fragmentos le caían de las mandíbulas como granos de arroz de la boca de un niño pequeño. *Ventana con vistas al fin del mundo.* Transcurridos unos minutos, di media vuelta. Me había pasado la vida entera mirando el mundo por las rendijas, y estaba harto.

Pero cuando me aparté de aquella fisura, con su panorámica del mundo en agonía, fue sólo para afrontar otra distinta, esta vez en el tiempo. Una rendija del tiempo por la que entraban los recuerdos, como un océano.

Y volvía a estar sediento. Bajé al sótano, esta vez por las escaleras, a ver si quedaba agua en los servicios. Cuando alcancé el escalón inferior, el edificio entero se tambaleaba. El suelo de cemento parecía ondularse bajo mis pies. La lámpara fluorescente que colgaba del techo, cuyo zumbido y parpadeo percibía yo, hace ya tanto tiempo —ayer mismo—, mientras me abría paso, leyendo y masticando, hacia otro tipo de iluminación, llevaba semanas apagada. Ahora se balanceaba como un péndulo oscuro, de sacudida en sacudida, al ritmo de las grandes olas de destrucción que rompían contra Cornhill. Pasé por debajo de ella y un instante después se estrelló en el suelo, detrás de mí. Curvos trozos de cristal lechoso volaron por todo el sótano, y algunos me cayeron en la cabeza y en la espalda, como lluvia seca. Pisadas de rata sobre cristales rotos, silenciosas y carentes de sentido. La puerta en cuyo dintel ponía SERVICIO estaba abierta, y el lavabo yacía en el suelo, partido en dos. No había agua, en mi sótano seco. Ginger tenía razón, esto se acababa. Pensé en mi pequeño piano, allá arriba, en el cuarto, aplastado por las vigas del techo.

No había nada que yo pudiera hacer por salvarlo, ahora. Lo imaginé cuando le cayera encima la primera viga, emitiendo su última pequeña nota, que nadie oiría.

Pensé en subirme a lo más alto de alguna de aquellas gigantescas casas de muñecas y lanzarme al vacío, pero consideré que no pesaba lo suficiente como para morir así. Caería flotando, como una hoja, hasta llegar al suelo. Hago mención de estos pensamientos porque son los que ocupaban mi cabeza cuando me llamó la atención el libro. Estaba encajado debajo del calentador de agua y sólo se le veía una esquina. Lo identifiqué de inmediato, así que me acerqué y lo extraje de su escondite. Vi las marcas de mis dientes infantiles en la cubierta, y algunas páginas aún mostraban las huellas de las garras sucias de Fio, en las zonas donde se había apoyado para hacer palanca y arrancar las hojas.

Y entonces me vino la seguridad.

Me costó mucho tiempo, y todo el esfuerzo, empujar el libro hasta situarlo detrás del calentador e introducirlo en lo que quedaba de nuestro antiguo nido del rincón: unos montoncitos de confeti sucio, ya desprovistos de olor. Una vez allí, apenas si me llegaban los ruidos del mundo. El rugido de los camiones se convirtió en el viento. Los choques y los retumbos de las paredes al caer eran el batir de las olas contra las negras rocas. Las sirenas y las bocinas se trocaron en las tristes lamentaciones de las aves marítimas. Había llegado la hora de irse. Jerry solía afirmar que quien no siente el deseo de volver a vivir la vida es porque la ha desperdiciado. No lo sé. Ni siquiera a mí, que me considero afortunado por haber vivido la vida que he vivido, me apetece repetir la suerte. Arranqué un trozo del final del libro y lo plegué varias veces, hasta convertirlo en una especie de rollo. Me hice una pequeña cama en el confeti y, sujetando el rollo con las patas delanteras, leí lo escrito en la parte de arriba, y las palabras me resonaron en los oídos como clarines: «¡Oh cuelga! ¡Cuelga oh! Y el estruendo de nuestros gritos hasta liberarnos en un salto.» Me di la vuelta en el nido. Desenvolví el rollo para convertirlo de nuevo en un trozo de página, de página de un libro, del libro de un hombre. Totalmente desplegado, lo leí: «Pero los estoy perdiendo aquí y todo lo desprecio. Sola y loca en mi soledad. Por todas las culpas de ellos. Estoy desvaneciéndome. ¡Oh amargo final! Nunca lo verán. Ni lo sabrán. Ni me echarán de menos. Y es vejez y vejez es triste y es vejez es triste y es cansancio.» Miraba estas palabras y no bailaban ni se emborronaban. Las ratas no tienen lágrimas. Seco y frío era el mundo, y bellas las palabras. Palabras de partida y adiós, de adiós y hasta la vista, del pequeño y del Grande. Plegué de nuevo aquel pasaje, y me lo comí.

NOTA DEL AUTOR

La plaza Scollay existió en la realidad, y de veras ocurrió su destrucción. *Firmin*, no obstante, es una obra de ficción. A veces he distorsionado —o he permitido a Firmin que distorsionara— los hechos y la geografía, porque así lo requería la narración. Por ejemplo: Edward Logue, supervisor de la «renovación», fue bombardero durante la Segunda Guerra Mundial, en Europa, pero nunca le pusieron por mote, que yo sepa, el Bombardero, ni creo que incluyera fotos de las ruinas de Stuttgart y Dresde en sus currículos. También es verdad que el tabernáculo original de los milleritas se convirtió en un teatro, pero el edificio ardió hasta los cimientos en 1846: el teatro Old Howard que Firmin pudo conocer se construyó en su lugar. Y, siendo verdad que existió un cine Rialto y que lo llamaban la Casa de los Picores, no me consta que en él se proyectaran películas pornográficas a partir de las doce de la noche. Debo a un libro de David Kruh, *Always Something Doing: Boston's Infamous Scollay Square* [Siempre algo entre manos: La plaza Scollay de Boston y su pésima reputación], gran cantidad de datos sobre la historia de esa plaza, pero, claro está, el señor Kruh no es responsable de las distorsiones y errores que puedan hallarse en mi texto. Me gustaría, por último, reconocer lo mucho que le adeudo al difunto George Gloss, propietario de la Librería Brattle de la plaza Scollay, que me vendió por cuatro cuartos unos libros que aún hoy poseo, que seguramente nunca tuvo ninguna caja llena de literatura prohibida y que, ante la inminente destrucción de su establecimiento, regaló todos los libros que cada cual pudiera llevarse en cinco minutos.

